

The image features a black silhouette of a muscular man in a running pose on the left side. The background is a blurred, light-colored wall with a large clock face. The clock's numbers are out of focus, but the numbers 11 and 12 are visible. The overall lighting is soft and diffused.

**NO HAY
VUELTA
ATRÁS
(DEL INFIERNO)**

Eduardo Arias

Sinopsis:

No hay vuelta atrás (del infierno) es la historia de un hombre sin nombre, un policía apátrida infiltrado en una unidad especial que, sin saber ni cómo ni cuándo, parece haber cabreado a mucha gente. Un inesperado ultimátum le sumerge de lleno en una carrera contrarreloj en la que deberá conseguir devolverle una importante suma de dinero a un capo mafioso o atenerse a las consecuencias.

Relatada en primera persona, con un estilo sarcástico y rompiendo reiteradamente la cuarta pared, la novela nos lleva de un lado para otro, pasando por ciudades como Londres o Edimburgo, en un auténtico torbellino de sospechas, traiciones, amor, odio, persecuciones, disparos y muertes, muchas muertes. Todo ello con incesantes guiños a la cultura pop (Tarantino, Guy Ritchie, David Bowie, Foo Fighters...).

¿Será el protagonista capaz de desenmarañar todo el enredo y salir indemne? Sólo lo sabrás leyendo esta novela. Y es que, como él mismo relata, las cosas nunca salen como uno prevé.

No hay vuelta atrás
(del infierno)

Eduardo Arias

Copyright © 2016 Eduardo Arias

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o son usados ficticiamente. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Para Sonia, por todo

I

Psicópata desalmado... o gajes del oficio

«Bares, qué lugares
tan gratos para conversar.
No hay como el calor del amor en un bar.»
Al calor del amor en un bar (Gabinete Caligari)

—ENTENDIDO. AHORA mismo me pongo con ello.

—Y procura no cagarla esta vez.

—Descuida.

Jodido mamón. Colgué el teléfono acordándome de la madre de aquel gilipollas y conduje todo lo rápido que pude. Estaba acostumbrado a aquel tipo de encargos y sabía que cuanto antes llegase, antes terminaba y antes cobraba. La dirección no me era desconocida. Un bareto de mala muerte en la periferia de la ciudad. La descripción era somera pero suficiente: un tío alto, con la cabeza rapada y una cicatriz que le atravesaba toda la mejilla izquierda. No tenía pérdida.

Era viernes y el local estaba bastante lleno, lo cual era bueno y malo. Malo porque podía costarme localizar al tipo; bueno porque luego sería fácil esfumarme sin que nadie reparase en mí. Me acerqué a la barra y pedí un *whisky*. Tomé un sorbo y miré discretamente a ambos lados. Me giré y me quedé sentado de medio lado mirando al infinito. Dejé que pasasen unos minutos mientras observaba de refilón a la gente que entraba y salía. Estaba valorando pedir una segunda copa cuando le vi. El tío era más grande de lo que yo pensaba. Me acerqué mirándole directamente a los ojos, de forma desafiante. Captó el mensaje y me espetó el clásico:

—¿Tú qué miras?

—¿Es a mí?

—No, a tu padre si te parece.

—No quiero problemas.

—Pues parece lo contrario.

Me empujó, echándome ligeramente hacia atrás. Yo no quería montar la típica escena de película del oeste, así que me marché del bar sin responder a los insultos que me dedicaba. A la puerta del local me puse a contar mentalmente hasta diez mientras cogía la gran mojadura porque estaba lloviendo a cántaros. No había llegado al siete cuando el calvo de la cicatriz apareció por la puerta. Mi plan había funcionado.

—Te decía —dijo levantando la voz innecesariamente, pues éramos las dos únicas personas allí fuera— que si buscas problemas.

Estuve tentado de responderle que sí, que eso era justo lo que andaba buscando y que resolviésemos aquello como hombres. Sin embargo, permanecí mudo. Me cogió por las solapas sin saber la que se le venía encima. Le pegué una patada en los genitales. Lo sé, estarán pensando que ésa no es manera de comportarse, que es un acto artero y ruin, que los hombres de verdad se pelean a puñetazos y todo eso. Cuestión de opiniones.

El caso es que le di otro par de patadas, en la boca del estómago y en la otra boca, la de los dientes. Después lo metí en el maletero de mi coche con algo de dificultad, todo hay que decirlo, porque el tío debía andar por los cien kilos. Conduje hasta un descampado y le di la mayor paliza que le hubiesen dado nunca. Para terminar le metí tres tiros entre pecho y espalda. Una vez muerto, me afané en desmembrarlo, tal cual me habían pedido. Le separé los brazos y las piernas con la ayuda de unosafiladísimos cuchillos muy parecidos a los que usa el carnicero de su supermercado. Menudo psicópata estás hecho, estarán pensando. Podría decirles que me limito a cumplir con los encargos... pero mentiría. Mato por encargo, las palizas las doy por placer. Lo primero me reporta unos cuantiosos ingresos, digamos que es una forma de ganarse la vida como otra cualquiera. Lo segundo... en fin, ya les iré contando.

El teléfono comenzó a vibrar. Qué oportuno.

—¿Sí?

—¿Puedes hablar?

—Sí, dime.

—Creo que sospechan algo. Tienes que andar con cuidado.

—¿Crees o sabes?

—John me ha dicho que creen que hay alguien infiltrado, no ha salido

explícitamente tu nombre, pero eres el que más papeletas tiene.

—Conforme. Procuraré estar alerta.

—Ya hablamos.

Colgué sin despedirme. De todas maneras, mi compañero estaba acostumbrado a mi brusquedad. Formaba parte de mi papel. Los polis infiltrados nunca descansamos.

II

La opción número 2

«Me gustan los problemas,
no existe otra explicación.»
Dulce condena (Los Rodríguez)

LA NOCHE HABÍA sido larga y dura y me había ganado unas horas de tranquilidad. O eso pensaba. Tengo teléfono fijo pero como si no. Sólo lo uso en contadas ocasiones y la gente que lo conoce se cuenta con los dedos de una mano. Si alguien tiene que ponerse en contacto conmigo, una de tres: o bien me llama al móvil, o me deja un mensaje por Internet, o sabe dónde encontrarme. La tercera opción es la menos deseable, sin duda, pues de lo contrario mi tapadera se resentiría. Estaba cansado y me acosté sin poner el móvil en modo avión. Craso error. A las tres y cuarto de la mañana una llamada me sacó de un sueño muy refrescante en el que salía Scarlett Johansson y... bueno, supongo que se imaginan el resto. Número desconocido.

—¿Diga?

—Vamos a por ti. Estás jodido.

Una voz de hombre, muy grave, posiblemente de mediana edad.

—¿Quién es?

—Procura mirar por encima de tu hombro. El día menos pensado... ¡zas!

Antes de que tuviese opción a la réplica colgaron. Es curioso cómo el cerebro humano asocia ideas, el caso es que apenas pegué ojo el resto de la noche y encima no podía de dejar de tararear internamente el *Over my shoulder* de Paul Carrack. Me levanté con la boca seca, un regustillo amargo en el paladar y de un humor de perros.

Por lo general, no solía inmutarme por las amenazas gratuitas que recibía en mi trabajo... pero mi compañero me había puesto sobre aviso y, sólo unas horas después, un desconocido me llamaba a deshora para tratar de meterme el miedo en el cuerpo.

Lo paradójico es que realmente no estaba asustado, sólo cabreado. No me habían dejado dormir y eso era algo que no solía sentarme muy bien. Me tomé mi tiempo bajo la ducha mientras trataba de ordenar mis ideas. Pensé en llamar a mi jefe para ver si ya estaba al tanto del éxito de mi trabajito de anoche. Lo pensé mejor y decidí esperar a vernos, era el protocolo habitual.

Tras vestirme, desayunar y meter la pistola bajo la cintura, cogí el coche y conduje hasta La Fábrica. En realidad, hacía bastantes años que no era una fábrica, pero todo el mundo se refería a ella así y ¿quién era yo para cambiarle el nombre? Entré por la puerta de atrás y saludé a Tony y Manny. Consulté mi Rolex de imitación.

—¿No ha venido aún Tyler?

—No, pero te ha dejado un sobre —dijo Tony, un mexicano mal encarado, de melena oscura y con la cara picada de viruela, y que siempre me había recordado bastante a Danny Trejo—. En la oficina.

Fui a la oficina y saludé a Forrest, que estaba con la vista fija en una pantalla de ordenador donde unas chicas semidesnudas bailaban al ritmo de una música latina que me desagradaba en grado extremo. Forrest no era hispano, aunque también tenía cara de malas pulgas. Bueno, en realidad allí todos la tenían y, de no ser así, disimulabas para poder formar parte de la banda sin desentonar.

—Me ha dicho Tony que Tyler ha dejado algo para mí.

Levantó la vista de la pantalla, cogió un sobre de encima de la mesa y me lo pasó. Después volvió a concentrarse en las chicas despelotadas.

—Gracias —dije más por costumbre que a propósito. La buena educación allí solía estar de más.

Abrí el sobre: aparte del dinero acordado, había una carta. La leí. Joder, se avecinaban problemas. La carta me daba dos alternativas. La primera era aceptar la *sugerencia* de mi jefe y hacer como —más adelante volveré a este punto— *aparentemente* había hecho él: mandarlo todo al carajo, desaparecer, huir y comenzar de cero en cualquier otra ciudad de cualquier otro país y evitar meterme en jaleos. Evidentemente, como se pueden imaginar, escogí la opción dos.

Salí de La Fábrica sin despedirme de nadie. Tampoco me hacía falta: yo era, a todos los efectos, el número dos de la organización. Tres largos años como agente encubierto me habían permitido ir subiendo en el escalafón y allí, en ausencia de Tyler, se hacía básicamente lo que yo quería. Tampoco es que fuese el más popular del lugar, pero lo de jugar a dos bandas, o incluso a tres

(pero eso ahora mismo no viene al caso), suele traer aparejadas estas cosas. Puede que no me respetasen en el sentido estricto de la palabra, pero me tenían un miedo atroz porque sabían de lo que era capaz. Lo que me planteaba una inquietante duda: si mi jefe se había marchado por piernas, ¿por qué narices allí estaban todos tan tranquilos? Algo olía muy mal pero aún no sabía a qué me enfrentaba.

Me dirigí a la dirección que me había pasado hacía meses mi compañero, ¿o había sido mi otro jefe? Bueno, es igual, el caso es que aparqué a unos cien metros de la casa. Realmente no era una casa, sino un pedazo de mansión. Allí vivía el Ruso, un tipo muy poco recomendable. Dejé la pistola en la guantera del coche y me apeé. Me planté ante la verja y toqué el timbre.

Llegaron un par de dóbermans y un par de matones. Se distinguían porque los primeros tenían las orejas más puntiagudas.

—¿Qué coño quieres? —me dijo uno. De los matones, no de los dóbermans.

—Quiero ver a Dimitri.

El Ruso no era ruso, sino de Georgia, y no se llamaba Dimitri sino una cosa mucho más rara que nunca fui capaz de pronunciar. Sólo había hablado con él dos veces, ambas en fiestas nocturnas en las que él era asiduo. Oficialmente se dedicaba al noble arte del contrabando de armas, aunque se rumoreaba que también estaba metido en el narcotráfico y la trata de blancas. A mí sólo me interesaba lo primero.

—Sabes que no se llama Dimitri —replicó enfurecido el matón— y no quiere verte ni a ti ni a nadie. Está muy ocupado.

—Ya sabes quién soy. Dile de mi parte que deje a las fulanas para luego y me deje pasar. Tengo cosas importantes que hablar con él. Negocios, ya sabes.

Lo importante a la hora de tratar con altos capos de cualquier tipo de mafia era echarle narices al asunto. Por dentro podías estar todo lo acojonado que quisieras, siempre y cuando supieses disimular. De lo contrario, podías darte por muerto.

—Espera aquí —gruñó el portavoz. El mudo se quedó junto a los perros mientras el locuaz se alejaba unos metros y avisaba por el móvil a su patrón.

Ataron a los perros y me dejaron pasar, me cachearon para asegurarse de que no llevaba armas ocultas y me escoltaron todo el camino desde el jardín hasta la entrada de la casa. Me hicieron detenerme al borde de la piscina y estuve un par de minutos esperando a que saliese el Ruso, mientras mentalmente valoraba planes de escape que me permitiesen noquear a los dos

matones, despojarles de sus pistolas y salir con vida de allí. Casi todas mis opciones pasaban por empujar a uno de ellos a la piscina y luego lidiar con el otro. No era un plan muy halagüeño, ciertamente.

—¿Tú? —resopló indignado el Ruso mientras se ataba la bata—. Pensaba que vendría Tyler.

—Me temo que él no puede ocuparse de este tema en estos momentos —contesté por ganar tiempo.

En balde. El Ruso hizo un gesto tan sutil como si chasquease los dedos y los dos gorilas se abalanzaron sobre mí. El hablador no pegaba muy duro, pero el mudo sí. Vaya que sí. Mientras trataba de zafarme de sus puñetazos y arremetía contra ellos con mis puños y rodillas, llegaron otros tres o cuatro matones. Entre todos me redujeron sin esfuerzo. Me sujetaron por brazos y piernas y se fueron turnando para propinarme patadas y puñetazos. Me dieron tal paliza que perdí el sentido.

III

El Ruso

«Le haré una oferta que no podrá rechazar.»

El Padrino

EL RUSO TENÍA unos cincuenta años, mal llevados, fruto sin duda de los excesos a los que se llevaba sometiendo durante gran parte de su vida. El pelo le había comenzado a escasear por la frente, pero lo llevaba bastante largo por los lados y por detrás, todo ello coloreado por unas canas que no se molestaba en teñir. Era relativamente alto, aunque algo más bajo que yo, y debía pesar perfectamente unos noventa y cinco kilos.

—Joder, aún sigues aquí —dije envalentonándome sin venir a cuento porque la verdad es que me dolía todo el cuerpo—. Pensaba que sólo formabas parte de una pesadilla.

—Déjate de gilipolleces y escúchame bien. Tus amigos —se refería con toda seguridad a la gente de La Fábrica— te han dejado con el culo al aire por lo que veo. Tienes veinticuatro horas para devolverme mi dinero.

No era una amenaza, era una promesa. Le dije la verdad:

—No tengo ni idea de qué dinero me estás hablando.

Hizo un gesto para que sus matones, que seguían rodeándome, se me acercaran más con intenciones que podríamos tildar de deshonestas.

—Espera, espera —dije con un tono que confiaba en que no sonase a súplica—, de verdad no sé de qué me hablas. ¿Te refieres a algún negocio tuyo con La Fábrica?

Ví en sus fríos ojos negros que me creía.

—Me refiero al dinero que Tyler me debe y, dado que él está ilocalizable y tú has tenido la gentileza de venir a visitarme, creo que debes saber bien de lo que hablo.

—No lo sé, te lo juro. Dime de qué se trata y te lo conseguiré.

Esto sí que sonaba a súplica pero, háganse cargo de la situación, me habían

partido la cara, sangraba al menos por una ceja y un labio, y me dolían los brazos, las piernas y el estómago. No estaba en condiciones de tratar de enfrentarme al Ruso y sus cinco matones de nuevo.

Vio el miedo en mis ojos y, sin embargo, no decidió que sus hombres me volvieresen a reventar a golpes, sino que me lo explicó, bastante por alto, pero lo suficiente como para que yo me enterase del asunto. La cosa pintaba francamente mal. Tenía veinticuatro horas para recuperar un dinero procedente del tráfico de armas y de drogas que yo *no* tenía, que *no* sabía dónde estaba y que, presuntamente, se había llevado mi jefe, a quien también le había perdido la pista. Pero no iban a acabar ahí los problemas, no señor.

IV

Yo

«Yo parecía el mismo de siempre:
despreocupado, pícaro y bastante
parecido a Cary Grant,
si le hubieran partido la nariz más veces.»
Cien dólares, baby (Robert B. Parker)

A TODAS ESTAS, disculpen mi mala educación, ni siquiera me he presentado. Mi identidad poco importa, podría darles un nombre falso pero no creo que eso sirva de mucho. Nunca fui un buen estudiante, los profesores hablaban con mis padres y decían que tenía talento pero que no me esforzaba lo suficiente y, cuando lo hacía, sólo lo hacía en las materias que me apetecía. Inicié un par de carreras universitarias, en las que estuve uno y tres años, respectivamente, aprobando a trancas y barrancas una o dos asignaturas por curso. Tenía veintidós años, toda la vida por delante y no tenía ni repajolera idea de qué hacer con ella.

Fue entonces cuando decidí meterme en la policía, a ver si así encontraba un orden y una disciplina que permitiesen hacer de mí alguien de provecho. Las cosas, como podrán imaginarse, no fueron sencillas porque aquello de la disciplina no iba exactamente conmigo, aunque finalmente encontré la comprensión de un buen hombre, mi antiguo jefe, que confió en mí y logró meterme en vereda.

Los años fueron pasando y de Narcóticos pasé a Homicidios para luego entrar a formar parte de un grupo especial que se dedicaba a infiltrarse en organizaciones mafiosas para tratar de desactivarlas desde dentro. A mí me habían designado para luchar contra el contrabando de armas. Después de una gran actuación conjunta en la que logramos detener a varios miembros de un comando latinoamericano, me había tocado lidiar con los de La Fábrica, de la que ya les he hablado, mirando por el rabillo del ojo también al Ruso, al que

también les he presentado y gracias al cual me encontraba en la encrucijada en la que me encontraba.

Sonó el teléfono.

—Hola, ¿podemos vernos?

—Mmm, ahora mismo no me viene bien. Ya te llamo yo luego.

—¿Prometido?

—Sí, sí, prometido.

Colgué con pocos miramientos. No quería hablar con ella ahora. Además, dada mi profesión, todos los que se relacionaban conmigo conocían mi tendencia a la brusquedad y no se solían molestar por ello.

No les he dicho aún casi nada sobre mí. Tengo cuarenta y un años, pelo castaño y una cara resultona; mido uno ochenta y tres, peso unos ochenta kilos (algo más cuando me excedo comiendo) y podríamos decir que estoy bastante en forma... No me queda otro remedio.

Mi tapadera en La Fábrica, donde era el número dos de un comando de tráfico de armas y, en ocasiones, de material informático y un surtido de artilugios electrónicos, era bastante sólida. Me había costado casi tres años ganarme la confianza de todos o, debería decir, *casi* todos (siempre había gente más escéptica en mi negocio, no les culpo) y ascender en el escalafón interno de la organización pero, tras más de una paliza y unos cuantos asesinatos, mi coartada parecía bastante segura... hasta ahora.

No quería meter en problemas a mi compañero, uno de los pocos polis honestos que había conocido en mi vida, al margen de mi primer jefe, así que tenía que arreglármelas por mi cuenta para satisfacer las exigencias del Ruso... o podía darme por muerto.

Me escamaba especialmente la forma en la que Tyler se había borrado del mapa, seguro que estaba implicado hasta las cejas en todo este asunto.

¿Han oído alguna vez hablar del karma? Ya saben, todo ese rollo de que la vida te va a tratar mejor o peor en función de cómo trates tú a los demás. Patrañas. Desde que trabajaba como infiltrado, había tenido que matar, torturar, secuestrar... y los golpes que había recibido, que no habían sido pocos, no estaban para nada en consonancia con mis acciones. Quiero decir: había tratado mal a gente que se lo merecía, y también a gente que no se lo merecía, y eso no parecía afectar de un modo determinante a las bofetadas que llevaba a cambio. Puede que ahora mi suerte estuviese a punto de cambiar.

Conduje hasta casa de Travis, un tío con el que hacíamos negocios en La Fábrica. En apariencia era un tiarrón de casi dos metros, con una espalda y

unos bíceps dignos de la gente que compite en concursos de culturismo. Sin embargo, a diferencia de éstos, no tenía un pelo de estúpido y sabía utilizar la cabeza, amén de los músculos. Llamé al timbre.

—No te esperaba.

—Pasaba por aquí y...

—Ya.

Se apartó y me dejó entrar. Pasamos al salón y me invitó a sentarme en el sofá. Él se sentó en un sillón justo enfrente.

—No creo que simplemente *pasases por aquí* con esa cara que traes —mis heridas debían ser muy evidentes—, así que dime a qué has venido.

—No se te escapa una —bromeé—. Es verdad, estoy metido en un buen lío.

—¿Tiene que ver con Tyler?

—Ha desaparecido. O mejor dicho se ha largado. Pero mis problemas no son con él, sino con el Ruso.

—Joder, mal asunto. ¿Ha sido él quien te ha hecho eso?

—Sí. Bueno, él no, sus matones, ya sabes —asintió—. Dice que Tyler le ha robado pasta y que, como no lo localiza, yo tengo que pagar por él o atenerme a las consecuencias.

—Y te ha dado un ultimátum.

—Exacto.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Se lo dije. No suele ser un tío muy expresivo pero en esta ocasión sus ojos casi se salen de las órbitas.

—Sí que estás jodido. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Veinticuatro horas. —Miré el reloj y me autocorregí—: Veintitrés de hecho.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Si algo tiene de bueno Travis es que siempre es franco con la gente, al menos con los que le caemos bien. Evidentemente, ni él tenía el dinero ni, aunque lo tuviese, podría prestármelo así como así. No era ése el tipo de ayuda que yo le demandaba ni tampoco la que él me estaba ofreciendo.

—Necesito que me ayudes a salir del país.

—¿A algún destino en especial?

Le di varias opciones, todas ellas en Europa, donde tenía algunos contactos.

—Me llevará unas horas conseguirte la documentación y los billetes de avión.

—Siempre que sean menos de veintitrés...

Sonreímos. Me ofreció una cerveza pero tuvo que traerme dos. La primera me la bebí mientras me ponía la segunda sobre la ceja del ojo que tenía más amoratado. Los pupilos del Ruso me las iban a pagar, pero eso tendría que esperar. Lo primero era largarme de allí mientras aún podía contarlo.

V

La chica

«Las cosas nunca salen como uno prevé.»

Presa (Michael Crichton)

CUANDO ME METÍ en el poco glamouroso mundillo de los agentes encubiertos y las operaciones ultrasecretas tenía clara una cosa: no podía de ninguna manera dejar que mi vida personal entorpeciese mi trabajo. Ya les he dicho que nunca fui un buen estudiante, y tampoco fui el tipo más popular del instituto, ni de la universidad, ni de ningún lado. A menudo la gente me consideraba un tío bastante distante, incluso asocial, con problemas para relacionarme con el resto del mundo. Supongo que es cuestión de opiniones, pero nunca me he considerado asocial, sino más bien socialmente selectivo. Elijo con sumo cuidado la gente con la que quiero relacionarme, y desecho por sistema a aquellas personas cuya existencia no aporta nada de positivo a la mía. Lo llevo haciendo desde hace muchos años y, desde que entré en el Cuerpo de Policía, con más razón aún.

Ni que decir tiene que conservo algunos buenos amigos de mi época pre-policíaca, aunque procuro informarles lo menos posible de los asuntos en los que ando metido. Cuanto menos sepan, mejor.

Lo mismo se puede aplicar al tema de las chicas. Tengo mis necesidades, como cualquiera, pero procuro evitar los compromisos... es mejor así, tanto para ellas como para mí.

Así llevaba siendo mi vida estos últimos años hasta que la conocí a *ella*. Yo había quedado en un bar de los habituales con un par de amigos de mi época estudiantil cuando apareció. ¿Se dan cuenta de esa secuencia tan de película en la que entra una chica despampanante en un bar y todo el mundo se detiene, la gente deja de hablar, de moverse, de pensar, y sólo tienen ojos para ese bombón de chica, que entra como a cámara lenta, meneando sensualmente la melena mientras suena una música cañera de fondo? Pues no fue así ni

parecido. La chica entró, sí, acompañada por una amiga, pero nada ni nadie se detuvieron, todo el mundo siguió a lo suyo y, aparentemente, yo fui el único que reparé en ella.

Llevaba una racha digamos... algo infructuosa con las mujeres, así que no me costó mucho decidirme e ir a hablar con ella y su amiga. De perdidos al río. Mis dos amigos estaban medio borrachos, así que les sugerí que me esperasen allí, que me las arreglaba mejor solo. Me hicieron caso y me acerqué a ellas.

—Hola chicas, ¿esperáis a alguien?

La morena sonrió y dijo que no, mientras la rubia se limitaba a reírse como una tonta. Parece que aún no habían pedido nada de beber.

—¿Os puedo invitar a algo?

Sí, sé lo que estarán pensando, eso está ya muy trillado, pero es lo que se me ocurrió en aquel momento. En realidad es la única manera que se me ocurre para comenzar una conversación de bar con una chica a la que me quiero ligar. A veces funciona.

—Sí, claro —dijo la morena, que parecía haber tomado la delantera, nunca mejor dicho. En fin, podría hacer un comentario de mal gusto pero lo obviaré. El caso es que la chica era muy atractiva y parecía más locuaz que su amiga, que seguía sonriendo como una quinceañera tonta—. Un Martini para mí.

Su amiga atinó a pedir otro para ella. Hice un gesto con el brazo para atraer la atención del camarero y tropecé con el tío que estaba al lado en la barra.

—Perdón.

El tío gruñó pero al ver a las chicas se contuvo de decirme nada más.

—¿Sois de por aquí? No os había visto nunca.

Yo seguía hablando en plural por educación aunque había decidido desde el primer momento que la rubia me importaba un bledo, pese a que su cuerpo era casi tan interesante como el de la morena y lo llevaba mucho más al descubierto.

—Venimos de vez en cuando. Yo soy Susan y ésta es Hannah.

Les dije mi nombre. Bueno, uno por el que podían llamarme, no el verdadero. El camarero dejó sus copas sobre la barra, que estaba cada vez más llena de gente. Galantemente cogí ambas copas para acercárselas. Por desgracia las cogí con demasiado brío y derramé parte del líquido sobre ellas en una escena nuevamente muy de película. Esta vez cómica.

—Joder, serás imbécil —alcanzó a decir Hannah, que llevaba un top muy escotado que quedó parcialmente mojado por el Martini.

—Lo siento mucho —dije torpemente mientras les tendía un par de servilletas para secarse.

Susan sonrió. También la había mojado un poco a ella, aunque iba con una camiseta cerrada, menos insinuante aunque igualmente atractiva.

—No te preocupes, no pasa nada.

—De verdad que lo lamento, yo... Será mejor que me vaya.

—No, espera —dijo Susan. Se veía que a ella sí le había caído bien. Menos mal, porque la rubia ya me había puesto la X de persona non grata—. ¿A qué te dedicas?

Me inventé algo sobre la marcha. Era el procedimiento estándar. Después la escuché hablar. Era una persona muy abierta y se veía a la legua que era inteligente y educada. Tenía treinta y cuatro años, una melena larga y lisa de color negro azabache, una sonrisa encantadora y, pese a lo discreto de su vestimenta (una camiseta floreada y unos pantalones vaqueros), se intuían unas curvas espectaculares distribuidas con notable acierto a lo largo de su metro sesenta y cinco de estatura. Nunca he tenido un «tipo» de mujer que me guste en detrimento de todas las demás pero, de tenerlo, sin duda sería muy parecido a ella.

Su amiga parecía aburrirse con nuestra conversación y, cuando un tío atlético, mucho más alto y fuerte que yo, lleno de tatuajes y *piercings* y con cara de tener un retraso mental severo, se le acercó con la aviesa intención de un poco de movimiento horizontal, ella accedió a marcharse con él. Genial. Ahora yo tenía vía libre. El caso es que al poco Susan decidió que se lo había pasado muy bien conmigo, pero que ya era hora de irse... cada uno a su casa. Me dio su número para que volviésemos a vernos otro día. No era exactamente lo que yo esperaba pero, como he leído alguna vez en algún sitio, las cosas nunca salen como uno prevé.

VI

Huida

«'Cause tramps like us,
baby we were born to run.»
Born to run (Bruce Springsteen)

SEGUÍA EN CASA de Travis, medio amodorrado por la paliza recibida, y esperando a que mi amigo me consiguiese la documentación para poder largarme de allí lo antes posible. No podía posponer más la llamada. Saqué el teléfono móvil y seleccioné su nombre en la agenda.

—¡Hola! Sí que has tardado, ¿dónde estás?

—En casa de un amigo.

—Vale. ¿Y cuándo vendrás a casa?

—Mira, ha surgido algo. Voy a tener que estar fuera unos días. No es nada grave, no te preocupes.

Me fastidiaba mucho tener que mentirle pero tenía que protegerla. Nada en el mundo me haría más daño que que le hiciesen algo a ella.

—¿Es por trabajo?

Ella era la única persona a la que le había contado que era un agente encubierto. Y en realidad no se lo conté, digamos que ella... lo adivinó. Eso no viene al caso ahora. Ella sabía que mi trabajo era peligroso, por más que yo siempre le quisiera suavizar la situación.

—Sí, además no puedo hablar mucho ahora, tengo que organizar algunas cosas y marcharme. Cuanto antes me vaya, antes regresaré.

—Eso ya lo has dicho otras veces —replicó. Su voz era suave, dulce. Todo en ella lo era. Por eso me resultaba aún más complicado tener que mentirle—. ¿Tiene que ver con el mafioso ese, el Ruso?

Joder. No me acordaba de que ella estaba enterada de eso. Cuando pasas un tiempo infiltrado, mintiéndole sistemáticamente a todo el mundo y sólo contando pinceladas de verdad de cuando en cuando, se hace muy complicado

recordar qué es lo que sabe cada persona. Y eso en mi profesión es un problema bastante grave.

—No tiene que ver con nadie que tú conozcas o de quien te haya podido hablar —dije, esperando resultar convincente—. Tú no te preocupes por nada, ya te llamaré en cuanto pueda. Sólo una cosa más.

—¿Sí?

—Necesito que vayas a la otra casa, ya sabes. —Nos referíamos así a la casa de sus padres—. Es posible que alguien vaya a la nuestra y estaría mucho más... tranquilo si tú no estás allí. Sólo por unos días.

—Joder. —Casi nunca decía tacos. Era otra cosa que me encantaba de ella. Cuando los decía, mal asunto—. Así que es grave y quieres ponerme a salvo para que nadie vaya a por mí, ¿no?

Tragué saliva. Con el resto del mundo podía aparentar ser fuerte y no tener apenas sentimientos. Con ella no.

—Te mandaré un mensaje en cuanto pueda.

—Más vale que lo hagas —amenazó bromeando—. Te quiero.

Bajé la voz para que Travis, que entraba y salía del salón mientras yo hablaba, no pudiese oírme.

—Y yo a ti.

Colgué con un nudo en el estómago. Ya había pasado por esos trances otras veces pero algo me decía que ahora era diferente. Sentía que mi vida realmente corría peligro, lo cual no voy a decir que me diese igual, pero sobre todo sentía que quizá no volvería a verla. Y eso me preocupaba mucho más.

—¿Cómo va la cosa? —pregunté a Travis por hablar de algo.

—He hablado con un par de colegas. En una o dos horas tendrás la documentación.

—Te debo una.

—Yo te debo más de una a ti, así que dejémoslo estar.

No le contradije, tenía razón, yo le había echado un cable más de una vez, aunque eso nunca te garantiza que alguien te vaya a ayudar a ti cuando lo necesitas. Travis era un tío legal.

—Voy a dar un paseo. Vuelvo en un rato —dije y salí de la casa. Necesitaba algo de tiempo a solas para ordenar mis ideas.

Fui al centro comercial y compré algo de ropa y algo de comer. Volví con varias bolsas de frutos secos, patatitas y porquerías similares. También me traje un par de hamburguesas con patatas fritas. Me encanta la comida rápida; sé que no es muy saludable pero, teniendo en cuenta a lo que me dedico, es

mucho más probable que me maten en un tiroteo o de un navajazo que por comer mierda precocinada. Y además sabe muy bien, qué narices.

—¿Ya estás de vuelta? Aún no tengo los papeles.

—No te preocupes. He traído la cena. —Posé las bolsas con las hamburguesas sobre la mesa del comedor—. No sé tú pero yo estoy muerto de hambre.

Mientras cenábamos charlamos de lo típico: los viejos tiempos, cómo cambiaba la vida, cómo todo iba a peor... La misma cantinela de siempre.

Poco después de cenar, recibió una llamada. Ya me había conseguido los billetes de avión, sólo necesitaba un pasaporte nuevo y ya podría largarme. Se estarán preguntando que, siendo poli infiltrado, cómo demonios no tengo varios pasaportes falsos... los tengo pero los he utilizado tantas veces en los últimos tres o cuatro años que preferí conseguir uno nuevo, ahora que la cosa se ponía fea.

Media hora después llamaron al timbre. Un hombre negro, alto y corpulento emergió en el umbral de la puerta, habló brevemente con Travis, le dio un sobre cerrado y se marchó. Ya tenía todo lo que me hacía falta para poner pies en polvorosa. Ahora me faltaba lo más difícil: trazar un plan para averiguar qué había pasado con Tyler y cómo trincar al Ruso y sus secuaces. Esto no había hecho sino empezar.

VII

Auld Reekie, la Atenas del Norte

«No existen tierras extrañas.
Es el viajero el único que es extraño.»
Robert Louis Stevenson

NO HABÍA ESTADO nunca antes en Edimburgo pero, desde que cogí el autobús que me llevó del aeropuerto al centro de la ciudad, tuve la sensación de que era una ciudad con muchísimo encanto, con un arquitectura preciosa y que rezumaba un regustillo clásico muy de mi agrado. En cualquier caso, no estaba allí de vacaciones, sino para averiguar quién narices me había tendido aquella trampa.

Caminé por la Royal Mile, una enorme avenida de casi dos kilómetros que comunicaba el Castillo de Edimburgo con el palacio de Holyroodhouse, y me detuve en la zona que llaman High Street, junto a la catedral de St Giles, a mirar la guía turística de la ciudad que había comprado en el aeropuerto. Tengo un sentido de la orientación bastante bueno, así que pronto encontré en el mapa la dirección del hotel en el que me iba a alojar y cómo llegar hasta él desde donde me encontraba.

Las principales capitales europeas suelen ser grandes, superpobladas y tienes que ir a todos lados en metro. No era el caso de Edimburgo, con menos de medio millón de habitantes y sin metro. Me crucé con un par de señores sesentones con las clásicas faldas escocesas (aquí lo llaman *kilts*) de cuadros verdes, con calcetines verdes a juego y bien subidos hasta la rodilla. Pensaba que era un mito que la gente vistiese así en Escocia pero parecía ser que no.

Caminé unos diez minutos hasta localizar el hotel. Tenía pinta de ser bastante nuevo y moderno y su fachada no desentonaba demasiado. La recepcionista tenía acento del Este, Rumanía, Bulgaria o algún país de esa zona.

Arriba en la habitación lo primero que hice fue poner la tele. Hice un poco

de *zapping*, saltándome las cadenas de noticias (BBC, Sky...) y dejé puesto un canal que se llamaba Film4 y que deduje hábilmente que emitiría películas, como así era. Siempre he sido muy observador. En realidad lo único que quería era ruido de fondo. Cogí el móvil y buceé en la agenda hasta dar con el contacto que andaba buscando. Cambio mucho de número de móvil, así que esperaba que mi contacto me reconociese la voz.

—¿Diga?

—Hola, William. Estoy en Edimburgo, ¿andas por la ciudad?

—Ah, hola. Pues... estoy en Glasgow pero por la noche volveré a Edimburgo. ¿Qué haces tú aquí?

—Necesito que me ayudes. Un tema delicado. No quiero hablar mucho por teléfono.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

Dudé. No quería meter a Travis en el ajo.

—*Casi* nadie.

—Pues *casi* mejor así. ¿Estás de paso o...?

No quería darle la dirección de mi hotel; cualquier precaución era poca dadas las circunstancias. Le pedí que nos viésemos en algún pub que él conociese, que me dijese la calle, ya me encargaría yo de encontrarlo. Quedamos a las nueve.

Tenía unas cuantas horas por delante, así que decidí salir a dar una vuelta. Caminé por Princes Street, en la parte nueva de la ciudad, y accedí a los jardines del mismo nombre. Pasé junto al Scott Monument, el altísimo monumento en honor a Sir Walter Scott, y me senté en uno de los bancos. Curiosamente allí en Edimburgo todos los bancos de plazas y parques públicos tenían dueño: una pequeña placa en el respaldo hacía de recordatorio del fallecimiento de alguien. El banco en el que yo me senté estaba dedicado a la familia de Trevor MacKenzie. Saqué una libreta y un boli y me puse a hacer un listado de la gente que podía estar interesada en incriminarme con lo del Ruso. Me iba a llevar algún tiempo incluirlos a todos.

VIII

Mi jefe el malo

«Todo hombre tiene su precio,
lo que hace falta es saber cuál es.»
Joseph Fouché

EL PRIMER NOMBRE de mi lista, evidentemente, era Tyler, mi jefe actual, un pedazo de hijo de puta de cuidado. Lo teníamos fichado desde hacía mucho, siempre metido en líos de contrabando de armas y otras cosas pero, como casi toda la gente con cierto estatus en el mundo del hampa, se manejaba con soltura a la hora de escurrir el bulto y sabía rodearse de los mejores abogados, que se encargaban de liar la madeja para que se desestimasen los cargos y quedase siempre libre. Malditos picapleitos, pero bueno, ya hablaré de ellos en otro momento.

El caso es que, por gente como él, se creó el comando, brigada, grupo especial o como demonios quieran llamar los burócratas al grupito al que pertenezco y que se dedica a infiltrarse en este tipo de organizaciones para poder acceder desde dentro a sus datos y poder trincar a sus altos mandos.

Nos llevó años de trabajo de campo llegar a la situación actual pero lo cierto es que, como ya he dicho, yo ahora era el número dos de la organización, sólo por detrás de Tyler, y mi último contacto con él había sido en forma de carta. Ésta en concreto:

Las cosas se han puesto feas. No puedo entrar en detalles pero será mejor que ambos desaparezcamos por una temporada. No es un problema exclusivo de La Fábrica, hay muchas otras cosas. Yo no puedo ahora mismo hacerle frente a todo y sospecho que tú tampoco. Te aconsejo que te marches. Vete a donde quieras, a algún lugar seguro, quizá un sitio nuevo, una nueva ciudad, un nuevo país... Es sólo mi consejo, pero haz lo que veas. De todos modos, iba siendo hora de cambiar de negocio.

Tyler era muchas cosas pero desde luego no era un idiota. Si me había

dejado aquella nota tan escueta y enigmática era por algo. Ahora tenía que averiguar aquel *algo* antes de que fuese demasiado tarde. Empecé a pensar en todas las cosas que habían pasado en los últimos tres años. Desde que me había infiltrado en La Fábrica, había ido ascendiendo poco a poco en la jerarquía de la organización. Al principio era un mero matón, una especie de guardaespaldas de los esbirros de Tyler. Entre mis numerosas atribuciones se encontraba el dar palizas, exigir a gente de mal pelaje el pago de sus deudas y, ocasionalmente, algún que otro asesinato. Sí, he dicho asesinato.

Cuando me metí en esto me advirtieron que iba a tener que jugar duro, que me obligarían a hacer cosas horribles. ¿Saben lo que es acabar con la vida de alguien? Las primeras veces es muy duro, créanme. No puedes conciliar el sueño y, cuando lo logras, tienes pesadillas, te despiertas empapado en sudor, te preguntas si todo esto merece la pena... El único consuelo es que la vida de las personas con las que he tenido que acabar casi nunca valía nada: eran contrabandistas, narcotraficantes, ladrones, asesinos... gente de la peor calaña que, antes o después, acabaría acribillada a balazos, cosida a navajazos o cualquier otra cosa peor.

Sea como fuere, yo había aceptado el reto y ahora tenía que apechugar con las consecuencias. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad, ya saben.

Comencé a evaluar las posibilidades de que Tyler me hubiese tendido una trampa. ¿Y si había averiguado que era un agente encubierto y quería deshacerse de mí? En tal caso lo más sencillo hubiese sido pegarme un tiro en la nuca y punto. Ocasiones tuvo y no lo hizo, aunque quizá de aquélla aún no estaba enterado. Además, no lo haría él en persona, se lo encargaría a cualquiera de sus o, mejor dicho, nuestros subordinados. No, no creo que me hubiese descubierto.

Y si realmente no sabía nada, ¿por qué la carta? ¿Por qué no largarse sin más sin tener la, digamos, deferencia de avisarme? Tyler no era precisamente una persona muy considerada como para andarse con esos remilgos.

¿Cuál había sido mi peor momento con él? Hice memoria. Llevaba más de un año a sus órdenes cuando decidió que tenía que pasar «la prueba».

—Esta noche tengo que hacer negocios con unos tíos de Argelia. Quiero que vengas conmigo y aprendas cómo se hace.

Llegamos pronto. La reunión era junto al muelle. Los argelinos eran siete. Nosotros cinco. Ellos iban armados. Nosotros también. Estábamos a una cierta distancia y los contenedores de los barcos hacían de parapeto. Su jefe habló con el mío. No alcanzaba a oír todas las palabras pero sí algunas. El tono de

ambos era cordial... en apariencia. Este tipo de gente nunca firma contratos, los pactos se sellan con un apretón de manos en el mejor de los casos o, simplemente, de palabra. Pero las palabras, como todo el mundo sabe, se las lleva el viento.

Pronto me di cuenta de que aquello era una encerrona. Deduje que los argelinos más que unos suministradores eran unos competidores directos del negocio de tráfico de armas de la «empresa» de mi jefe. Intercambiaron un par de maletines.

—Perfecto —dijo Tyler y dio unos pasos hacia atrás, hasta donde yo estaba. Me echó una mirada cómplice—. Ahora es el momento de demostrar la valía que se te presupone —me dijo.

No sé quién disparó primero. Supongo que yo, al ver que los argelinos llevaban la mano al gatillo. Las balas volaban y rebotaban por todas partes. Me tiré al suelo y quedé detrás de un contenedor mientras recargaba mi arma. Tyler, no sé cómo, también se había puesto a resguardo. De hecho, su homólogo había hecho lo propio. Qué cabrones, ellos dos se esfumaban y dejaban que los demás nos matásemos a tiros.

No pretendo alardear pero siempre he tenido muy buena puntería. No me costó mucho incrustarle un par de balas al argelino que estaba más al descubierto. Miré hacia mis compañeros, habían herido a uno y matado a otro. De los argelinos quedaban cuatro intactos. Me asomé ligeramente para ver dónde se habían situado. Disparé de nuevo, cuatro veces seguidas, y me cargué a otro. La cosa no duró mucho. En unos tres o cuatro minutos sólo quedábamos en pie un compañero y yo. El resto, todos muertos o heridos de gravedad. Conseguimos trincar al jefe argelino.

—Se acabó tu suerte —le espetó Tyler, que había reaparecido al acabar los disparos. Es lo que suelen hacer los jefes, salir de sus escondrijos cuando ya ha pasado el peligro. Es como en la política, o en los bancos, o en los medios de comunicación o en cualquier multinacional. Los empleados hacemos el trabajo y los de arriba se llevan los méritos, el reconocimiento y las ganancias. La única diferencia es que ahí no andan a tiros y aquí sí. Literalmente—. No lo mates rápidamente, que sufra un poco —dijo con crudeza.

Le pegué un tiro, a bocajarro. Supongo que él esperaba ver cómo se desangraba el cabrón pero no le di ese gustazo y le disparé a la cabeza. Muerte instantánea. Creo que le impresionó ver que no acataba sus órdenes al pie de la letra, sino con ciertas libertades.

—Le has echado huevos, *chaval*. —Siempre he representado menos años de los que tengo, así que a veces me llamaba así—. Estaba pensando que me hace falta un lugarteniente, ya sabes, un tío en el que pueda confiar, no sólo en este tipo de asuntos —señaló con la mandíbula al muerto— sino en general, en la organización. La Fábrica necesita un mando intermedio, un número dos con voz y voto para tomar decisiones cuando yo esté ocupado y ese tipo de cosas. ¿Qué me dices? ¿Cómo lo ves?

Accepté, claro, ¿qué otra cosa podía hacer? Había superado «la prueba» con nota, pero ¿a qué precio?

IX

Tras los pasos de Conan Doyle

«Nunca se acaba de aprender, Watson.
Incluso los más grandes y
los más profesionales deben de tener
el afán de superarse y
aprender lo máximo hasta el final.»

La aventura del Círculo Rojo (Arthur Conan Doyle)

CREO QUE HE VISTO todas las películas de Sherlock Holmes. Desde las clásicas de Basil Rathbone hasta las modernas de Robert Downey Jr., incluyendo rarezas como la de Rupert Everett (sí, han leído bien, Rupert Everett; yo tampoco me lo explico pero la peli está entretenida) y, por supuesto, la parodia dirigida por Billy Wilder con Gene Wilder como protagonista. Comprenderán ahora lo irónico del lugar hacia el que me dirigía.

William se había citado conmigo en el pub The Conan Doyle, llamado así en honor al creador de Sherlock, y situado en un edificio muy cercano a la que había sido la residencia del escritor durante gran parte de su vida, Picardy Place. Dejé a un lado la plaza, donde una pareja veinteañera se sacaba la foto de rigor junto a la estatua del famosísimo detective, y caminé por York Place. Crucé la calle para llegar al pub, ubicado a menos de cien metros de la estatua. Ni rastro de William. Entré. El local estaba ambientado como si fuese la casa de Sherlock, separado en varias estancias simulando habitaciones y con un pequeño altar con figuritas de porcelana recreando escenas de sus novelas. Había gente pero no estaba lleno. Me acerqué a la barra. Iba a pedir una cerveza pero al final pedí un *whisky*. Estábamos en Escocia. Alguien me palmeó en la espalda.

—Veo que sigues igual de puntual que siempre —dijo, mientras pedía su bebida—. Ven, vamos ahí.

William no era muy alto y estaba delgado. Tenía el pelo pincho, siempre

muy engominado y de un tono muy negro. Sus ojos eran huidizos, aunque eso no necesariamente implicaba nada. Supongo. Nos sentamos en una mesa. Los sillones eran cómodos. En la mesa de al lado un grupo de chavales comían *haggis*.

—¿Cómo tú por aquí?

—Ahórrate las formalidades.

—¿Problemas?

—Bastantes. Si no, no te habría avisado.

—Ya. —Tomó un largo trago mirando al infinito—. ¿Me los vas a contar o lo tengo que adivinar?

—Alguien me ha vendido. ¿Te acuerdas del Ruso?

—Mal bicho.

—Pues esto —señalé mi ojo amoratado— ha sido cosa de sus muchachos.

—¿Qué quieres que haga?

—Tyler se ha esfumado.

—¿Sin decir nada?

—Me dejó una nota. Me recomendaba largarme cagando leches.

—Pero no le hiciste caso.

Parecía el sitio más apropiado para decirlo. Lo dije:

—Elemental, querido Watson.

—Y ahora el Ruso quiere tu cabeza.

—Más bien quiere el dinero que le birló Tyler.

—Que no sabemos dónde está.

—Que no sabemos dónde está. Y ahí entras tú.

—¿Quieres que te ayude a localizarlo?

—Vuelves a dar en el clavo. Estás muy perspicaz hoy, ¿o es sólo el influjo de este pub?

Sonreímos, aunque ninguno de los dos tenía realmente muchas ganas.

—No recuerdo dónde me dijiste que te alojabas.

—No te lo dije.

—Si no confías en mí, esto no va a funcionar.

—No confío en nadie. No te ofendas.

Hizo un gesto con las manos que yo interpreté como «conforme».

Salimos del The Conan Doyle y noté instintivamente que algo no iba bien.

Miré a William.

—Nos están siguiendo —dije.

—Ya lo he notado —contestó mientras seguía caminando. Me tendió un

arma, que acepté sin dudarlo.

Giramos a la derecha por el primer *close* que encontramos. Era de éstos que dan a un plaza interior rodeada de viviendas y con una gran farola en el medio. Sin salida. Cojonudo. Ellos eran cuatro. Nosotros sólo dos. William fue el primero en sacar su arma, disparó hacia el que estaba más cerca. Le dio en el hombro, creo. Yo también desenfundé rápido. Los otros tres tardaron algo más pero pronto los seis teníamos las pistolas preparadas. No había muchos sitios donde ponerse a cubierto: sólo en los recovecos entre casa y casa, en el propio callejón, detrás de un contenedor de basura o detrás de la farola. Las balas silbaban sobre nuestras cabezas. William y yo seguíamos parapetados tras el contenedor. Recargué mi arma y disparé una ráfaga que hizo que uno cayese hacia atrás. El primer herido se había replegado y estaba casi en la salida del callejón. Los otros dos recularon. Oímos carreras. El tiroteo terminó de repente, de forma tan abrupta como había empezado. Asomé la cabeza y luego miré a mi compañero:

—¿Se han ido? ¿Ya está?

—Eso parece.

Salimos de nuestro escondite y vimos a un tío tirado cuan largo era sobre el suelo. Ni rastro de sus tres compañeros. Representaba cuarenta y tantos y parecía de Europa del Este. ¿Un esbirro del Ruso? Me agaché junto a él y le registré los bolsillos. Nada.

—¿Qué coño esperabas encontrar: su pasaporte? —preguntó cáusticamente William.

Concedí que tenía razón.

—¿Te quedaste con sus caras?

—Más o menos. ¿Los conocías?

—De nada.

—Lo que más me mosquea —dije— es que se hayan marchado así como así. Aunque tuviesen una baja y un herido, seguían siendo dos contra dos. Y esta plaza es muy pequeña, no teníamos mucha escapatoria.

—Igual sólo querían darnos un aviso...

Me pasé la mano por la ceja. Todavía me dolía.

—Ya me dieron un buen aviso los chicos del Ruso antes de que viniese aquí. No tiene sentido. ¿Tú tienes a alguien persiguiéndote últimamente?

Se quedó pensando unos segundos más de la cuenta para mi gusto. Quizá fuese sólo paranoia mía, no sé.

—No me doy cuenta de nadie en concreto —dijo al fin—. Pero en nuestro

trabajo...

No completó la frase. No hacía falta. Hablábamos el mismo lenguaje. La duda era si estábamos en el mismo bando. Se ofreció a acompañarme al hotel pero decliné su oferta. Más valía prevenir. Tenía que largarme de Edimburgo. Estaba claro que allí tampoco estaba seguro.

X

Compañeros de delitos

«Los verdaderos amigos se tienen
que enfadar de vez en cuando.»

Louis Pasteur

EL SEGUNDO NOMBRE de mi lista era Eliot, mi compañero policía. Sonará extraño pero muchas veces la gente más cercana es precisamente la gente a la que menos conoces y con la que más sorpresas te llevas. A veces para bien, otras veces...

Me acuerdo perfectamente del día que nos conocimos. Eliot es un tío fornido, ligeramente entrado en carnes pero con una fuerza bruta y una personalidad impresionantes, aunque esto último lo esconde bajo una apariencia bonachona. Tiene cuarenta y cuatro años, tres más que yo, el pelo castaño claro, siempre muy corto, y los ojos de un color indefinido, podríamos decir que grisáceo.

—¿Eres el nuevo? —me dijo según me vio llegar.

—Eso parece.

—¿Narcóticos?

—Sí, y luego Homicidios.

—¿Y por qué quieres entrar a nuestro grupito?

—Supongo que lo de «por hacer de éste un mundo mejor» no suena muy creíble, ¿verdad?

Sonrió pero no dijo nada. Interpreté que tenía que contestar en serio. Lo hice.

—Por acabar con esos hijos de puta, traficantes, mafiosos, cabrones de la peor calaña... Y además creo que me van a subir el sueldo.

Esta vez sonrió de una forma que me pareció más sincera que antes.

—Buena suerte.

Tenía que hacer la entrevista con el que iba a ser mi jefe de unidad, así que

me despedí del que sería mi nuevo compañero. Me dio la sensación de que íbamos a congeniar. Era un poco seco pero no parecía mal tío. De esto hacía algo más de tres años. ¿Podría ser él quien me había vendido? Tenía que averiguarlo cuanto antes. Le llamé.

—¿Dónde estás? Se está liando una muy gorda aquí desde que te largaste.

Al parecer las noticias volaban. ¿Cómo sabía él que me había largado? Se lo pregunté.

—¿Cómo sabes que no estoy ahí?

—Te llamé a casa. Tu chica no me quiso decir dónde estabas, así que deduje que te habrías pirado.

Plausible. Esto me recordó que tenía que llamarla. Más tarde.

—Vale. Es cierto. Me he pirado. Tu soplo era cierto.

—¿Te han descubierto?

—No lo sé... O sea, lo supongo, pero no sé quién. Tengo al Ruso pisándome los talones.

—Joder. ¿Te has marchado del país?

—Sí.

—Pero no puedes decirme a dónde, ¿verdad?

—Sería malo para ambos.

Se produjo una breve pausa. Creo que ninguno de los dos sabíamos hasta dónde podíamos confiar en el otro. Vaya mierda de trabajo, no te puedes fiar al cien por cien ni de tu propio compañero. Me lancé:

—Cuéntame qué sabes. ¿Qué está pasando por ahí?

—Yo tampoco puedo hablar mucho. Sé que el Ruso está en el ajo. Y también han encontrado a un tío muerto. Troceado.

—¿Me estás acusando de algo?

—Lleva tu sello. Vamos, el de tus últimos trabajos para La Fábrica.

No quería contestar. Tampoco hacía falta realmente. Cambié de tercio:

—¿Alguien te ha preguntado por mí?

—Aún no. Pero lo harán.

—Entonces entiendes que me haya largado.

—Sí, claro.

—Quizá tú también deberías desaparecer —le sugerí.

—Sé cuidarme. Ahí donde estás... ¿estás seguro?

Me preguntaba indirectamente si me iba a quedar allí o no. Podían estar rastreando la llamada. Llevábamos mucho rato seguido hablando, tenía que colgar. Pero no sin antes hacerle la pregunta.

—No sé si me quedaré o no, pero aunque lo supiese no podría decírtelo... ni a ti ni a nadie. Necesito saberlo: ¿me has vendido?

—¡Vete a tomar por culo!

Su cabreo parecía genuino. Me dio buenas vibraciones.

—No me has contestado.

—Sí lo he hecho, ¿es que estás sordo? Te he dicho que te vayas a tomar por el puto culo. ¿Crees que si quisiera joderte me preocuparía de avisarte de que van detrás de ti? ¿Es eso cuanto confías en tu compañero? Debería haberte dejado tirado aquella vez, así no tendría que escucharte gilipolleces ahora...

Una vez me había salvado la vida. Literalmente. Siempre estaría en deuda con él. Pero la gente cambia. Hay muchos intereses creados, el dinero mueve al mundo y toda esa mierda, ya saben. No creía que Eliot me fuese a vender pero en ese momento no confiaba en nadie.

—Sólo era una pregunta. Lo siento.

Lo decía en serio. Supongo que resulté convincente.

—Cuídate. Y procura mantenerte a salvo. Van a ir a por ti.

¿Era una amenaza o sólo una advertencia? ¿De qué parte estaba? Le conocía desde hacía más de tres años, aunque eso en mi negocio no garantiza nada. Repasé rápidamente toda la conversación y evalué las posibilidades: él me había dado el aviso, luego parecía inocente, pero después había llamado a mi casa, cosa que nunca hacía, luego parecía sospechoso. Sabía lo del cadáver troceado. ¿Cómo coño podía haberlo averiguado tan rápido? Pero se había puesto hecho una furia cuando insinué que todo esto era cosa de él, punto a su favor. Empate técnico. No tenía ni puñetera idea de qué pensar, pero le debía una, así que supongo que eso inclinaba la balanza. Por el momento.

Contaba con que Edimburgo no fuese el destino definitivo. Después de la encerrona en el *close*, y de la desconfianza que me generaban tanto William como Eliot, no me quedaba otra que huir a una nueva ciudad. Y cuanto antes, mejor.

XI

El primer encargo

«La violencia es una de las cosas más divertidas de ver.»

Quentin Tarantino

MIENTRAS ESPERABA en el aeropuerto para largarme de Edimburgo, me dio por pensar en mi primer encargo, la primera vez, desde que me infiltré en La Fábrica, que me pidieron explícitamente cargarme a alguien.

Tyler me había dado instrucciones muy precisas:

—Tienes que dejar bien claro el mensaje: nadie juega con nosotros y se queda impune. Nadie. ¿Entendido?

Como ya he dicho en alguna otra ocasión, Tyler siempre había sido un maldito gilipollas, aunque lo cierto es que aquella vez la persona a través de la cual tenía que mandar el mensaje era un malnacido que no merecía piedad alguna. Lo sé, lo sé, van a volver con el rollo de que si soy un psicópata, de que no se puede uno tomar la justicia por su mano... Bla bla bla.

Les diré algo: nunca he sido un moralista, ni tampoco pretendo dar lecciones de nada a nadie, pero en los años que llevo dedicándome a esto, que no son pocos, he aprendido que tanto si actúas conforme a una ética y un estricto conjunto de reglas como si te comportas de una forma más arbitraria y libertina, el resultado es idéntico. Créanme, no hay ninguna diferencia. Eso de «el que la hace la paga» sí está bastante en boga en mi profesión, pero hay gente que tiene especial habilidad para salir bien librado de todo, y otros tienen siempre que pringar, sean culpables o no.

En fin, no quiero aburrirles con verborrea barata. El caso es que me encomendaron la misión de cargarme a un capo mafioso que entraba en competencia directa con la gente de La Fábrica, no sólo por acabar con dicha competencia sino también para mandar un mensaje al resto de potenciales competidores.

La sutileza, como ya habrán adivinado, nunca ha sido el punto fuerte de la clase de gente con la que trato. El plan, por tanto, estaba claro: ir a la guarida del lobo y acabar con él, sin miramientos. Y dejar nuestra firma, evidentemente. Que todos supiesen que en La Fábrica no se andaban con tonterías.

Me acompañaban tres de los muchachos de Tyler, aunque tenía órdenes de ser yo el que me encargase personalmente del antagonista de mi jefe.

Nos acercamos al pub por la puerta de atrás. Un par de matones hacían guardia. Nosotros éramos cuatro así que optaron por la diplomacia. Inicialmente.

—¿A dónde coño pensáis que vais?

—Tenemos que hablar con vuestro jefe.

—No nos ha dicho nada de eso. Esperad aquí.

El que llevaba la voz cantante hizo ademán de entrar en el local. No le dimos opción. Dos de mis compañeros se encargaron de él: unos cuantos puñetazos suelen hacer entrar en razón a los mindundis y aquellos tipos, aunque grandes en tamaño, no parecían pintar nada en la compañía. Mi otro compañero y yo sujetamos por las solapas al que no había hablado y yo saqué mi pistola y le apunté con ella.

—Si no quieres que te pase como a él —le dije—, llévanos con tu jefe.

Entramos en el local, donde no había casi gente, y fuimos conducidos hacia la trastienda, hasta una puerta que ponía «Almacén».

—Jefe, aquí hay unos tíos que preguntan por ti —dijo sin mucha convicción mientras cruzaba el umbral de la puerta.

Su jefe, cuarenta y tantos, pelo engominado y repeinado hacia atrás, cejas hirsutas y traje de imitación, parecía muy ocupado contemplando la imagen de un televisor que nos quedaba de espaldas.

—¿Pero qué narices...?

Mientras el tío se levantaba y empezaba a soltar improperios contra nosotros, aparecieron de la nada unos cuantos de sus esbirros. Todos llevábamos armas de fuego pero la consigna estaba clara: aquel tipo tenía que sufrir antes de morir, así que no bastaba con dispararle y punto. Algunos de sus hombres, sin embargo, no debían ser conocedores de esta consigna porque las balas comenzaron a volar por doquier. Me coloqué tras la mesa del despacho y me uní a la fiesta. En seguida conseguimos deshacernos de los que se habían aproximado más de la cuenta al almacén.

Entretanto, el jefe había intentado largarse gateando durante los disparos,

pero logré sujetarle por los tobillos y dejarlo medio inconsciente tras asestarle un par de culatazos en la cabeza con mi pistola.

El factor sorpresa suele jugar un papel clave en este tipo de situaciones. Mientras los que habían quedado fuera (y aún estaban operativos) recargaban sus armas o decidían la estrategia, mis compañeros y yo abandonamos el almacén, llevándonos con nosotros al jefe, a quien yo coloqué como parapeto para evitar más disparos. No teníamos ni idea de lo que nos íbamos a encontrar pero en breve lo descubriríamos.

¿Se dan cuenta de que en las películas los malos, aunque superen en número a los buenos, siempre atacan de uno en uno, respetando rigurosamente su turno de una forma muy cívica y ética? Bien, una nueva falacia del mundillo cinematográfico. Ellos eran más, muchos más; de hecho, no sé de dónde coño salió toda aquella gente. No sé si es que todos los clientes del bar eran de la banda o qué, pero el caso es que de repente ellos eran unos doce. Nosotros sólo cuatro, y uno estaba herido. Y no respetaron ningún turno, nos atacaron todos a la vez, en tropel. Hubo algún tiro aislado, pero en general la mayoría se inclinó por los puñetazos, patadas, empujones, mordiscos y todo tipo de artimañas barriobajeras de las clásicas peleas de barrios chungos. Muy chungos.

Tenía un par de dientes rotos y los labios ensangrentados cuando logré colarme detrás de la barra y hacerme con un par de botellas de cerveza. Empecé a utilizarlas como arma blanca y la cosa mejoró considerablemente. En seguida dejé a un par fuera de combate partiéndoles las botellas en la cabeza. Luego utilicé los restos de las botellas para clavárselas en el costado o las piernas a los que se me iban aproximando.

Uno de mis compañeros era una auténtica mala bestia y, sólo con su manos, logró despachar a otros cuantos. Ya no eran mayoría o, al menos, estábamos ya todos casi igual de jodidos de tantos mamporros. Hice un gesto a mi equipo y salimos del local a toda leche, llevándonos con nosotros al líder.

La mala bestia también sabía conducir. No muy bien pero sabía y, dado que era el que estaba más entero físicamente, dejamos que llevase él el coche. Condujo durante unos veinticinco o treinta kilómetros, siguiendo mis indicaciones, metiéndonos por carreteras secundarias poco transitadas. Aparcamos en un descampado, justo al lado de un viejo desguace abandonado.

Allí hice lo que me habían pedido: saqué del coche al tío y le di una buena paliza, ante la atenta mirada de mis tres compañeros. Cuando consideré que ya era suficiente, saqué la pistola y le pegué dos tiros en la frente. Una ejecución

en toda regla, aunque con paliza de propina. Tal cual me había demandado mi jefe.

Volvimos a subir al coche. Yo estaba hasta arriba de adrenalina; era la primera vez que me cargaba a alguien a sangre fría de forma digamos gratuita. Aunque sabía que el fiambre era un hijo de puta, reconozco que sentí una sensación extraña, más turbadora de lo esperado. Mientras la mala bestia nos llevaba de nuevo en dirección a La Fábrica, llamé por el móvil al bar del muerto.

—¿Os acordáis de nosotros? Somos los que hemos estado ahí hace un rato —dije a modo de saludo—. Si queréis recuperar el cuerpo de vuestro jefe, podéis pasar a recogerlo.

Sin darles opción a réplica, les di la dirección del descampado. Colgué sabiendo que aquel día mi estatus en la banda mejoraría notablemente. Y de forma sencilla, podríamos decir. Sólo había tenido que pelearme con unos mamones y asesinar vilmente a uno de ellos. *Peccata minuta*, ¿verdad? No logré pegar ojo en toda la noche.

XII

El amor duele

«Love bites, love bleeds.
It's bringin' me to my knees.»
Love bites (Def Leppard)

SEGUÍA ESPERANDO el embarque del avión que me llevaría a Londres. Supongo que lo más seguro hubiese sido mandarle un mensaje sin más, pero no podía resistirme a llamarla, a escuchar su voz. Además tenía que preguntarle algo.

Susan descolgó casi sobre la marcha.

—Sí que has tardado en llamarme —refunfuñó.

—Lo siento, no he podido antes. ¿Estás en la otra casa? —pregunté.

—Ahora mismo sí...

—¿Pero estuviste primero en la nuestra?

—Si ya lo sabes, ¿para qué demonios lo preguntas?

«Demonios» no era exactamente un taco, pero en su caso como si lo fuese. Estaba cabreada. Yo no tenía mucho tiempo. Fui al grano.

—Hablaste con Eliot. ¿Qué te dijo?

—Nada. Me preguntó por ti. Le dije que no estabas. Supongo que dedujo que te habías largado del país.

Aquella versión era muy similar a la que me había dado Eliot lo cual era lógico si a) era verdad, o b) estaban compinchados. Joder, cada vez estaba más paranoico. ¿Cómo podía dudar de ellos dos?

—Sí, lo dedujo.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Le llamé yo. Discutimos.

—Vaya.

—Se cabreó un poco cuando le dije que si me estaba tendiendo una trampa...

—¿Tú crees que él...?

—No. No lo sé. No tengo ni idea, pero no creo que sea cosa de él.

—Me dijo que te había avisado de que corrías peligro, que era normal que te hubieses largado.

Esa parte no me la había contado él a mí. Interesante.

—Sí, en efecto. Fue él el primero en avisarme. Oye, necesito que no salgas mucho de casa estos días, sólo lo imprescindible. El trabajo, la compra y poco más.

Un suspiro al otro lado de la línea. Susan nunca había sido de montar escenas, otra cosa que me encantaba de ella, pero ahora parecía estar a punto de montar una. Deseé con todas mis fuerzas que no fuese así y esperé.

—¿Te das cuenta de que no me has dicho nada? Me llamas y no me dices ni siquiera que me echas de menos o que todo saldrá bien. Sólo te interesa con quién he hablado, qué he hecho, dónde estoy... Este trabajo tuyo me supera. Cada vez más.

No tenía que haberlo dicho, pero lo dije:

—Ya sabías que esto iba a ser así desde que nos conocemos. Bueno, *casi* desde que nos conocemos.

—Tienes razón. ¿Eso en qué lugar me deja? Menuda idiota...

—No eres ninguna idiota.

Una breve pausa.

—Te echo de menos.

—Yo... —dudé—. Yo también te echo mucho de menos. Ojalá pudiese cambiar las cosas pero sabes que no puedo. Y ahora estoy metido en algo muy gordo. No te puedo prometer que saldrá bien porque no lo sé. Van a por mí, y no quiero bajo ningún concepto que vayan a por ti. Por eso es por lo que te pregunto todo lo que te pregunto. ¿Lo entiendes?

—Sí —sonaba sincera—. Claro que lo entiendo. Lo que no sé es si puedo seguir soportándolo.

—Cuando vuelva hablaremos. Te lo prometo.

—¿Y si no vuelves?

—Volveré.

—¿Y si no?

—Te puedes quedar todos mis discos de rock.

Echó una pequeña carcajada.

—Siempre tienes que hacer bromas con todo...

—Sólo quería quitarle un poco de hierro al asunto.

—Ya lo sé.

—Tengo que colgar, estoy a punto de coger un avión.

—Y no me puedes decir el destino, ¿a que no?

—Sabes que no.

—Oye... tienes que volver. Por tus discos de rock aunque sea.

Sonreí.

—Y para darte lo tuyo.

Ella soltó otra carcajada.

—Sí, para eso también.

Para eso también.

XIII

Mind the gap

«Engines stop running,
but I have no fear.
'Cause London is drowning,
and I live by the river.»
London calling (The Clash)

EL VUELO DISCURRIÓ sin problemas. Menos mal, porque llevaba una racha... Ya había estado otras veces en Londres, alguna incluso como turista, aunque la mayoría de las veces como agente encubierto. Los turistas se quejaban de que la gente allí, como en cualquier gran ciudad, tenía un estilo de vida muy ajetreado, muy agobiante, con mucho estrés. Yo estaba acostumbrado a ese estilo de vida, así que podríamos decir que el ambiente londinense me agradaba. Lo de que llovía mucho, hasta donde yo había podido comprobar, era relativamente cierto. Lo de la densa niebla creo que era cosa de las películas de Jack el Destripador y similares. Yo jamás la había visto con mis propios ojos.

El tercer nombre que había anotado en mi lista era Tony, el mexicano que se parecía a Danny Trejo y que trabajaba conmigo en La Fábrica. ¿Motivos para sospechar de él? Yo le caía como una patada en el culo desde el primer día que entré allí y no solía molestarse mucho en disimularlo; también aspiraba a ser el número dos de la organización, un puesto que yo le había arrebatado adelantándole, como hacían aquí en Londres, por la derecha. El problema es que yo no le consideraba ni suficientemente inteligente ni suficientemente audaz como para urdir un sofisticado plan para quitarme de en medio. Si, simplemente, hubiese cogido y me hubiese pegado un par de tiros allí mismo, vale, pero enredar la cosa con el Ruso o contratar a gente para perseguirme por Europa... No sé, no lo veía claro, aunque era una opción. No podía descartar nada.

Cogí el Heathrow Connect que comunicaba el aeropuerto con el centro de la ciudad. En el propio aeropuerto me había comprado un libro, una novela negra de un autor que me encantaba: Lawrence Block. En realidad no la había cogido para leerla sino para tener algo con que disimular en el tren, mientras evaluaba las caras del resto de pasajeros. No vi a nadie que me resultase familiar.

Tenía algún contacto en la ciudad pero, de forma algo visceral —cosa bastante atípica en mí— decidí llamar a Travis y ver si él había averiguado algo.

—¿Diga?

—Hola, Travis. —No me identifiqué, sabía que reconocería mi voz.

—Hola, ¿cómo lo llevas? —fue toda su respuesta.

—He tenido momentos mejores.

—¿Querías algo?

—Sí y no. Me explico: quería saber si sabes alguna cosa más, porque yo estoy cada vez más perdido.

—¿Has hablado con alguien?

—Sí, con un contacto que tengo aquí.

—¿Y no te ha servido de nada?

—Nos dispararon. Salimos ilesos ambos pero ni siquiera aquí estoy a salvo. Tengo que moverme.

No le pensaba decir que ya no estaba en Edimburgo. Por lo menos de momento.

—¿Crees que fue una trampa?

Todo lo era. ¿Cómo saber en quién confiar?

—Evidentemente. Si no, no tendría que estar huyendo constantemente, ¿no crees?

—Ya.

Travis era siempre muy lacónico. No le gustaba derrochar palabras inútilmente. Hacía bien.

—¿Entonces no sabes nada?

—He recibido un... soplo.

—Joder, ¿y a qué esperabas para decírmelo?

—No te va a gustar.

—Dímelo igualmente.

—Recibí una llamada anónima. Un hombre. Cuarenta y algo supongo por la voz.

—Al grano.

—Dijo que tu chica podía estar implicada.

—¡Y una mierda!

—Es lo que me dijo.

—¿Preguntó por mí?

—Sí, pero no le dije dónde estabas.

—¿Y no ha ido a tu casa ni nada? Si sabe tu teléfono, sabrá cómo localizarte.

—Llamó al móvil, no al fijo.

—Peor me lo pones. Tiene GPS. Hay muchas formas...

—Sé arreglármelas.

—Ya lo sé. ¿Qué más te dijo? ¿Te dio algún otro mensaje?

—Sólo que tuvieses cuidado. Que podía traicionarte quien menos te lo esperases. Y que desconfiases de ella la primera de todas.

—Genial. ¿Algo más?

—Ya te dije que no te iba a gustar.

—Acertaste.

Tenía razón. No me gustó nada. La llamada me había puesto de muy mala leche. Además me planteaba varias dudas: ¿quién la había hecho? Un tío de cuarenta y pico. Menudo dato. Podía ser Eliot. Él y Travis no se conocían en persona, dudo que conociese su voz. También podría ser cualquier hombre del Ruso. Travis había tratado con algunos pero no con todos. O alguno de La Fábrica. Idénticas circunstancias. El que sí que no podía ser era Tyler; sí que hubiese reconocido su voz.

Tenía, además, que ser alguien que conociese a Susan. Bueno, no necesariamente. A lo mejor habían supuesto que yo tendría a alguien, una chica, una novia, una esposa, una amante, una confidente. Alguien. Todos necesitamos tener a alguien.

Incluso podría ser que Travis se lo hubiese inventado todo y fuese él el que realmente jugaba conmigo. No sé, mi paranoia no alcanzaba límites.

Decidí ir a algún sitio apartado, en la periferia, a ver si así podía abstraerme un poco de todo y ver las cosas con más claridad.

Cogí el metro. No era hora punta pero daba igual, siempre estaba hasta arriba de gente. Me quedé de pie, agarrado a la barra, junto a una pareja de veinteañeros muy altos y muy rubios que llevaban un plano de la ciudad. Me debieron de ver pinta de londinense porque me preguntaron con un acento muy logrado —supongo que serían suecos o noruegos, escandinavos seguro— que

si aquella línea paraba cerca de la Torre de Londres. Como para hacer turismo estaba yo. Les dije que sí, y que tenían el recorrido de cada línea en la parte superior de la pared del propio vagón. Levantaron la vista y lograron verlo. Muchas gracias. No hay de qué. Todo muy fino y elegante.

En cada estación subía y bajaba un montón de gente. Y en cada parada la misma cantinela por megafonía: *Mind the gap between the train and the platform*^[1]. Parecían muy interesados en que nadie metiese la pata. Literalmente.

Yo seguí casi hasta el final de la línea. Me bajé en la parada del Arsenal que, como podrán imaginar, se llamaba así por ser la zona en la que se encontraba el estadio del equipo de fútbol. Fui el único en bajarse allí.

Nada más salir, había un cartel indicando hacia dónde quedaba el campo. Me daba igual una dirección que otra, así que caminé por Gillespie Road, dejando a mi lado infinidad de casitas típicamente inglesas, bajas, de piedra y con un pequeño jardín a su alrededor, generalmente muy bien cuidado. Los británicos tendrían sus manías pero las casas eran bonitas.

El paisaje despejó mi mente y, justo de la que llegaba a los alrededores del estadio, donde, por cierto, había unas cuantas personas en la taquilla, imagino que sacando entradas para algún partido, me vino a la cabeza una idea. Puede que fuese algo absurda pero en aquel momento me pareció interesante. ¿Y si llamaba a Susan y le preguntaba explícitamente qué sabía ella de todo este asunto? Lo pensé. Tenía que hacerlo.

No lo hice. Debería haberlo hecho, pero no lo hice. Decidí que llamarla y preguntarle eso sería como acusarla indirectamente, dar a entender que tenía dudas respecto a ella. Y no las tenía. Bueno, no lo tenía claro pero no quería que ella también dudase.

Llegué a un parque y me senté en un banco. Saqué la lista. Antes de que pudiese leer o escribir nada en ella, noté algo. Como en las películas de suspense, cuando el protagonista cree ver u oír algo entre los árboles. Un susurro, un murmullo, una carrera. Algo. Me entró de nuevo la paranoia, cerré la libreta y me largué de allí.

Cogí el metro en la primera estación que encontré, con la desagradable y creciente sensación de que me seguían. No dejé de mirar a un lado y a otro en todo el trayecto. Cambié varias veces de línea. Volví a sacar de mi cazadora la novela de Lawrence Block y me oculté tras ella de vez en cuando.

—¡Una bomba! —gritó de repente alguien, señalando una mochila aislada en un rincón.

—¡Una bomba! —repetieron varias personas, cada vez más alarmadas.

Pronto se había formado un guirigay de cuidado. La siguiente parada era Westminster. La gente se bajó en tropel. Yo también bajé, qué remedio. Sabía que Westminster era una de las estaciones más concurridas, pero la presunta bomba provocó que el alboroto aumentase exponencialmente.

—¡Hay una bomba! —clamaban algunos.

No daba crédito a mi suerte. En tierra, se sucedieron los empujones, el griterío, policías por aquí y por allá... Un par de ellos subieron a examinar el vagón en cuestión.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a un *bobby*.

—Aléjese de este vagón, señor.

—¿De verdad hay una bomba?

—No lo sabemos, pero tiene que irse, por favor.

El tren arrancó con los polis dentro y casi sin pasajeros. En la estación seguía habiendo un gran tumulto, la gente discutía a voz en grito sobre inseguridad, amenazas terroristas y todo ese rollo. Había bastantes personas de apariencia musulmana, lo que no contribuía a suavizar la situación. Los malditos estereotipos, ya saben.

Habían pasado ya unos minutos desde que todos bajamos del primer tren y ya venía el siguiente, se sentía el ruido por las vías.

Comencé a recorrer el andén y sentí un gran grito colectivo. Un grito de terror. Me giré y vi que alguien había caído a las vías del tren. Los policías hacían gestos para que el tren parase pero era tarde. La persona caída en las vías —no alcancé a ver si era hombre o mujer— había sido arrollada por el tren.

Entonces, entre la muchedumbre, crucé la mirada con otro individuo. Éste elevó las cejas cómicamente, miró hacia el muerto y sonrió, encogiéndose de hombros. Sí, como lo oyen, sonrió. Luego siguió su camino hacia el exterior y se perdió entre la multitud. Joder. ¿Acababa de reconocer su culpabilidad? La gente seguía dando voces, histérica. No era agradable ver cómo un tren atropellaba a alguien. ¿Y ese tío qué pintaba en todo esto? ¿Lo habría empujado? *Mind the gap*. Pues sí.

XIV

El ojo de Londres

«¿Recuerdas que prometí
matarte el último? Te mentí.»
Comando (1985)

EL TÍO ERA PELIRROJO, alto y de mirada huidiza, como la de William. Sin duda, era el mismo que había visto en el metro y me había sonreído burlonamente cuando empujó a aquella persona para ser arrollada por el tren. Se echó la mano al bolsillo de la gabardina. El asunto me daba mala espina.

Aceleré el ritmo, tratando de perderle la pista. Dejé a un lado el Big Ben y las Casas del Parlamento y caminé a toda prisa por el puente de Westminster. Como en cualquier lugar turístico de Londres, había un gentío considerable. De vez en cuando miraba hacia atrás, a ver si lo había despistado, pero no, seguía allí, y parecía que iba al mismo ritmo que yo. Al final del puente giré a la izquierda y caminé en dirección al London Eye, la famosa y gigantesca noria situada junto al Támesis.

Eché la vista atrás y suspiré aliviado. Parecía que por fin me había librado de él. Después sentí pasos acelerados, alguien venía casi corriendo. Mierda. Yo también me eché a correr. Me salté la cola y me subí a una de las cabinas de cristal de la noria, junto a otras veinticinco o treinta personas. Aunque hubo alguna débil protesta por parte de la organización y de mis acompañantes, la noria siguió girando —nunca se detenía, te subías con ella en marcha— y todo parecía indicar que me había librado de él durante los aproximadamente treinta minutos que tardaba el London Eye en dar una vuelta completa.

No habría pasado ni medio minuto cuando me percaté de que en la cabina contigua a la mía se había montado el escurridizo pelirrojo, sin duda empleando mi mismo método de saltarse la cola y no pagar el billete. Esto significaba que bajaríamos a la vez. Y ahí me tendría a tiro, al menos unos segundos. Los suficientes.

El tío fingió no verme, o al menos no mirarme directamente. Yo también me puse a disimular mientras pensaba qué podía hacer para evitar que me pegase un tiro al bajar.

—¿Nos puedes hacer una foto?

La petición venía de una chica que iba con el que debía ser su novio. El resto del viaje fue bonito... para todos menos para mí, que en vez de estar disfrutando de las preciosas vistas de Londres desde las alturas, estuve pensando cómo coño evitar el balazo mortal del maldito pelirrojo.

Llegó el momento. Se abrieron las puertas. Los de seguridad vinieron a por mí (hay que recordar que no había pagado el billete). Eran dos pero no se esperaban mi reacción. Les noqueé rápidamente. Esos segundos que perdí le dieron la vida al pelirrojo, que también se deshizo de otros de seguridad que habían ido a por él por idéntico motivo.

—¡No corras! —gritó mientras yo desoía su consejo y trataba de ponerme a cubierto.

El cabrón era rápido. Sentí el primer impacto en el hombro izquierdo. Seguí corriendo, aunque notaba que mi amigo pelirrojo estaba cada vez más cerca.

El segundo balazo fue en una pantorrilla. Joder, qué escozor. Caí al suelo.

—Vaya, parece que ahora no tienes nada que hacer, ¿no? —dijo aquel maldito psicópata.

—Acaba con esto de una puñetera vez —le dije.

Mucha gente pasaba a nuestro alrededor. A nadie parecía importarle un bledo que aquel tío me hubiese disparado ni que estuviese a punto de rematarme en el suelo. Ni rastro de los de seguridad de la noria tampoco. Debían haber pensado que no merecía la pena discutir con dos tiparracos como nosotros por un puñado de libras.

—¿No me vas a preguntar quién me envía?

Me pasaron por la cabeza varios nombres: Tyler, el Ruso, William, Eliot...

—Dímelo si tanto te apetece.

Yo había tirado la toalla, no podía moverme con la pierna así. Y él tenía un disparo limpio y a bocajarro. No tenía escapatoria.

—Tienes buen gusto. La verdad es que está muy buena —dijo con aquella asquerosa sonrisa suya.

—No la metas a ella en esto.

—¿A quién? ¿A Susan?

Sonrió de nuevo. Y fue lo último que vi. Desperté sobresaltado en la

habitación de aquel hotel de segunda. Tengo especial habilidad para mezclar realidad y ficción mientras sueño. ¿No se lo había dicho?

XV

Interludio

«Wait, till I come back to your side,
we'll forget the tears we've cried.»
Wait (The Beatles)

LO QUE REALMENTE había pasado desde que me bajé en Westminster era que anduve vagando por la ciudad tratando de discernir si el incidente del metro tenía o no algo que ver con la persecución a la que parecía estar siendo sometido. Como de costumbre, no llegué a ninguna conclusión.

También le estuve dando vueltas en la cabeza al aspecto que tenía el tío del metro. Sólo lo había visto unos segundos pero, en mi profesión, eso tenía que ser suficiente. Hice un retrato robot en mi cabeza: pelirrojo, con algo de barba, bastante alto, de ojos oscuros y con mirada burlona.

Me sonó el móvil. Qué raro. Se suponía que nadie conocía mi número. Siempre llamaba con número oculto desde mi encuentro con el Ruso y sus muchachos.

—¿Diga?

—Hola. ¿Estás bien?

No me esperaba que me llamase *ella*. Habíamos hablado hacía poco y además no quería decirle nada respecto a mis sospechas sobre lo que me había contado Travis.

—Sí, estoy bien. ¿Cómo has localizado mi número?

—De tu anterior llamada. —¿Había algo de titubeo en su voz? La dejé hablar—. Ha pasado algo.

—¿El qué? ¿Tú estás bien?

—Sí, sí, es sólo que... ¿Alguien te ha dicho algo sobre mí?

Dudé.

—No sé, ¿a qué te refieres?

—No puedo hablar mucho, pero creo que van a intentar confundirte. A

decirte que es todo una trampa preparada por mí o algo así. Sabes que yo nunca te haría eso.

—¡Claro que lo sé!

—Lo digo en serio. Tienes que creerme.

—Siempre te creo.

No sé si mis palabras sonaban bien o mal en su cabeza. En la mía sonaban horrible. Como las típicas fórmulas que se dicen en determinadas situaciones y que, muchas veces, no quieren decir nada: «te acompaño en el sentimiento», «siento mucho tu pérdida», «¿quién lo iba a decir?», «no somos nadie». Palabras huecas.

—¿Dónde estás?

Qué manía estaba cogiendo la gente con conocer mi paradero.

—Sabes que no puedo decírtelo.

—Llevas unos días que no me puedes decir nada.

—Sí. Y seguirá siendo así hasta que todo esto se aclare. ¿Estás...

—¿Sí...?

Cambié de opinión y le pregunté otra cosa.

—¿Estás en la otra casa?

—Estoy en la calle. Pero sí, estoy durmiendo en la otra casa.

—Vale. No pases por la nuestra de momento.

—Si crees que son capaces de encontrarte a ti ahí, serán capaces de encontrarme a mí aquí —dijo en un tono muy solemne.

Tenía razón. No supe qué responder y le dije que la quería.

—Yo también te quiero.

Quedé con la cabeza hecha un lío. Busqué un hotel que no fuese muy caro para pasar la noche. Por hoy ya había tenido suficiente ajetreo. Supongo que ahora entenderán mejor por qué tuve el sueño que tuve.

XVI

Blanco móvil

«Lucha o huye. Eso forma parte del cerebro de reptil de todos.»
Dexter (serie de televisión)

ME SENTÍA COMO George Kaplan. Parecía que, fuese a donde fuese, siempre había alguien que me perseguía, me miraba socarronamente, aparecía en mis sueños, me llamaba por teléfono o me daba consejos gratuitos sobre cómo afrontar la situación. Al menos de momento no me habían disparado desde una avioneta mientras corría por un campo de maíz.

Travis era el cuarto nombre de mi lista. Al igual que en el caso de mi compañero policía, era de los menos probables. No tenía nada en mi contra (que yo supiese), no sabía que yo era poli (que yo supiese) y con el Ruso sólo mantenía trato por negocios (que yo supiese). Supongo que ése era el problema, que yo no sabía una mierda de casi nadie ni de casi nada. O, peor aún, sabía un montón de datos que podían incriminar a mucha gente en muchos delitos pero, qué narices, yo también cometía delitos, casi a diario. Sin ir más lejos me había cargado a aquel tío en el bar, el calvo con la gran cicatriz. Pero ésa era otra historia.

Compré el *Times* y busqué directamente la página de Sucesos. En seguida encontré lo que buscaba:

Catástrofe en Westminster: Falsa amenaza de bomba y hombre atropellado

Ayer a las siete y media de la tarde en la estación de metro de Westminster se produjo un triste suceso al que las autoridades aún no le han encontrado una explicación convincente.

Primero unos gritos alertaron a los pasajeros de la posible existencia de una bomba en el interior de una mochila abandonada en uno de los vagones de un tren de la línea District, poco antes de su paso por la estación de Westminster. Gran parte de los

viajeros se apearon en dicha estación mientras los cuerpos policiales examinaban in situ el objeto y alertaban a los artificieros.

Entre tanto, un hombre cayó a las vías y fue arrollado por un tren que venía a toda velocidad, puesto que tenía orden de no detenerse en Westminster hasta que se aclarase el asunto de la presunta bomba.

Pese a la gran cantidad de personas presentes en el lugar de los hechos, nadie puede precisar si Stephen Jones (48), casado y padre de tres hijos, se arrojó voluntariamente a las vías del tren con el propósito de poner fin a su vida, o si fue empujado deliberadamente por alguien.

La hipótesis más probable barajada por la policía es el suicidio, aunque se seguirá investigando para tratar de esclarecer el asunto.

¿Suicidio? Y una mierda. Decidí quedarme al menos un día más en Londres y tratar de localizar al pelirrojo de mi pesadilla. Estaba convencido de que él era el asesino. ¿Y cómo demonios iba a encontrarlo en una ciudad de siete millones de habitantes?, pensarán ustedes. Buena pregunta. A veces la mente toma decisiones difícilmente explicables desde un punto de vista racional.

Me dejé caer por la zona del Soho y entré en un pub. Me puse a charlar con la gente de la barra. Los ingleses tienen fama de fríos, serios, distantes y poco dados a las conversaciones intrascendentes. Pero también les encantan los *realities* y *The Sun*, amarillismo en estado puro, es el periódico más vendido del país. País de grandes contradicciones, pues.

—Vaya movida lo del metro ayer —dije en voz alta sin mirar a nadie en concreto.

El que estaba sentado a mi derecha fue el primero en animarse a hablar.

—Dicen que se suicidó.

—Pero fue todo muy raro —dijo otro.

Pronto se estableció un pequeño debate entre tres ingleses de pro, con sus caras blancas, sus mejillas coloradas por la ingesta de bebidas alcohólicas y su característica flema británica y yo, un apátrida prácticamente, que intervenía sólo de vez en cuando para ver qué sabía la gente de la calle sobre el tema.

—Hay quien dice —sostenía uno— que fue todo un montaje, lo de la falsa bomba, para tender una especie de cortina de humo y que no se supiesen los motivos verdaderos que impulsaron a ese hombre a suicidarse. Yo creo que...

En la vida, como en las películas, a menudo te encontrabas con historias reales que superaban con mucho a la ficción y había personajes, como aquél, que creían a pies juntillas en las teorías de la conspiración y todo eso. No les culpo, yo también creía en ellas. Mi nuevo amigo siguió diciendo:

—... lo más lógico es que alguien quisiera cargarse al tipo. Conocía sus hábitos, sabía sus horarios, podía prever a qué hora estaría en una determinada estación de metro y montar todo el numerito de la falsa bomba para que nadie se fijase en cómo empujaba a las vías a su odiado enemigo.

—Suenan plausible —dije en voz alta, casi involuntariamente.

Aunque la explicación también podía ser otra, claro está. A lo mejor habían organizado toda la farsa de la bomba para hacer que yo me bajase en Westminster. A lo mejor habían liquidado a un tío al azar. A un don nadie. A lo mejor sólo era una advertencia. «Matamos a quien nos da la gana cuando nos da la gana».

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —me preguntó el que había iniciado la conversación, devolviéndome a la realidad.

No sé si lo decía por mi acento o si la palabra «plausible» no formaba parte de su vocabulario.

—Estoy de paso.

Era cierto. Lo que no sabía era por cuánto tiempo. Ellos retomaron la charla.

—Supongo que la policía se pondrá con ello.

—Si esperas que los polis resuelvan el tema, lo llevas claro...

Di un último trago a mi cerveza. Me despedí de ellos y me marché de allí. Ya había oído bastante.

Según salía del pub me pareció cruzarme con una cara conocida. Me giré y el tío dobló a toda prisa por una bocacalle, así que lo único que alcancé a ver fue su nuca. La nuca de un tío alto pelirrojo.

XVII

Larga vida a Robin Hood

«Mañana volveré a ser
el hombre más buscado del país.»
El golpe (1973)

ME MIRÉ EN EL ESPEJO y lo que vi no me gustó nada. Llevaba varios días sin afeitarse y seguía teniendo una ceja algo amoratada pero, sobre todo, veía a un tío cansado de todo, con ganas de que aquello se acabase de una vez... aunque intuía que el final aún estaba lejos.

Me duché y me afeité. Mi aspecto mejoró un poco. Me puse a pensar de nuevo qué implicación podía tener Travis en toda esta historia. Si él fuese el que me la había jugado, ¿para qué me habría facilitado la documentación para poder largarme del país? No, no creía que estuviese implicado.

En ese momento, y pese a que estaba todavía lejos de hacer encajar todas las piezas, comprendí algo: quizá no me querían muerto. Quizá querían algo peor. Querían cargarme con las culpas de algo más gordo. Habían tenido oportunidades para acabar conmigo. William, sin ir más lejos, que por cierto había pasado a ser el quinto nombre de mi lista. Había estado a un palmo de mí en Edimburgo, codo con codo disparando contra aquellos tipos en el callejón. Tuvo varias oportunidades de hecho. ¿Por qué lo había metido en la lista entonces?

Decidí salir de dudas. Lo llamé.

—¿Diga?

—Necesito que me digas algo.

—Yo también me alegro de oírte. Sobre todo después de lo del otro día.

—Déjate de rollos y escucha. Quienquiera que me haya metido en esto, lo ha hecho por algo. Creen que yo tengo algo, sé algo o puedo hacer algo. Quiero saber *qué* es ese algo.

—¿Y cómo esperas que yo lo sepa?

Tenía su lógica. No aflojé. De ahora en adelante no pensaba nunca mostrar el más mínimo signo de debilidad. Tenía que dar a entender que todo estaba bajo control.

—Tienes que saber algo más.

—¿Yo por qué?

—Joder, porque en cuanto salimos del The Conan Doyle nos siguieron aquellos tipos, ergo...

—¿Ergo qué?

—O bien tú les avisaste...

—En cuyo caso no te lo diría.

—Cierto. O bien todo esto forma parte de un plan más grande, concebido para darme por culo utilizando todos los medios a su alcance.

—¿Y yo dónde encajo?

—Si lo supiese, no te lo preguntaría.

Vamos, necesitaba algo. Cualquier cosa que me pusiera sobre una pista.

—¿Me pides que adivine quién anda detrás de ti?

—Algo así.

William se mantuvo en silencio unos segundos. Me lo imaginé con su pelo pincho y sus ojos huidizos, dándole vueltas a mi pregunta.

—El Ruso.

No sé si fue más afirmación que pregunta, pero en cualquier caso una respuesta tan obvia como poco útil.

—Aparte de él.

—No, no, párate a pensarlo. Aparentemente él ha sido el que te ha metido en todo este lío pero te quiere vivo para que le devuelvas su dinero, ¿no?

—Dinero que yo *no* tengo.

—Pero él puede no saberlo.

—Yo creo que lo sabe pero le da igual.

—¿Y por qué no va a por tu jefe en vez de a por ti?

—Igual también está detrás de él —conjeturé sin mucha convicción.

—Quizá... pero no lo sabes. ¿Y si se han aliado para hacer que tú consigas ese dinero que, presuntamente, se ha llevado tu jefe?

Sabía de sobra a lo que se refería William.

—No es descabellado —concedí.

—¿Y bien?

—No sé, tendré que consultarlo con la almohada.

—Ándate con ojo.

Me estaba empezando a tocar mucho las narices que todos me dijese
aquello. Hice un esfuerzo y suavicé mi respuesta.

—Siempre lo hago.

Colgué y me quedé pensando en la idea sugerida por William. No parecía
nada descabellada. Además, no sería la primera vez que lo hacía. Organizar un
robo a lo grande. ¿Y por qué no?

XVIII

Un plan... ¿perfecto?

«Las cosas suceden en primer lugar de manera distinta a como se habían pensado: dos más dos no son cuatro, sino cinco menos uno.»

André Kostolany

MIRÉ EL RELOJ POR enésima vez. Faltaban cinco minutos. Todo marchaba según lo previsto. Aun así, yo estaba a tope de adrenalina. El banco aún no había abierto sus puertas al público, aunque ya estaban dentro el director y un par de empleados. El furgón blindado no tardaría en aparecer.

El plan era tan sencillo como ambicioso. El negocio del tráfico de armas mueve mucha pasta pero, para entrar en ese mundillo, tienes que hacer una inversión inicial difícilmente sufragable de forma honrada. Sería bastante paradójico lo contrario, ¿no les parece?

En la furgoneta estábamos cuatro personas. Otras cuatro se repartían en los otros dos coches. Para mantener el anonimato —otro par de agentes infiltrados me acompañaban en esta misión—, sustituiré los nombres reales de los participantes por pseudónimos. ¿Han visto *Reservoir dogs*? Bien, eso simplifica las cosas.

El señor Rosa, el señor Blanco y yo nos apeamos de la furgoneta, recortada en mano, justo a la vez que llegaba el furgón. Otro de nuestros coches se colocó delante, cerrándoles el paso. Esa primera parte era sencilla. Entre los tres desarmamos a los dos guardias y nos hicimos con el control del furgón. El señor Rosa noqueó al conductor y entre el señor Blanco y yo los desnudamos, los atamos y los dejamos metidos en la parte trasera del propio vehículo.

El señor Rosa se puso el uniforme verde que llevaba el conductor. La señorita Azul salió de otro de los coches y se juntó a nosotros tres. Luego Blanco y yo nos mantuvimos a una distancia prudencial mientras Rosa y Azul

se aproximaban a la sucursal.

Llevábamos planificando el asunto durante casi un mes: los del banco no parecían conocer personalmente a los del furgón y, para qué engañarnos, la presencia de una tía buena siempre es una distracción más que oportuna para cualquier plan. Y Azul estaba muy pero que muy buena.

El señor Rosa golpeó con los nudillos en el cristal, con la sensual señorita Azul a su lado, con un vestido muy apretado y escotado, enseñando canalillo. El director en persona se presentó en la puerta. Ignoro qué le extrañó más, que Rosa no fuese cargando con el dinero, o que fuese acompañado de una chica tan atractiva. Tardó unos segundos en reaccionar. Rosa apuntó entonces con su arma a la muchacha e hizo gestos para que abriese la puerta. La abrió.

Una vez dentro, el señor Blanco agarró al director por el cuello y le clavó la recortada en la espalda. Nos acercamos al mostrador. El señor Rosa ya no apuntaba a la chica. Ella y yo sí que apuntábamos con nuestras armas a los empleados.

—Nada de tonterías —dijo Blanco—, o el jefe no lo cuenta. Dadnos todo el dinero y ni se os ocurra tocar la alarma.

Los dos empleados hicieron caso y se pusieron a buscar el dinero. Les acompañamos la chica y yo, mientras Rosa vigilaba la puerta de la calle, que habíamos dejado cerrada.

Aún estábamos llenando los sacos con el dinero cuando el señor Marrón, el que iba en el coche con la señorita Azul, apareció en la puerta. Formaba parte del guion. Con él iba el señor Rubio, uno de los dos ocupantes del otro coche. Eso no formaba parte del guion.

—¿Qué haces aquí? —preguntó visiblemente enojado Rosa.

—¿A ti qué te parece? Vengo a por lo que es mío. Y no pienso compartirlo con ningún poli de mierda.

Todos llevábamos armas y todos teníamos gesto contrariado. Se palpaba la tensión. O alguien se había ido de la lengua o aquello era una encerrona. Azul y yo continuábamos ayudando a los empleados del banco a guardar el dinero, observando la escena a una cierta distancia.

—¿De qué cojones hablas? —Ahora era Blanco el que se había metido en la conversación—. ¿Quién coño es un poli, a ver, que yo me entere?

—No nos pongamos nerviosos —terció Rosa—. Ya casi está, cogemos los sacos, los repartimos como habíamos acordado y nos marchamos cagando leches.

—Creo que no va a ser así —dijo el señor Rubio. Parecía compinchado

con Marrón. Ambos apuntaban con sus armas en dirección a Rosa y a Blanco. Azul y yo habíamos terminado con el dinero y observábamos en silencio con escepticismo. —Vosotros dos estáis muy callados. ¿Qué decís? ¿Estáis con ellos o con nosotros?

El director y los empleados no daban crédito a lo que estaba ocurriendo. Los atracadores discutiendo entre ellos como gilipollas en lugar de largarse a escape con la pasta.

Una vez escuché que Einstein había explicado la teoría de la relatividad para los profanos de la siguiente manera: «Una hora sentado con una chica guapa en un banco del parque pasa como un minuto, pero un minuto sentado sobre una estufa caliente parece una hora». No sé si llevábamos un minuto o una hora mirándonos y discutiendo sandeces, pero el caso es que los ánimos estaban muy caldeados y el gesto de aquel empleado, accionando el botón de alarma, fue sólo la gota que colmó el vaso.

Creo que fue el señor Rosa el primero en disparar. Lo que sé fijo es que la policía tardó menos de cinco minutos en llegar allí. Para entonces todo se había desmadrado ya.

Aquello parecía una película de Guy Ritchie, con múltiples personajes simultáneos ejecutando una extraña coreografía sangrienta de violencia y brutalidad muy posiblemente innecesaria.

La gente, igual que las balas, volaba de un lado para otro, parapetándose detrás de cualquier sitio: del mostrador, de una planta (¿por qué siempre había plantas en las sucursales bancarias?), de una columna... Yo me había colocado inicialmente tras un cartel publicitario que ofrecía préstamos a un interés muy bajo. Los préstamos quizá fuesen buenos pero como refugio era una mierda. Las balas atravesaban el puñetero cartón como si fuese un folio.

Conseguí llegar hasta la parte de atrás, donde estaba el dinero. No era avaricia, sólo quería ponerme a cubierto. No podía revelar mi tapadera, pero estaba jodido porque pensaba que los agentes encubiertos eran el señor Rosa y la señorita Azul, y ahora no lo tenía ni medio claro porque Rosa había matado de un balazo en plena frente al señor Marrón antes de intentar dialogar ni nada, y se supone que los polis no podíamos matar así tan alegremente. Años después me hubiese importado un bledo seguramente, pero en aquella época era joven e inexperto. Incluso podríamos decir que tenía principios.

Todavía no conocía a Susan ni tenía ninguna pareja estable, así que tenía un interés más que razonable en pasar algo de tiempo a solas con la señorita Azul. Para conocernos mejor. Ustedes ya me entienden.

Cuando llegó la policía la cosa no mejoró. El señor Rubio, herido en un brazo, y el señor Blanco, que había recibido un disparo en el pecho y sangraba copiosamente, lograron escapar de allí en el segundo de los coches, el que se iba a utilizar sólo para despistar si algo iba mal. Bien pensado, fue lógico que se fueran en ese coche.

Rosa murió en el banco, también el director, uno de los empleados y dos de los polis recién llegados. Marrón murió en el hospital unas horas después. Del señor Naranja no supimos nada; es de suponer que se largase en el otro coche. Del señor Verde, el tercer conductor, sí tuvimos noticias: fue detenido un mes después en otro atraco frustrado. Le vendría bien cambiar de profesión.

El señor Rubio era uno de los polis infiltrados después de todo, de ahí que estuviese donde no debía: pensaba que lo iban a desenmascarar y quiso adelantarse. Recibió un impacto muy feo muy cerca de un pulmón que le obligó a retirarse prematuramente y a hacer vida austera —apenas puede moverse sin ayuda— el resto de su vida. Recibió una medalla al mérito, eso sí. No puede decirse que le envidie.

La señorita Azul resultó ser una agente doble: era poli pero se había cambiado de bando, por una nada módica cantidad difícilmente igualable por el Cuerpo de Policía. Nuestra posible historia de amor, o al menos un buen revolcón, quedaron pospuestos... de forma perenne.

A mí me dieron en una pierna, nada grave, un rasguño. Aprendí algo aquel día: cualquier plan, por estudiado que esté, se puede torcer en cualquier momento por cualquier pequeño detalle. En especial cuando hay un número grande de gente implicada.

Decidí que robar un banco para recuperar el dinero del Ruso no era una opción viable. Siempre y cuando se me ocurriese otra manera de conseguirlo. Que estaba por ver.

XIX

Mi jefe el bueno

«Cuando alguien te da su confianza,
siempre te quedas en deuda con él.»

Truman Capote

DESCARTADA LA OPCIÓN del robo, había decidido desplazarme a Mánchester. Allí había estado involucrado en una operación en el pasado — una operación exitosa en este caso— y me parecía mejor escondite que Londres.

Una vez más, le di vueltas a mi lista. Hasta el momento había tenido en consideración a cinco personas pero había anotado más nombres en el maldito papel. ¿Les he hablado de mi primer jefe? Bueno, técnicamente no fue el primero que tuve desde que entré en el Cuerpo, sino el primero de mi etapa en Homicidios y el que me recomendó para mi puesto actual.

Emmett era un policía honrado, sincero, de los que ya no quedan. Me acogió como si de un hijo se tratase y se molestó en hablar conmigo, orientarme, encauzarme, tratar de llevarme por el buen camino. Ahora, como ya no sabía a qué atenerme, lo había incluido en el sexto lugar de mi lista.

¿Razones? Tenía un pálpito. Sí, sé que sonará absurdo pero, a tenor de los últimos acontecimientos y también en parte por aquel sueño que había tenido sobre el escurridizo pelirrojo, me había dado por echar la vista atrás y pensar en quién era la persona con menos papeletas para poder querer tenderme una trampa. Ya saben, como en las novelas o en las películas, la vieja cantinela de que el asesino es siempre el más inesperado.

Emmett tenía ya sesenta y tres años. Sólo le quedaban dos para jubilarse. Era un tío de mediana estatura, ancho de espaldas, con muchas canas en las sienes y la parte central de la cabeza totalmente despejada. Hacía varios años que no sabía de él. Había sido quien me había allanado el terreno para trabajar infiltrado pero luego apenas habíamos coincidido.

Recuerdo la última vez que nos vimos. A mí no me gustaba mucho el sitio porque siempre sonaba *jazz* o *soul* y yo soy más de rock, pero de vez en cuando me dejaba caer por allí para charlar de cualquier cosa con él y algún otro compañero. Antes de que estuviese metido en operaciones secretas y toda esta mierda, me refiero.

Me acerqué a la barra y pedí una cerveza. Emmett estaba solo, con la vista perdida en el infinito. Me senté a su lado.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien... dentro de lo que cabe.

No sentía interés morboso por los casos que no me correspondían pero aquel era especial. Acababan de matar a una chica adolescente. A cuchillazos. Y era amiga de la sobrina de mi jefe. Sabía que le había afectado.

—¿Tenéis algún sospechoso?

—Ha sido algo personal —cruzó sus ojos con los míos—. No un juego de críos, no una disputa de enamorados. Han ido a por ella y la han... sacrificado.

Reconozco que aquel crimen me repugnaba tanto como a él, pero en este oficio nos han enseñado a intentar dejar a un lado nuestros sentimientos. A intentarlo.

—¿Estaría metida en alguna historia?

No quise entrar en detalles, pero había oído rumores. La chica tenía sólo dieciséis años pero ahora cada vez maduraban primero. O se exponían más que antes, no sé.

—Si te refieres a si... *ejercía*, no, joder. ¡Tenía sólo dieciséis años! Ni era puta ni estaba enganchada a las drogas ni ninguna mierda que hayas podido oír por ahí.

—Lo siento. ¿Qué tal tu hermana?

—Fatal. Y mi sobrina ya te puedes imaginar...

—¿Quieres que indague por ahí a ver de qué me entero? Extraoficialmente, por supuesto.

Me dio una palmadita en el hombro.

—No hace falta, no te preocupes. Ya tienes bastante con ocuparte de tus casos.

—Como quieras.

Según voy recordando la conversación me he dado cuenta de que aún no les he explicado el porqué de mi palpito. Es por esta frase:

—¿Qué tal Susan?

—Bien, como siempre.

—Cúidala bien. No dejes que esta mierda de trabajo nuestro joda lo que tenéis.

No sé por qué me había venido a la cabeza todo esto, pero supongo que influyó mi sueño en el que insinuaban que Susan era la que me iba a traicionar. En realidad Emmett no había dicho nada en su contra, sólo la había mencionado... La última vez que nos vimos. Hace varios años. Y ahora, sin saber muy bien por qué, me había vuelto a la cabeza y había distorsionado mis ideas.

¿Realmente había hecho bien en incluir a mi exjefe como número 6 de mi lista? ¿Me estaría volviendo completamente loco? Traté de dejar la mente en blanco por unos instantes. Me disponía a sacar el billete de tren para Mánchester cuando me vibró el móvil. Un nuevo mensaje. Uno muy inesperado.

XX

Veintisiete segundos

«Duda que sean fuego las estrellas,
duda que el sol se mueva,
duda que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás de que te amo.»
William Shakespeare

EL NÚMERO ERA DESCONOCIDO. El mensaje era escueto, conciso, directo. «Susan te manda saludos». Además del texto, había un vídeo. Pulse el *play*. Lo que vi me puso hecho una furia. Una habitación, una silla, una chica sentada en ella. Amordazada, atada de pies y manos. Un tío vestido de negro y con un pasamontañas ocultándole el rostro. Habló mirando a la cámara:

—Si quieres volver a ver con vida a esta preciosidad, será mejor que traigas tu puto culo aquí lo antes posible, y que vengas cargado con el dinero.

El encapuchado se acercó a Susan y le acarició el pelo. La chica se estremeció. En sus ojos había una mezcla de miedo y repulsión.

—Yo que tú me daría prisa. Si no... quizá tenga que entretenerme un rato con ella.

El vídeo apenas duraba veintisiete segundos. Lo vi tres veces seguidas. A duras penas podía contener mi rabia. Lo más triste es que se veía venir. En mi fuero interno sabía que si alguien había orquestado todo este plan para putearme ésta era la manera perfecta: darme donde más me dolía. Se me ocurrían pocas cosas peores que secuestrar a Susan.

Decidí calmarme. Vi el vídeo una cuarta vez, ahora con un ojo más crítico que las anteriores. Fui parándolo y me fijé en cada detalle. Por lo poco que se veía, no conocía aquella habitación. Al menos no era de mi casa, ni de la casa de sus padres. La decoración era muy austera, la cama tenía una colcha impersonal y al fondo se veía una mesa sin nada encima. Parecía de un hotel.

Al tío apenas se le podía distinguir. No sé si era alto o bajo porque Susan

estaba sentada, así que no los podía comparar. El pasamontañas sólo dejaba al descubierto sus ojos, oscuros. Ningún otro rasgo significativo.

Vi el vídeo por quinta y última vez, ahora transcribiendo las palabras. La amenaza era muy clara y muy directa. Y me exigían venir cargado con «el dinero». No mencionaban ninguna cantidad, así que parecía obvio que hablaban del dinero que debía Tyler al Ruso.

La cosa pintaba fea. Sobre todo por Susan. Lo que me pasase a mí, hasta cierto punto, me traía sin cuidado. Sabía que estaba en la cuerda floja desde mi visita a la mansión del Ruso, pero ella... Ella era mi punto débil. Todos estos años había intentado mantenerlo en secreto pero ahora parecía que todos lo sabían. Estaba jodido.

Pensar que me había llegado a plantear si ella estaría involucrada en toda esta mierda hizo que me sintiese aún peor.

Estuve bloqueado durante unos minutos. Después me puse a pensar. A recordar. ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si no la volvía a ver nunca más?

XXI

Yo no quiero que me des tu amor, ni una seria relación

«Every move you make,
every step you take,
I'll be watching you.»

Every breath you take (The Police)

DESPUÉS DE AQUELLA PRIMERA vez en el bar, Susan y yo empezamos a quedar con regularidad. Primero en plan amigos: para tomar algo en un bar, para ver algo en el cine, para dar un paseo sin más... Yo tenía que hacer malabarismos para mantener mi tapadera y que no supiese a qué me dedicaba realmente, pero reconozco que al principio esto me daba mucho morbo. Era como engañarla pero sin engañarla. Una cosa *light*. Una especie de juego.

Conforme pasaba el tiempo, me fue presentando a algunas de sus mejores amigas que, afortunadamente, no incluían a la rubia boba que estaba con ella aquel primer día.

Coqueteaba conmigo, nos lo pasábamos bien pero se veía que a ella no le interesaba una cosa pasajera. Poco a poco me fue llevando a su terreno y fue capaz de hacerme recuperar mi lado romántico. Craso error.

La cosa se puso seria. Comenzamos a salir. Pasábamos mucho tiempo en mi casa, a veces ella se quedaba a dormir allí... Yo no quería llamar de ninguna manera a lo nuestro pero tuve que reconocerlo: éramos novios. Una pareja. Con todas las letras.

En algún momento de todo aquello tuve que confesarle la realidad: que era poli, que trabajaba infiltrado y que no podía contarle más detalles. Y que no podría hacerlo nunca. Pensé que me mandaría a la mierda. No lo hizo. Esta vez el error fue suyo, no mío. Lo hubiese simplificado mucho todo.

Al cabo de unos meses se instaló definitivamente en *mi* casa, que

consecuentemente pasó a ser *nuestra* casa.

Susan realizaba trabajo administrativo en una empresa mediana. No era una cosa que le llenase pero no tenía grandes obligaciones ni tampoco se tenía que romper mucho la cabeza. Y su sueldo era aceptable, lo cual ya era un logro en los tiempos actuales.

Me encantaba su forma de ser. Aún me encanta. Siempre de buen humor, siempre con una sonrisa de oreja a oreja, siempre sin dejar traslucir sus problemas o preocupaciones...

Aunque he de confesar que en lo primero que me fijé de ella fueron sus curvas. Recuerdo como si fuese ayer la primera noche que pasamos juntos. Llevábamos un rato en un bar y me arriesgué a invitarla a mi casa. Noté la duda en su rostro durante los escasos segundos que tardó en responder.

—Vale.

Genial, pensé. Esta noche cae. Miento: eso fue lo que fingí pensar, pues seguía empeñado en no quedarme colgado de ella. Pero ya era tarde.

Llegamos a mi casa. La llevé al salón y nos sentamos en el sofá. Ninguno de los dos éramos unos críos pero era innegable que estábamos nerviosos.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Ya he bebido bastante. Suelo hacer tonterías cuando bebo más de la cuenta.

Sonrió sensualmente. A decir verdad, todo en ella era sensual. Llevaba una camisa de cuadros con un par de botones abiertos, dejando entrever el canalillo. Me esforzaba por mirarla a la cara pero a veces se me iban los ojos.

—¿Para qué me has traído aquí? —me dijo con no poca picardía.

Decidí ser sincero.

—Creo que ya lo sabes.

—Mmmm, no sé. Mira, no quiero mentirte —me dijo—: me gustas un montón...

—¿Pero?

—Pero, como ya te dije desde el día que nos conocimos, no quiero un rollo de una noche. No quiero un «aquí te pillo, aquí te mato». No soy esa clase de chica.

Mi yo antiguo le hubiese dicho que sí a todo con tal de llevársela al catre. Pero ella era diferente, así que le dije:

—Entonces quizá yo no sea tu tipo después de todo.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

—Me encantas. Me vuelves loco.

—¿Pero?

—No sé si puedo comprometerme contigo. Ni con nadie.

Se quedó callada unos segundos. Pensé que la había jodido.

—¿Qué tendría que hacer para que sí quisieras comprometerte conmigo? ¿Tengo que cambiar algo? ¿Le dices esto a todas las chicas para luego no parecer un cabrón cuando las dejas al día siguiente?

Esa última frase me dolió, no porque no tuviese razón, que no la tenía, sino porque en otras ocasiones yo *sí* había actuado así. Pero no con ella.

—No, a otras no les digo esto. Pero sí has acertado en lo de olvidarme de ellas a la mañana siguiente.

Volví a ver las dudas en sus ojos. Unos ojos de un color muy particular, ámbar podríamos decir, grandes y expresivos. Nunca me había fijado en eso antes, embobado con sus curvas y su simpatía.

—¿Y conmigo también vas a hacer eso?

—No.

—Así que o bien acepto tus reglas, o tú aceptas las mías. O me voy y no pasa nada de nada.

—Sí, algo así.

—Nada de nada... ni hoy ni nunca.

Resoplé apesadumbrado, como un jugador que ve con una mezcla de impotencia y resignación cómo el partido se acaba y su equipo no tiene ya opciones de remontar.

—Sí, me temo que sí.

—No quiero marcharme —dijo ella, enredando el dedo índice en su negra melena.

—Pero tampoco quieres aceptar mis reglas.

—No...

—Siempre se puede hacer una excepción —dije.

—¿Te importo?

—Joder... Sí.

—¿Como para intentarlo?

—¿Intentarlo?

—Lo nuestro. Intentar que haya algo, que no sea sólo... ejercicio físico.

Traté de pensar rápidamente. No pude. Su cara, su canalillo, su coquetería...

—Si quieres marcharte, tienes que hacerlo ahora.

—No quiero marcharme, ya te lo he dicho.

—Yo tampoco quiero que te marches.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Ella dio el primer paso. Acercó sus labios a los míos. Eran carnosos, dulces, deliciosos. Intenté hablar, pero me puso un dedo en los labios mientras con la otra mano se desabrochaba otro botón de la camisa. Seguimos besándonos.

La cogí por la cintura y la tumbé sobre el sofá. Acabé de desabrocharle la camisa. Llevaba un sujetador negro. La besuqueé por todas partes de cintura para arriba antes de quitárselo. Sus pechos eran enormes, redondeados, firmes, imponentes. Una persona con menos tacto habría dicho que tenía unas tetas espectaculares.

—Deberías presentarlas a un concurso —le dije.

Se rio a mandíbula batiente.

—Idiota...

—En serio. Se llevarían el primer premio.

Aún entre risas, la cogí en brazos y me la llevé a la habitación. Me quité con torpeza la camisa y ella me ayudó con la camiseta. Luego le quité los pantalones. Sus muslos eran anchos y apetecibles, así como sus caderas, muy pronunciadas. Tenía curvas en todos los lugares en los que se deben tener, no como las modelos, actrices y cantantes de la tele, con sus cuerpos escuchimizados, apología pura de la anorexia.

Aquella noche duró mucho y muy poco a la vez. Fue la primera de muchas. El recuerdo se evaporó para volver a la cruda realidad. ¿Y si no la volvía a ver nunca más?

XXII

Errores del pasado

«Antes o después,
todo el mundo paga por sus pecados.»
Covert affairs (serie de televisión)

LO QUE ESTABA CLARO es que yo había cabreado a alguien y ahora me lo hacían pagar con una especie de tortura china. Me hacían marcharme del país, me perseguían, me daban palizas, me disparaban... y, lo peor de todo, secuestraban a mi chica. No me quedaba otra que regresar.

Cuando llevas tanto tiempo saltándote las leyes, tiendes a pensar que todo vale. Esto me hizo replantearme que quizá la explicación a lo que me estaba pasando no la tenía que buscar en la gente que aún estaba entre nosotros, sino en la que ya no estaba. A lo largo de los años me había cargado a mucha gente y, en la mayoría de los casos, no me arrepentía. Pero esta gente podía tener familia: padres, hijos, esposas, maridos... Caí en la cuenta de que me había olvidado por completo de alguien.

Ni siquiera sabía su nombre, para mí sólo era el tío calvo con la cicatriz en la mejilla izquierda. El calvo de la cicatriz, genial. Me habían contado que era el lugarteniente de un nuevo capo del tráfico de armas. Me habían dicho también que era un hijo de mala madre, con tendencia a la gresca y a abusar de las mujeres, y que había estado encerrado por múltiples violaciones. Un auténtico caballero.

También me habían dicho dónde encontrarlo. Había ido y había cumplido con mi encargo. Matarlo, trocearlo y dejarlo bien a la vista para que quedase claro el mensaje: no se juega con la gente de La Fábrica. Supongo que él también tendría familia... A fin de cuentas todos tenemos, ¿no?

Llamé a Eliot. Nuestra última conversación no había sido muy amistosa, pero supuse que ya se habría repuesto.

—¿Sí?

—Quiero que me consigas información sobre alguien.

—¿Dónde estás?

—Eso no importa.

—La última vez me mandaste a tomar por el culo.

—Me equivoqué. No tengo tiempo para discusiones.

—¿Vas a volver?

—No, aún no. Necesito primero que me consigas unos datos.

—A ver, ¿de qué se trata?

—¿Te acuerdas del tío que apareció troceado, el que dijiste que llevaba mi sello?

—Sí.

—Vale. ¿Lo llegaste a ver?

—No, pero me dijeron que estaba cortado en trocitos. Hubiese dado igual que lo viese o que no.

Tenía razón. Se lo describí (cuando aún estaba de una pieza), le dije dónde lo había encontrado (y matado) y dónde lo había dejado (por si lo habían encontrado en otro sitio, pero no).

—¿Cuál era su delito?

—Me dijeron que era aficionado a las violaciones.

—Joder. Le diste una buena paliza antes, ¿verdad?

Eliot estaba especialmente sensibilizado con el tema, más aún que una persona normal. A su hermana la habían violado cuando era una adolescente.

—Por supuesto.

—Veré qué puedo encontrar. ¿Te llamo a algún número?

—No. Yo te llamaré.

—Igual me lleva un día entero.

—Te llamaré cuando pueda; si no lo tienes, te llamaré más veces.

—¿Sigues desconfiando de mí, de tu puto compañero?

Hacía preguntas de difícil respuesta.

—Esto funciona así y lo sabes. —Sentí un gruñido al otro lado de la línea. Continué—: Encuentra la información. Dime con quién estaba relacionado el calvo de la cicatriz.

Tenía un plan en la cabeza y esto sólo era el primer paso. ¿Aprendería, de una vez por todas, de mis errores del pasado?

XXIII

De ratones y hombres

«Los mejores planes de ratones y hombres a menudo se frustran y no nos dejan más que sufrimiento y dolor por el gozo prometido.»

Robert Burns

HABÍAN PASADO YA unas horas desde mi conversación con Eliot. Aún no le había llamado, quería darle algo de tiempo, así que seguía sin saber nada del calvo de la cicatriz. Pero no había estado parado. Ni mucho menos.

Nada más colgar, seguí trazando en mi cabeza lo que comenzaba a denominar internamente mi «plan maestro». El asunto era sencillo: uno o varios de los actores de este drama en el que se había convertido mi vida en los últimos días era un traidor. La cuestión era saber quién y por qué. Pero sobre todo quién. O quiénes.

En mi lista había seis nombres. Por otra parte estaba el Ruso. Todo se reducía a resolver el rompecabezas, hacer encajar las piezas. Estaba claro que era algo personal. El Ruso podría perfectamente secuestrar a Susan para conseguir el dinero, cierto, pero algo en mi interior me decía que era otra cosa. El dinero era lo de menos. Aquello sonaba a venganza. Y yo me sentía por momentos como Liam Neeson en la película homónima: estaba dispuesto a todo por rescatarla. Absolutamente a todo.

Sabía que si actuaba de forma visceral tenía las de perder. De ahí que estuviese urdiendo mi plan maestro. Eso requería una nueva llamada telefónica.

—¿Diga?

—Ya lo he consultado con la almohada.

William se quedó un poco desconcertado. Sin contexto, era normal que no me entendiese.

—Lo del robo —aclaré—. Voy a hacerlo.

—Ah, vale, genial. ¿Sigues en el país?

—No. Y además voy a regresar. A casa.

—¿Para el robo?

Ambos escogíamos con cuidado nuestras palabras. Los «espías» somos así. Nunca decimos más de lo que queremos decir. Salvo cuando nos equivocamos. Es como jugar al ajedrez, si mueves la ficha que no toca, jaque. Si fallas varias veces, jaque mate.

—Voy a regresar y tendré el dinero.

—Entendido. ¿Qué quieres de mí?

—Que muevas los hilos.

—¿Quieres que se sepa? ¿Me pides que haga ruido para que el Ruso se entere?

—El Ruso será el primero en enterarse. No te pido eso.

—¿Entonces?

Los dos estuvimos en silencio un buen rato.

—¿Estás tendiéndole una trampa a alguien? ¿Es eso?

—A los ratones siempre les tienta el queso —dije, queriendo resultar enigmático.

—Qué poético...

—Tú hazlo.

—¿Así que regresas?

—Eso parece.

Segundo paso listo. Ahora a por el tercero.

XXIV

El hombre que vendió el mundo

«El medio más fácil para ser engañado
es creerse más listo que los demás.»
François de La Rochefoucauld

CREO QUE FUE NIETZSCHE quien dijo «sin música la vida sería un error». Abandoné Londres escuchando a David Bowie, uno de mis cantantes británicos preferidos. *There's a starman waiting in the sky, he'd like to come and meet us, but he thinks he'd blow our minds...*

Tenía dos tareas por delante: recuperar el dinero del Ruso de un modo u otro y rescatar a Susan. Bien mirado, tenía otra más: averiguar quién me había metido en todo aquello y acabar con él, o ellos. Iba a ser una operación a vida o muerte. Estaba acostumbrado. Sólo que esta vez Susan estaba en medio. Y no acababa de hacerme a la idea.

Ziggy played guitar, jamming good with Weird and Gilly, and the spiders from Mars...

Apagué la música al bajar del avión. Me acerqué a uno de los escasos y casi anacrónicos teléfonos públicos que aún quedaban en el aeropuerto y marqué el número.

John detestaba que le llamásemos de forma directa. En realidad, de los jefes que había tenido desde mi entrada en el Cuerpo de Policía, era sin duda el más hosco y huraño. Por lo menos conmigo. Desde que estaba infiltrado en La Fábrica, prácticamente siempre nos comunicábamos a través de Eliot o de algún otro compañero. Yo creo que me tenía ojeriza... y eso que no sabía ni la mitad de las cosas a las que me dedicaba.

En cualquier caso, yo tenía autonomía suficiente como para actuar sin pedirle consejo. No era consejo precisamente lo que quería de él ahora. Marqué el número de emergencias.

—¿Sí?

Una voz de mujer aunque con soniquete mecánico. Como las cajas de hamburguesería.

—Quiero hablar con el jefe.

—Su nombre es...

Le di mi nombre en clave.

—¿Y su jefe es?

Se lo dije y esperé. La mujer de la centralita tardó un buen rato en volver a ponerse. Le hubiese dado tiempo a atender otros tres o cuatro pedidos de hamburguesas con patatas fritas y refresco grande.

—En seguida se pone.

Genial. Pensé que me iba a mandar a tomar por culo. Tararé internamente *The man who sold the world*. Ya iba a llegar al segundo estribillo cuando escuché aquella voz ronca y áspera, del mismo tono que todo en él.

—¿Y bien? —gruñó.

Aunque hacía tiempo que no lo veía, me lo imaginaba perfectamente: con su pelo cano, su frente ancha, sus ojos duros, su mandíbula prominente. Su edad era un secreto bien guardado, aunque yo calculaba que le quedaría un año o dos para los sesenta y cinco.

—¿Qué tal todo?

—No te hagas el gracioso. Sabes perfectamente que no me gusta que me llaméis.

—Y tú sabes perfectamente cuál es la situación.

Ignoraba si era cierto o no, pero tenía que jugar mis cartas.

—No sé de qué me hablas. ¿Te ha dado el aviso Eliot? Le avisé hace unos días de que tu tapadera peligraba.

Eso concordaba con lo que me había dicho Eliot días atrás.

—Y tanto que peligraba. Tuve que marcharme.

—Bien. ¿Dónde estás ahora? Bueno, no, no me lo digas. Prefiero no saberlo.

Me hizo ahorrarme una mentira.

—El Ruso me está buscando —le dije.

—¿Así que es él?

—No. Él no sabe nada. Me busca por otro motivo.

—¿Para qué me has llamado?

Puede que mi jefe no tuviese mucho don de gentes, pero tenía otra virtud, una muy valorable en nuestro oficio: practicidad.

—Alguien me ha tendido una trampa y ahora yo quiero tendérsela a él.

Siempre decía *él* como si un único hombre estuviese implicado en el asunto, aunque sospechaba que aquello era mucho más complejo.

—Te escucho.

Le conté mi plan. Bueno, no todo, claro. La parte que le incumbía a él. Deseé con todas mis fuerzas que este tercer paso, igual que los dos anteriores, sirviesen para conseguir mi objetivo: obtener el dinero del Ruso, descubrir al traidor y recuperar a Susan sana y salva.

—¿Estás seguro de lo que me estás pidiendo?

Ni de coña, pero el que no arriesga no gana.

—Sí. Todo lo seguro que se puede estar.

¿Habría captado la ironía? Era un tío arisco pero no era idiota.

—Espero que tengas razón...

—Yo también lo espero.

Who cares? Not me, we never lost control. You're face to face, with the man who sold the world.[\[2\]](#)

XXV

Déjà vu

«Louis, presiento que éste es el
comienzo de una hermosa amistad.»
Casablanca

RECUERDO CON CLARIDAD la primera vez que vi a Travis. Yo llevaba poco en La Fábrica, así que mi cometido allí era el de un mero matón a prueba. Lo conocía de oídas, porque a menudo recurrían a él para conseguir material o transportar alguna cosa de aquí para allá sin hacer muchas preguntas. Sí, como Jason Statham en *Transporter*, sólo que este tío medía casi dos metros, estaba mucho más cuadrado y tenía algo de pelo, pero tampoco mucho, la verdad.

Llegó conduciendo una especie de furgoneta de reparto, que aparcó a la puerta de la Fábrica, muy cerca de donde yo estaba. Descargó la mercancía de la parte de atrás, le dieron un maletín con el dinero y se disponía a largarse cuando reparó en mi presencia. Yo le miraba con cierta displicencia, era mi rol, ya saben. Sobre el papel el tío tampoco parecía muy amigable.

—¿Eres nuevo?

—Eso parece.

Mis compañeros estaban a una cierta distancia. La suficiente. Su tono era duro pero hasta cierto punto cordial, el mío socarrón.

—Sabes con quiénes tratas, ¿verdad?

—¿Lo sabes tú? —le respondí, con ensayada chulería.

—Si me permites un consejo —me dijo sin variar un ápice su gesto duro—, baja los humos. Si les hablas a ellos como a mí, tendrás problemas.

—Es posible que no me importe tenerlos.

—En ese caso no he dicho nada...

Abrió la puerta del conductor.

—Espera —le dije—. Llevo poco aquí, es cierto, pero pienso llegar lejos.

Y cuando lo haga, prefiero tener a gente con agallas de mi parte, no en mi contra.

—No me conoces.

—Correcto.

—No sabes nada de mí.

—Sé que Tyler te respeta. Y, por lo que he podido comprobar, no todo el mundo puede decirlo.

Yo estaba de espaldas a la Fábrica, pero él estaba de lado. Sé que vio algo por el rabillo del ojo.

—¿Quieres que seamos amigos? —bramó inopinadamente—. Tengo trabajo que hacer. Mejor será que vayas a que te dé un poco el aire.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz a mis espaldas.

Tenía a Tony respirándome en el cogote. Había oído al menos la última frase. Deduje que por eso Travis había dado por terminada la conversación de una forma tan abrupta.

—Nada. Estaba deseándole un buen viaje —dije con el ceño fruncido mientras veíamos a la furgoneta partir.

—No te pases de listo.

—Lo tendré en cuenta.

Aquel día pensé que quizá Travis era un poli infiltrado y estaba tratando de mandarme una señal. Tiempo después llegué a la conclusión de que solamente era un buen tío encerrado en la apariencia de un gigantón, y que vio algo en mí que le hizo pensar que podríamos ser amigos.

Amigos. Una de las palabras utilizadas con menor propiedad de cuantas existen. ¿Se han dado cuenta de que hasta en las redes sociales se emplea con la mayor alegría del mundo? Aunque bueno, en las redes sociales se hace cada cosa...

Conforme pasan los años, vas entrando en contacto con gente de lo más variopinta, por estudios, por trabajo, por el barrio en el que vives o los bares o tiendas que frecuentas, y en seguida se les tilda de amigos cuando muchas veces son sólo conocidos, personas cuya cara y nombre te resulta familiar pero de las que, en muchos casos, no sabes nada de nada y por las que no arriesgarías ni lo más mínimo.

Para mí Travis era algo bastante parecido a un amigo, y eso era decir mucho. Supongo que por eso no se sobresaltó en exceso cuando toqué el timbre de su puerta.

Oí cómo descorría el cerrojo tras haber echado un vistazo por la mirilla.

—No sabía que habías vuelto.

—No se lo he dicho a casi nadie. ¿Puedo pasar?

Se apartó de la puerta, que volvió a dejar cerrada con llave, y fuimos al salón.

Le conté mi plan. Bueno, no todo, claro. La parte que le incumbía a él. Mi vida se estaba convirtiendo en un curioso e inquietante *déjà vu*. El problema es que no sonaba el despertador y se escuchaba aquello de «Bienvenido al Día de la Marmota». Aquello era real y mucho más desalentador.

—¿Te fías de mí? —me preguntó Travis.

—Si no, no estaría aquí, ¿no crees?

—¿Y si soy yo el que tiene secuestrada a tu chica?

—En ese caso te sacaré los ojos y haré que te los tragues.

Hablaba en serio. Ya lo creo que sí.

—Si no contienes tu ira, se volverá contra ti.

Tenía razón, pero yo estaba cabreado, cansado y un pelín neurótico.

—Como me salgas ahora con lo de «dar cera, pulir cera»...

—Está bien. Como quieras. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo. No hay tiempo que perder.

En aquel momento no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que rescatar a Susan sí o sí. Aunque me costase la vida.

XXVI

Vuelta al plan inicial

«You can run, and you can hide,
but I'm not leaving
less you come with me.
We've had our problems
but I'm on your side,
you're all I need, please believe in me.»
Something happened on the way to heaven
(Phil Collins)

CUANDO TE PASAS MEDIA vida disimulando tus emociones, acabas por convencerte a ti mismo de que no tienes. Yo, de puertas afuera, me había labrado una reputación. Entre los polis, entre los de La Fábrica, con mis contactos de aquí y allá... Y ahora mi castillo de naipes estaba a punto de desmoronarse. Todo por culpa de Susan.

No. No era culpa de ella, eso lo tenía claro. Era culpa mía por habernos permitido llegar a esta situación. Nunca debí dejarla entrar en mi vida. Nunca debí dejar que se enamorase de mí. Y, sobre todo, nunca debí enamorarme de ella.

Recuerdo la primera vez que la llevé al Jardín Botánico. Era verano, hacía un calor considerable y se me ocurrió que quizá le gustaría hacer algo distinto. Todo un acierto. Resultó que a los dos nos encantaba la naturaleza. Llevaba una camiseta de pico de color azul celeste, con un escote no muy pronunciado pero lo suficiente como para vislumbrar las maravillas que había debajo.

Me cogió de la mano. Yo no solía hacerlo, pero dejaba que ella lo hiciese siempre y cuando estuviésemos lejos de mi zona de actuación y, por tanto, no supusiese un peligro para ella.

—¡Mira qué bonito! —dijo señalando un sauce con unas hojas de una tonalidad amarilla muy intensa—. Deberíamos hacernos una foto ahí debajo.

Esperamos a que pasase alguien por aquella zona y le tendimos la cámara.

—Sonreíd.

No hacía falta que nos lo pidiese: Susan tenía una sonrisa perenne y yo, estando con ella, no podía evitar contagiarme de su entusiasmo y felicidad innatos.

Le acaricié su larga melena, negra como el carbón.

—¿Siempre va a tener que ser así? —me preguntó.

—¿Así cómo?

—Nuestros momentos especiales. Furtivos. A escondidas. Entre árboles y matorrales. Lejos de los ojos de la gente.

—Sabes que es peligroso que nos vean juntos por la ciudad. Ya sabes a lo que me dedico. Conoces perfectamente la situación.

—Supongo que tienes razón.

La volví a acariciar sin decir nada.

—En ese caso, supongo que deberíamos aprovechar el momento.

Me besó con mucha pasión. Me encantaba cuando tenía aquellos arrebatos.

—*Carpe diem* —contesté cuando nuestros labios se despegaron. Y esperé que aquello no terminase como en *El club de los poetas muertos*.

Lo que me hizo volver a la realidad. Era tarde para lamentaciones.

Travis trabajaba ya en lo que le había pedido. Le había mandado el vídeo en el que se veía a Susan retenida para que a su vez se lo hiciese llegar a un amigo suyo *hacker* que controlaba a las mil maravillas toda clase de tecnologías. Necesitaba que averiguasen desde dónde se había mandado el vídeo o, lo que es lo mismo, dónde narices estaba encerrada Susan.

Yo, entretanto, había cogido un coche que me había prestado Travis y conducía rumbo a La Fábrica, aunque antes debía hacer una pequeña parada, en un bar de carretera, donde alguien me estaría esperando. A Travis le había contado que pensaba retomar mi idea inicial de recuperar el dinero del Ruso y dejar saldada esa deuda, pero evidentemente ésa sólo era una pequeña parte de mi plan.

Estaba a medio camino cuando me llegó un nuevo mensaje. No tenía el móvil al alcance de la mano y no esperaba nada de nadie, al menos aún, así que seguí conduciendo hasta el punto de encuentro. Se me olvidó por completo el mensaje. Ahora es fácil decirlo pero debería haber mirado el puñetero teléfono antes.

XXVII

Mi jefe actual

«Y, después de todo, ¿qué es una mentira?
Nada más que la verdad con máscara.»

Lord Byron

COMO ME IMAGINABA, no fui el primero en llegar. Aparqué justo al lado del otro coche, el único que había a aquellas horas de la noche a la puerta de aquel bar de mala muerte. Sus ocupantes, en plural, estaban fuera, apoyados en el vehículo. Yo sólo esperaba a uno, así que allí sobraban dos personas. Mal asunto. Me bajé del coche.

—No sabía que seríamos tantos.

—No es un trabajo para sólo dos hombres.

Supuse que tenía razón y lo dejé estar. Conocía de vista a uno de los tíos, al otro no. Eran jóvenes y fornidos pero tenían un defecto muy evidente: llevaban escrita la palabra «policía» en la frente. Nuestra ciudad había empezado a adquirir fama de estar formando a tíos fuertes y eficientes en el Cuerpo. Más nos valía que fuese así.

Por su parte, John tenía el mismo aspecto que la última vez que nos habíamos visto. Quizá su pelo estaba aún más canoso si cabe y había comenzado a escasear por las sienes. No se puede decir que mi jefe y yo hubiésemos congeniado nunca, pero le había pedido que viniese y había venido. Lo cual no sé si era buena o mala señal.

—Lo mejor será que no perdamos tiempo. El factor sorpresa siempre es crucial en este tipo de operaciones.

Su voz era áspera como la lija. Cuando hablaba, siempre parecía estar dando órdenes. Comprenderán por qué nunca me había caído especialmente bien... ya saben, tengo cierta tendencia a no acatar bien los mandatos de mis superiores.

—Con el debido respeto —dije con más malicia que sinceridad—, hoy no

estás aquí en calidad de jefe y yo de subordinado. Hoy somos un equipo de dos... de cuatro, y tenemos un enemigo común.

—Déjate de gilipollices y escucha: me has llamado y aquí estoy. Vamos a ir a por ese cabrón ahora y, por mucho que te joda, sigo siendo tu jefe.

—No hay trato —dije y me giré hacia mi coche.

—¿Nunca pones las cosas fáciles?

No respondí. Era demasiado obvia la respuesta.

—Está bien. Vamos a colaborar en esto. A mí tampoco me gusta que todo el trabajo de estos últimos años esté a punto de irse por la borda, ¿de acuerdo? Pero lo primero es trincar a los de La Fábrica y luego ir a por el Ruso, si es que no está allí.

Creo que aquí merece la pena que deslice una pequeña explicación: le había contado a mi jefe policía que sospechaba que mi otro jefe, el de La Fábrica, era quien había orquestado toda esta conspiración en mi contra, seguramente a sabiendas de que yo era un poli encubierto. En realidad no tenía ni pajolera idea de si esto era cierto o no, pero me interesaba que John lo creyese.

Él, por su cuenta y riesgo, y pese a que yo le había dicho que me parecía improbable, había deducido que Tyler se había confabulado con el Ruso para acabar conmigo, con Eliot y, en definitiva, con todo el tema de los polis infiltrados. Tampoco sé si él tenía razón o no, pero en aquel momento hubiese apostado diez contra uno a que no.

Los jóvenes cadetes esperaban en silencio.

—Monta —dijo John con su voz de sargento.

—Espera. Tengo que coger algo.

Saqué de mi coche la cazadora y unas cuantas armas.

—Veo que vas bien equipado.

Las metimos en el maletero del otro coche y montamos. Conducía el poli que yo conocía de vista, el otro iba a su lado. Mi jefe y yo íbamos atrás. Perfecto para ir conversando, ¿no les parece?

XXVIII

En la guarida del lobo

«El mundo se divide en dos, Tuco:
los que encañonan y los que cavan.
El revólver lo tengo yo,
así que ya puedes coger la pala.»
El bueno, el feo y el malo

EVIDENTEMENTE, NO HABÍA MUCHO de qué hablar, así que no lo hicimos. Entonces reparé en que no había leído el mensaje. Tenía el móvil en la cazadora, lo saqué y lo que vi no me gustó ni una pizca.

«Susan te espera impaciente». Al escueto mensaje le acompañaba otro vídeo. Tenía a John demasiado cerca como para que no se diese cuenta. Dudé. No podía dejarlo para luego. Pulse el *play*.

La misma habitación que la otra vez, la misma silla. Susan atada de igual modo. El mismo tío vestido de negro y con el pasamontañas ocultándole el rostro. Miró a la cámara con arrogancia y dijo:

—Ya ha pasado un ratito y seguimos esperando. Tic tac. Tic tac. Deberías darte prisa. Sí, ella quiere que te des prisa. ¡Trae el puto dinero!

El vídeo tenía un final más abrupto que el anterior, y no se molestaban en enfocar demasiado a la chica como la otra vez. Tampoco había caricias forzadas. Sólo el mensaje.

Imagino que John fingía no mirar, pero apuesto a que lo había visto todo, o casi, por el rabillo del ojo. En cualquier caso, yo necesitaba volver a ver el puñetero vídeo. Le di al *play* de nuevo sin molestarme en explicarle nada a John, aunque dándole a entender que podía mirar.

Me asaltaron varias preguntas. Mi cabeza era un torbellino:

1. No había ninguna referencia horaria, no se veían relojes ni se hacía ninguna alusión al tiempo. «Ha pasado un ratito». ¿El vídeo había sido grabado justo después que el otro y habían esperado hasta ahora para mandarlo? Daba

esa sensación.

2. Se sobreentendía que el dinero era el del Ruso. Vale. ¿Pero dónde tenían a Susan? O, ¿por qué no decían al menos dónde o cuándo o cómo iba a ser el intercambio? El dinero por la chica. Ése parecía el trato... pero no había ningún dato concreto, ni una fecha, hora o lugar de encuentro. Ni uno solo. Nada.

3. Joder. Puede que lo más importante. Me acababa de dar cuenta de una cosa: me había olvidado por completo de contestar al anterior mensaje. No había respondido al primer vídeo y, sin embargo, parecía dar igual. ¿Qué tipo de secuestradores te amenazaban y no se molestaban en saber si ibas a acceder a sus peticiones o no? Sólo unos muy tontos... o unos que supiesen de primera mano que *ya* estabas haciendo algo para acceder a sus peticiones.

Mientras pensaba todo esto, una voz cavernosa a mi izquierda dijo:

—¿Tienen a tu chica?

Su pregunta parecía genuina.

—Es complicado de explicar.

—¿Todo esto es por ella? ¿La tienen en La Fábrica?

No podía aguantar. Tenía que estallar. Estallé.

—¡Noooo! O sea, no lo sé. No sé dónde cojones la tienen y sí, vamos a La Fábrica por si la tuviesen allí o supiesen dónde o quién la tiene. No sé más que lo que has visto en el vídeo.

—Eso cambia mucho las cosas.

—No cambia nada. No me jodas. No puedes dejarme tirado ahora.

Necesitaba a sus hombres. Cuatro tiradores eran mejor que uno.

—Puede ser un suicidio si en La Fábrica nos estuviesen esperando.

—O todo un éxito si no. El factor sorpresa, ¿no? Tú lo dijiste.

—Nos llevas a mí y a mis hombres a la guarida del lobo. ¿Qué pretendes sacar de allí?

Por una vez mis palabras y mis pensamientos estaban en consonancia:

—Respuestas.

Miró hacia el conductor y luego de nuevo hacia mí:

—Voy a tener que decirle que dé la vuelta...

Los dos novatos esperaban órdenes sin intervenir. No habían dicho una sola palabra en todo el viaje. Estábamos muy cerca de La Fábrica.

—No puedes hacerme esto... Además conozco a la perfección ese lugar, sé por dónde entrar sin ser visto. Yo iré delante en todo momento. Con que me cubráis puede ser suficiente.

No me lo creía ni yo. Si accedían a entrar conmigo, habría un derramamiento de sangre seguro. Tanto si nos esperaban como si no, jamás nos dejarían irnos de rositas.

—Nunca me han gustado los secuestradores y además tienes razón, no puedo dejarte tirado. Eres uno de mis mejores hombres.

Estuve a punto de darle una palmadita cómplice en el antebrazo. En señal de gratitud. Como si fuésemos amigos. Él se encargó de recordarme que no lo éramos.

—Nunca me has caído bien, así que ahórrate los agradecimientos. Pero reconozco tu valía como policía. Y tus agallas. —Habló ahora para el conductor—: Sigue adelante. *No* hay cambio de planes.

El resto del camino no intercambiamos otra sola palabra. Cuando estábamos a punto de llegar, les indiqué dónde dejar el coche para que no nos viesen aparecer. Después nos acercamos a La Fábrica por la parte de atrás.

Era noche cerrada. No se veía un alma en los alrededores. Los novatos llevaban armas de gran calibre; esperaba que las supiesen utilizar con diligencia. Yo cogí sólo parte de mi arsenal, no tenía mano para todo y nunca estaba de más dejar alguna en el coche.

—Seguidme.

Caminamos medio agachados acercándonos a la puerta trasera.

—A estas horas no suele haber más de un guardia, a lo sumo dos.

En efecto sólo había uno. Y me constaba que no era de los más espabilados.

—Esperadme aquí.

Se mostró algo sorprendido de verme allí a aquellas horas pero, antes de que pudiese pedirme explicaciones, ya lo había noqueado con la culata de la pistola. Hice un gesto para que mis tres cómplices viniesen hasta la puerta.

Entramos en La Fábrica. En apariencia tenía pinta de garito, grande pero en mal estado. En realidad estaba bastante bien compartimentado, y la mercancía estaba organizada con buen criterio. Pasamos por un pasillo estrecho hasta la primera zona de almacén. Llevábamos las armas bien a la vista y los dedos cerca del gatillo.

La primera bala pasó silbando muy cerca del hombro del novato que yo no conocía. Corrimos a ocultarnos tras unos armarios, agachando la cabeza mientras seguían volando más balas por el aire.

—¿Qué cojones es esto? ¿Una puta emboscada? —gruñó mi jefe.

—¡Yo no le dije nada a nadie! —mentí—. ¿Con quién has hablado tú?

Asomé la cabeza por un extremo del armario que me servía de parapeto y

disparé en la dirección de las balas. Los jóvenes agentes hacían lo propio. Mi jefe no había disparado un solo tiro. Llevaba tanto tiempo alejado del terreno que parecía haberse convertido en un maldito burócrata.

—¿Con quién coño voy a haber hablado?

—Con Eliot por ejemplo.

—¿Sospechas de él? ¿Es eso?

La situación era ciertamente grotesca. Mi jefe y yo discutiendo a voces mientras disparábamos y éramos disparados por unos enemigos de momento invisibles al otro lado del almacén.

—¡Sospecho de todo el puto mundo! —grité y salí de mi escondrijo.

El fuego parecía haber cesado de momento. Hice un gesto con el brazo para que los tres me acompañasen. Atravesamos el primer almacén y me asomé a la puerta del segundo. Nuevamente una ráfaga de balas.

Desde el quicio de la puerta conté hasta cinco y disparé de vuelta. Sentí un chillido agudo. Le había dado a alguien, eso seguro.

El agente al que conocía de vista se adelantó, de forma tan valiente como temeraria.

—Yo te cubro. Vamos.

Entramos los dos a la segunda zona de almacén y disparamos hasta descargar nuestros cargadores. Mientras lo hacíamos, vi a Manny arrastrarse por el suelo, y a Fred y George ocultarse tras una mesa. Otro par de hombres yacían en el pavimento, pero no se movían en absoluto.

El segundo novato también se precipitó dentro y disparó con todas sus ganas. Su entusiasmo era de agradecer pero no esperó a que su compañero y yo tuviésemos listos los cargadores de nuevo y recibió un balazo en el pecho. Cayó al suelo. No tenía muy buena pinta. Lo arrastramos hasta un rincón y miramos a ver cómo estaba.

—No tiene buen aspecto —dije mirando a su herida, que él apretaba con fuerza con la mano derecha—. Mantén la presión ahí —le dije—, ahora volvemos a por ti.

Mi jefe estaba allí, pero como si no estuviese. Llevaba todo el rato oculto tras nosotros tres, como si tuviese un miedo atroz a que le pudiese ocurrir algo.

—¿Piensas disparar o has venido sólo de visita? —le espeté con toda la mala leche que pude.

—Se me ha encasquillado —dijo a modo de disculpa.

Le arranqué la pistola de la mano. Era cierto. Estaba encasquillada. Le di

una de mis armas mientras recogía del suelo otra, de uno de los tíos de La Fábrica que había pasado a mejor vida.

Del segundo almacén pasamos a la oficina. Allí había mucha más gente por metro cuadrado de la que cabría esperar. ¿Por qué narices se habían metido ellos mismos en aquel zulo? Pronto lo comprendí.

Había alguien sentado en la silla del escritorio, de espaldas a la puerta. Una chica con el pelo muy largo y muy negro. Tony, el mexicano melenudo que se parecía a Danny Trejo, la apuntaba con una pistola. A su lado estaban Forrest, Fred y George, los que nos habían estado disparando con anterioridad.

El novato y yo apuntábamos con la pistola hacia el interior de la oficina. También mi jefe se había sumado a la comitiva, con su arma apuntando directamente hacia Forrest, el que estaba más cerca de la puerta. Por su parte, ellos tres también nos apuntaban a nosotros. Tablas.

—La cosa está así —dijo Tony—: o soltáis las armas o tu preciosa amiguita muere.

Había algo que no cuadraba. De hecho, varias cosas, pero una por encima de todas.

—¡Dale la vuelta! —ordené.

La silla seguía de espaldas a la puerta y nadie, salvo Tony, podía verle la cara a la chica.

—Vamos, hombre, sé razonable. Aunque disparéis, ella morirá. La única manera de que ella viva es que vosotros entreguéis las armas.

—¡Ni se te ocurra! —dijo John, no sé muy bien si referido a mí o a él.

—Tenéis tres segundos.

¿Cuánto pueden durar tres segundos mientras siete tíos hechos y derechos se apuntan todos los unos a los otros con sus armas, deseosos de apretar el gatillo? Yo se lo diré: muchísimo y un suspiro al mismo tiempo.

Lo que sucedió después sin duda nos dejó a todos de piedra. Sin mediar palabra, y cuando yo seguía indeciso evaluando la posibilidad de disparar a Tony y saltar hacia un lado, evitando el tiroteo posterior, fue John el que efectuó el primer disparo. Un disparo certero. Limpio, si es que a un disparo se le puede calificar como tal. Atravesó la cabeza a la que iba dirigido de un lado a otro. La persona cayó muerta en el acto.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté a gritos mientras todos nos reponíamos y comenzaba de nuevo el intercambio de disparos.

Disparé a Tony apuntando al lado derecho de su pecho, provocando que

cayese al suelo. Después el caos más absoluto. Varias ráfagas consecutivas, fuego cruzado, sangre desparramada. No tengo muy claro si el novato se puso en medio a propósito para evitar que me diesen o si, simplemente, no fue capaz de hacerse a un lado en aquel maremágnum de balas. El caso es que me salvó la vida.

Forrest, Fred y George fueron abatidos, mientras mi jefe y yo quedamos en pie: él con un rasponazo en una pierna de escasa importancia; yo, prácticamente indemne.

La verdad es que, pensándolo fríamente, fue fácil. Estaban encerrados, tenían todas las de perder si nosotros no entregábamos las armas. Claro que ellos contaban con que lo hubiésemos hecho.

Corrí hecho una furia hacia Tony, malherido. Había apuntado deliberadamente a la parte derecha del pecho a fin de evitar que muriese en el acto y poder tratar de averiguar lo que sabía.

—¿Dónde coño está? ¿Dónde la tenéis?

—No sé de qué hablas... —alcanzó a decir con un hilillo de voz.

Miré la mesa del escritorio buscando algún objeto punzante de entre todos los bártulos esparcidos sobre ella. Cogí unas tijeras de plástico. Su punta no era muy punzante pero podía servir. Le apreté con fuerza en la zona por donde manaba la sangre. John contemplaba la escena a cierta distancia.

—¿Dónde la tenéis? ¿La tenéis vosotros?

—¡Aaaaaaaah! ¡No, no, no la tenemos! ¡Aaaaaah!

La sangre seguía saliendo a borbotones. No le quedaba mucho y no parecía estar mintiendo. De todos modos, era un hijo de puta, así que no tuve problema en dejarle allí agonizando.

Luego fui hacia la chica, que había sido la primera víctima tras el disparo de mi jefe. Me arrodillé junto a ella para cerciorarme de lo que ya había deducido: *no* era Susan. Aún de rodillas, le increpé a John:

—¡No podías saberlo!

Él, algo fatigado, replicó:

—Vi la expresión en tus ojos. De haberla reconocido, te hubieses rendido. Aunque te costase la vida.

—¡No puedes basarte en suposiciones! Además, seguramente sea una víctima inocente.

—Seguramente sea la fulana de alguno de ellos.

—La próxima vez que hagas algo así me giraré y te dispararé a ti antes que a nadie.

Estas palabras me sorprendieron a mí mismo. Si no había hecho precisamente eso quizá era porque estaba convencido de que no era Susan. ¿Pero estaba seguro de poder confiar en John? ¿Estaba seguro de que él sabía, o intuía, que aquella no era mi chica? Mentalmente lo incluí como séptimo nombre de mi lista. Nunca se sabe.

XXIX

La caza del tesoro

«Despite all my rage
I am still just a rat in a cage.»
Bullet with butterfly wings
(The Smashing Pumpkins)

FUIMOS A ATENDER AL OTRO novato, pero aquello no parecía tener solución. La herida en el pecho era lo bastante profunda. Había perdido un montón de sangre. También había perdido el conocimiento. Le puse la oreja en el pecho. Aún respiraba.

—¿Deberíamos llamar a la ambulancia? —preguntó.

—Hazlo —le dije.

Mi jefe y yo parecíamos haber intercambiado los roles. Yo era bueno en el terreno, él sólo lo era en la oficina.

—No sé si aguantará...

—No lo creo, pero no puedo hacer nada por evitarlo —dije a modo de disculpa.

Lo que ocurrió después fue lo obvio: me puse a buscar por toda La Fábrica el puñetero dinero del Ruso o, por lo menos, todo el dinero que allí hubiese... para dárselo al Ruso.

Sabía dónde se guardaba habitualmente la pasta, pero aun así registré todos los posibles escondrijos. Lo que encontré no era calderilla pero estaba mucho de ser cuanto necesitaba para saldar mi deuda.

Cuando regresé a donde estaban, sólo uno de mis tres compañeros respiraba.

—¿Has llamado a la ambulancia?

—No había nada que hacer.

Era cierto pero me extrañó que ni siquiera lo hubiese intentado.

—Además, te hubiese perjudicado, ¿no?

Le miré con escepticismo pero no contesté.

—¿Y ahora qué?

—Ahora decides si quieres informar o no.

—Si informo y se presentan nuestros compañeros uniformados aquí, adiós a tu tapadera.

Ambos sabíamos que, con aquella matanza, mi tapadera se había ido a tomar vientos sí o sí.

—¿Qué importa ya? Haz lo que tengas que hacer.

Se le veía renuente a hacerlo. Me ocultaba algo aunque aquellos ojos oscuros no dejaban traslucir el qué.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Lo primero conseguir más dinero. El suficiente para que el Ruso me deje en paz.

—¿Y luego rescatarla?

Asentí.

—¿Sabes dónde está?

—Lo sabré en cuanto tenga el dinero.

—Iré contigo.

Una idea fugaz recorrió mi cerebro.

—Si te empeñas...

Caminamos hasta el coche. A la ida había conducido uno de los novatos fallecidos en acto de combate. John me pasó las llaves.

—Tú sabrás a dónde nos dirigimos.

Arranqué y conduje rápido. Todo lo rápido que pude. No parecía inmutarse.

—No te fías ni un pelo de mí, ¿verdad?

—Por lo que veo, no debería jugar nunca al *poker*...

—Te he echado un cable allí dentro, ¿no? —Esto era, cuando menos, discutible. No dije nada—. ¿Crees que estoy detrás de todo esto?

—Creo que no puedo confiar en nadie.

—¿Y entonces por qué no me liquidaste allí dentro?

«Estuve tentado de hacerlo», pensé. En cambio dije:

—Tengo mis razones.

—¿A dónde vamos?

Sé que estaba intrigado porque nos dirigíamos a un sitio muy conocido para él. Aparqué a la puerta de su casa.

—¿Esto qué es? ¿Servicio puerta a puerta? —bufó.

Me bajé del coche. Él salió después. Con un rápido movimiento de muñeca,

saqué una pistola y le apunté. Le cacheé para quitarle su arma, la que yo le había dejado en La Fábrica, y me la guardé en la cazadora.

—Vamos a subir.

—¿De qué coño va todo esto?

—¡Andando!

Sacó las llaves de casa y abrió el portal. Miré mi Rolex de imitación. Iban a dar las cuatro de la mañana. No me molesté en esconder mi pistola y seguí apuntándole con ella mientras nos acercábamos al ascensor.

—No sé qué coño te propones. Mi mujer...

—He estado haciendo averiguaciones. Tu mujer ya no vive contigo.

En el ascensor no nos dijimos nada. Salimos al rellano. Ni un alma. Le hice abrir la puerta. Entramos en su casa.

—¿Qué esperas encontrar aquí? —dijo levantando un poco la voz, con una mezcla de orgullo y cabreo—. ¿A tu chica?

—No. No es eso lo que espero encontrar. Dame todo el puto dinero que tengas.

—Ni lo sueñes.

Le golpeé con la pistola en el hombro. Un golpe seco, sin avisar. No se lo esperaba y casi se cae al suelo, trastabillado.

—¡Como vuelvas a hacerlo...! —rugió.

Coloqué el dedo en el gatillo y apoyé el cañón en su sien derecha.

—¡No estoy de broma! Sé que llevas un tiempo trapicheando con el presupuesto de nuestra unidad y sé que has ido acumulando dinero en casa.

—¡Tengo el dinero en el banco como todo el mundo, imbécil!

Hice el amago de apretar el gatillo y se vino abajo. Sabía que estaba lo bastante chiflado como para dispararle si no me daba lo que quería.

—Está bien, está bien. Te daré lo que tengo, pero ya te advierto que no es mucho.

—Veamos si es verdad.

Quitó la pistola de su sien y le clavé el cañón en la espalda. Juntos recorrimos habitación por habitación, y le hice abrir todos los cajones hasta recaudar todo el dinero. Era una pequeña fortuna. El soplo que me habían dado era cierto. Almacené el dinero en una bolsa de deporte. Con eso y lo de La Fábrica, posiblemente tendría para pagarle al Ruso.

—Esto no va a quedar así.

—Es sólo un préstamo. Si al final no eres quien creo que eres, prometo que te lo devolveré.

—En cuanto salgas por esa puerta, te pienso denunciar. Y contaré también lo de La Fábrica. No quiero manzanas podridas en mi unidad.

Busqué con qué atarle de pies y manos y lo hice, dejándolo tirado boca arriba sobre el suelo. Apenas opuso resistencia. Sabía que en el cuerpo a cuerpo acabaría con él fácilmente. Corté el cable de su teléfono fijo y pisoteé el móvil, saltando sobre él. Se partió en mil pedazos. Los teléfonos de ahora no aguantaban una mierda.

—Sé que harás todo eso. Pero te lo voy a poner difícil. Tardarán al menos un día en darse cuenta de que no estás en ningún sitio y de que no hay manera de localizarte. Para cuando se les ocurra venir aquí, yo ya habré hecho las cosas que tengo que hacer.

Allí lo dejé, murmurando en hebreo. Había averiguado un par de cosas respecto a John: era cierto que robaba dinero del Departamento (y que guardaba gran parte en su propia casa) y se le veía bastante oxidado en el trabajo de campo, aunque su único disparo había sido muy certero.

Me quedé, eso sí, con la misma duda con la que había iniciado nuestra «convivencia» unas pocas horas antes: ¿estaría de alguna manera implicado en el secuestro de Susan?

XXX

La lista

«Mire, aún no tenemos suficientes datos
como para poder esclarecer los hechos,
así que todo el mundo es
potencialmente sospechoso.»

Lorenzo Blanco y los crímenes inoportunos
(Eduardo Arias)

ERA HORA DE LLAMAR a Eliot y preguntarle por el calvo de la cicatriz.

—Has tardado en llamar.

—He estado ocupado. ¿Qué tienes?

—Me he costado lo suyo pero ya sé quién es. Vamos, quién era.

—¿Me lo vas a decir o tengo que adivinarlo?

—Es... complicado de explicar por teléfono. Pero es la clave de todo lo que te está pasando. Tenemos que vernos.

—No tengo tiempo para chorradas, hombre. No andes con acertijos y dímelo. Sabes que lo primero que tengo que hacer ahora es darle el puto dinero al Ruso.

No era del todo mentira. Sólo parte.

—Eso puede esperar —me dijo con tono solemne. Mi compañero no acostumbraba a hacerse el misterioso. Sus razones tendría para ser tan precavido en esta ocasión, sólo que realmente yo no tenía tiempo para perderlo citándome con él—. Tenemos que vernos. Vas a necesitar mi ayuda. Toda la ayuda del mundo. Estás en un buen lío.

—O me lo dices o cuelgo.

—Por teléfono no puedo. No es seguro. ¿Donde siempre en media hora?

—Que sea una hora —concedí.

No estaba seguro de si esto trastocaba mis planes o no, pero ya sabía de antemano que si no jugaba bien mis cartas estaba perdido. Tenía que llamar a

Travis pero antes saqué del bolsillo trasero de mi pantalón mi lista. Lista en la que ya figuraba mi compañero y a la que añadí un séptimo nombre, el de mi jefe policía. Después estuve un rato añadiendo datos.

1. Tyler

A su favor: ¿?

En su contra: Extraña desaparición, ¿robó el dinero del Ruso?

2. Eliot

Favor: Me avisó de que iban a por mí, cabreo genuino

Contra: Llamó a mi casa, sabía lo del cadáver troceado al instante

3. Tony

Favor: Plan demasiado complicado para él

Contra: Le caigo fatal, aspira a mi puesto en La Fábrica, sabía lo del secuestro de Susan

4. Travis

Favor: Lo más parecido a un amigo

Contra: No sé casi nada de su vida privada

5. William

Favor: Me tuvo a tiro en Edimburgo

Contra: Incriminó al Ruso, ¿echa balones fuera o sabe algo?

6. Emmett

Favor: Honrado, sincero, siempre me ha ayudado

Contra: Pálpito, sueño incriminando a Susan

7. John

Favor: Me necesita como agente infiltrado

Contra: Disparó contra la chica, \$ ilegal en casa

Por más que miraba los nombres, y su posible implicación en todo este asunto, no sacaba nada en claro. Con Eliot me reuniría en breve y con Travis también estaba en contacto. Los dejaría al margen de momento.

Tyler, mi jefe en La Fábrica, era una gran opción, sin duda. Desaparecido, con motivos para robar la pasta, huir y dejarlo todo atrás. ¿Pero para qué torturarme y llevarse a Susan?

A Tony lo habíamos dejado desangrándose; a estas alturas debería llevar horas muerto. Tenía —o al menos había simulado tener— a una chica retenida, sí, así que de algún modo participó en el plan, pero era un borrego, difícilmente diseñaría algo tan complejo o retorcido. Sólo era un peón. Podía descartarlo.

Sobre William no sabía qué pensar. Pudo matarme en Edimburgo y no lo hizo. Pero quien estaba detrás de esto no quería acabar conmigo de forma

rápida e indolora. Todo lo contrario.

A Emmett, mi jefe, aún no sé muy bien por qué lo había incluido. Sí, por el sueño. Una corazonada. Nunca he creído mucho en estas cosas pero...

Y a John acababa de dejarlo atado de pies y manos, encerrado en su casa. Tuviese algo que ver o no, ahora mismo estaba fuera de cobertura.

Miré el reloj. Tenía que reunirme con mi compañero. Guardé la hoja nuevamente en el pantalón, cogí el dinero y un par de pistolas y salí de allí.

XXXI

El calvo de la cicatriz

«Ni tú ni yo ni nadie golpea
más fuerte que la vida.»
Rocky Balboa (2006)

EL BAR ESTABA EN UNA ZONA bastante céntrica, pero llamar a aquello bar era ciertamente un piropo. Tugurio se ajustaba más al caso. No tenía mucha clientela, aunque la suficiente como para que no llamásemos la atención, así que Eliot y yo lo solíamos utilizar para nuestras reuniones clandestinas. Nadie hacía preguntas, nadie parecía estar interesado en el resto y así todo era más fácil. Pedí lo de siempre. Eliot ya estaba en la barra pero me hizo un gesto y cogimos ambas bebidas y nos fuimos a una de las mesas.

—Me tienes en vilo. Dime lo que sepas.

Se pasó la mano por su pelo castaño, que llevaba aún más corto que la última vez que nos habíamos visto.

—No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio?

—¿Quién te encargó que lo liquidases?

Había matado a varias personas últimamente. Di por hecho que se refería al puñetero calvo de la cicatriz.

—¿Tú qué crees? Tyler, ¿quién si no?

—¿No tiene nada que ver con John?

—Nada.

—¿Y sabes dónde está ahora?

Aquello se estaba volviendo demasiado críptico para mí.

—¿John o Tyler?

—Tyler. ¿Por qué metes en esto a John? ¿No me acabas de decir que no tiene nada que ver con el tema?

Los ojos grises de mi compañero se movían con rapidez de un lado a otro.

No sé si era sólo por la tensión de nuestra conversación o porque esperaba que alguien llegase allí de un momento a otro y nos friese a tiros. Mi paranoia seguía en aumento.

—Y no tiene nada que ver —dije con todo el aplomo que pude—. No tengo ni idea de dónde coño está Tyler. Si lo supiese, ya le habría puesto una pistola en la sien, créeme.

Vi la sombra de una duda en su ceño fruncido. Luego dijo:

—¿Sabes quién era? El calvo de la cicatriz.

—Ya sabes que no. ¿Que me estás poniendo a prueba o qué? Mira, si no me dices de una vez lo que sabes, me largo de aquí. Tengo cosas que hacer.

—¿Cómo qué? ¿Darle el dinero al Ruso? —dijo mirando hacia mi bolsa de deporte.

—Y rescatar a Susan —añadí, desafiante, esperando una reacción que no se produjo.

—¿Rescatarla?

Se lo expliqué por encima.

—Bueno, está bien, está bien. El calvo estaba emparentado con el Ruso.

—¿Qué?

—Déjame que te lo explique.

—¿Así que es por eso? ¿Era de su familia?

—No, no lo has entendido bien. He dicho que estaban emparentados, no que se llevasen bien. Pretendía pillar cacho de sus negocios.

—¿Pero si sólo era un matón de mala muerte! ¿Y qué hay de lo de las violaciones?

—Espera, espera. —Tomó un largo trago de su bebida antes de continuar—: Era un maltratador. Tenía varias denuncias de chicas anónimas por violaciones y abusos, esa parte era cierta. Pero también tenía mujer.

—¿Quién?

—Una sobrina del Ruso.

—No me jodas.

—Sí te jodo. Y tenían dos hijos pequeños.

—¿Así que a eso se reduce todo? ¿Me está haciendo todo esto porque maté al marido trepa de su sobrina y dejé a sus hijos huérfanos de padre?

Todo aquello no tenía ni pies ni cabeza. Me sonaba a cuento chino.

—No he acabado aún.

—¡Pues ya puedes darte prisa!

—Todo lo que sé es que tu jefe y el Ruso tenían un acuerdo, que pasaba por

acabar con el sobrino político de forma discreta, sin que su sobrina se enterase del tema. Un trabajo fino, sin publicidad.

—¡Me pidieron explícitamente que dejase el sello de La Fábrica!

—¿A trocear el cadáver lo llamáis así?

—Sabes que lo he hecho antes. Si quieres una confesión, te la daré, me importa un bledo ya todo. ¿Que llevas un puto micro?

Intenté abrirle la camisa. Me empujó con fuerza. No con toda la que tenía, pero aun así con la suficiente como para hacerme caer de la silla. El barman nos miró con cara rara.

Decidimos salir de aquel tugurio. La conversación empezó a subir de tono.

—¡No llevo ningún puto micro, imbécil!

Se abrió por completo la camisa. Efectivamente, no llevaba.

—¿Entonces por qué coño me recriminas a lo que me dedico? Joder, somos —bajé el tono ligeramente; por la calle pasaba una pareja, aunque iban medio borrachos— somos polis infiltrados. Tengo... *tenemos* que hacer cosas por encima de la legalidad. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Yo lo único que digo —dijo ya más calmado, volviendo a abrocharse la camisa— es que has cabreado a esta gente. ¿Te han utilizado de cabeza de turco? Muy posiblemente. Esto es una guerra a tres bandas.

—¿Tres? ¿El Ruso, los de La Fábrica y quién más?

Tardó en hablar, pero cuando lo hizo, lo que dijo no me sorprendió. No demasiado.

—La policía. O parte de ella. John.

—¿Nuestro propio jefe?

—Sí.

Parecía bastante convencido. Le pregunté no obstante:

—¿Estás seguro?

—Bastante seguro.

—¿Bastante?

—Muy seguro. Tú míralo fríamente. Fue él quien te asignó esta misión.

—Yo quería infiltrarme en La Fábrica.

—Y fue él quien me dio el soplo de que irían a por ti.

—Lo que dices no tiene sentido. Si quiere joderme, ¿para qué avisarte a ti, a mi compañero, a mi mejor amigo? Tú me lo cuentas, yo lo sé y sé a qué atenerme...

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—John.

—¿Y yo qué sé?

Dicen que los golpes que más duelen son los que menos te esperas. Supongo que lo suelen decir metafóricamente. Aquellos puñetazos tenían poco de metáfora y mucho de realidad. ¿He mencionado ya que Eliot era un tío muy fuerte?

XXXII

Uno menos

«No estoy contra la policía;
simplemente les tengo miedo.»

Alfred Hitchcock

ME DESPERTÉ DOBLEMENTE dolorido: en la cara por los golpes, en la moral por no haberlo visto venir. Una voz sonó a mi alrededor, aunque no entendí ni una palabra. Me giré.

—Entiende que esto no es algo personal —repitió, esta vez de una forma más audible.

Me encontraba atado de pies y manos. Me vino a la mente John, sólo que yo a él le había dejado boca arriba en el suelo, mientras que a mí al menos me permitían estar cómodamente sentado en una silla. Estábamos en un salón que ya había visto antes. Era la casa de Eliot.

—¿Así que no es personal?

—Sólo soy un peón. Todos lo somos, ¿no?

—¿Para quién trabajas?

—Hasta ahora para John. Digamos que ahora... tengo pensado ir por libre.

—¿Qué quieres de mí?

Cogió por el asa la bolsa de deportes donde estaba mi dinero.

—Ya tengo lo que quiero.

—¿Y ahora?

—Ahora me marcharé y ya no dependerá de mí nada de lo que pase.

—Cojonudo.

Mientras hablábamos, yo giraba la vista hacia todos lados, tratando de encontrar una vía de escape. ¿Mi plan a cuatro bandas me iba a explotar en las manos? No podía creer que hubiesen sido más listos que yo.

—Lo siento. En serio. Espero que no me guardes rencor.

Qué estupidez. Si sólo quería el dinero, podía habérselo llevado después

de noquearme y ya está. Si estaba allí atado, era porque estábamos esperando que me entregase a alguien. ¿Pero a quién? Él era uno de los nombres de mi lista, y otro estaba ya muerto. Había cinco posibilidades, pues. O incluso más.

—¿El Ruso?

—No —negó, meneando la cabeza con sorna—. Aunque, a decir verdad, no creo que le vaya a hacer mucha gracia que no le entregues *su* dinero. Pero este dinero no es suyo precisamente, ¿verdad?

—Sabes de sobra cómo lo he conseguido.

Asintió y la cosa quedó así. Se dio la vuelta y encaró la puerta con lentitud. Forcejeé un poco con las sogas que me ataban las manos. No parecían estar muy apretadas. Una nueva esperanza me invadió por unas décimas de segundo. Pero mi compañero se iba, tenía que retenerle.

—¡Espera!

—Lo siento, pero tengo que irme.

—¡No! —grité—. Espera un momento. ¿Esto es sólo por dinero? No me jodas.

—Las cosas son así...

—¿Y qué hay de Susan? ¿Qué le pasará a ella?

Apretó los labios antes de contestar. No supe cómo interpretar aquello.

—Te diría que te cuidases pero sería muy hipócrita, ¿no crees?

Se giró nuevamente, esta vez con más brío. Le increpé, le llamé de todo. Si me dejaba allí, a expensas de quien coño fuese a venir a por mí y sin el maldito dinero del Ruso, estaba perdido. Se dio la vuelta una última vez y dijo:

—Las casas se construyen por los cimientos.

Menudo consejo. Abrió la puerta y se fue. ¿Qué narices quería decir con aquella estúpida frase? Vaya manera de despedirse del que había sido su compañero estos últimos años.

No habían pasado ni dos minutos cuando se sintió de nuevo la puerta. Yo seguía tratando de desatarme pero las sogas aún no habían cedido del todo. Entraron cuatro hombres, aunque yo sólo conocía a uno.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Parece que mi pedido está listo.

De alguna manera me sorprendió. De las cinco opciones que había, no contaba con que fuese él el traidor, pese a haberlo incluido como el quinto nombre de la lista de siete.

—No sabía que estabas con el Ruso.

—¿El Ruso? ¿Pero de qué coño hablas?

Se acercó, con su pelo pincho engominado como de costumbre, y me empujó ligeramente hacia atrás con el brazo derecho. Sentí un pie ligeramente más libre que las manos.

—La última vez que hablamos sugeriste que el Ruso y Tyler se habían aliado para que yo consiguiese el dinero.

—Eso fue la penúltima vez —me corrigió, y estaba en lo cierto—. La última vez me pediste que hiciese correr el rumor de que habías preparado un gran robo para devolverle el dinero al Ruso.

—Un gran robo al que tú mismo me incitaste —recordé—. O sea que era todo mentira, ¿el dinero era para ti?

Yo seguía reacio a creer que el Ruso no estuviese en el ajo.

—No entiendes nada, ¿verdad?

—Pues ya que lo dices, sí que hay una cosa que me escama. ¿Por qué aquí? Me tuviste a tiro en Edimburgo. Varias veces.

William me miró con aquellos ojos huidizos. Sus tres matones no hacían ni decían nada. Eran como robots, atentos a las órdenes de su jefe... si éstas llegaban.

—No se trata de matarte. No es tan simple.

Mientras hablábamos, yo seguía intentando soltarme las manos o los pies, procurando que ni mi excolega ni los matones se diesen cuenta.

—Te aseguro que si has sido tú el que está detrás del secuestro de Susan, haré que te maten.

Soltó una carcajada casi tan ridícula como mi frase de vengador de película.

—¿Tú y cuántos más?

Evalué mis opciones. Podía tratar de levantarme, aún pegado a la silla, y embestirle. Luego sus tres matones caerían sobre mí y, si no me desataba a tiempo, me reducirían en un santiamén. No parecía la mejor opción pero tampoco había muchas más.

—En fin, no es personal. Bueno, no del todo. Supongo que querrás saber el plan así que te lo concederé como último deseo: cogemos el dinero y te llevamos ante el jefe. Luego ya no depende de mí.

Lo hice. Me solté los pies por completo en un último forcejeo y embestí con todas mis fuerzas a mi antagonista, derribándolo hacia atrás y cayendo yo encima de él.

Se llevó la peor parte, claro, porque no se lo esperaba y porque peso bastante más que él. Sus compañeros no tardaron en venir sobre mí. Los

primeros puñetazos los esquivé como pude y utilicé la silla como parapeto para bloquear algunos golpes. Pronto tomaron el control. Eran cuatro y yo sólo uno.

La puerta se abrió de pronto. Sentí un gran ruido. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era un disparo. Alcé la vista, desde el suelo. Era mi compañero. Había vuelto. Disparó dos veces más, tres, cuatro, cinco. Dos de los tres matones yacían en el suelo. Muertos. Otro estaba malherido y William se había refugiado detrás del sofá. Eliot me ayudó a soltarme del todo las sogas de las manos y desprenderme de la silla.

El tercer matón logró sacar una pistola, desde el suelo, y apuntó en nuestra dirección. Mi compañero le disparó a la cabeza. Sólo quedaba William, que trató de huir por piernas pero le cortamos el paso. Por inexplicable que resultase, no debía de llevar armas encima. Había confiado esa tarea a sus secuaces. Menudo imbécil.

Eliot le apuntó con el arma pero yo le detuve el brazo.

—No, no. Espera. Antes quiero saber qué cojones está pasando aquí.

—Estoy de tu parte, hombre —me espetó Eliot, pero no le hice caso. Ya había llegado yo solito a esa conclusión. Fui hacia William, le cogí por las solapas y lo levanté contra la puerta.

—¿Para quién coño trabajas? ¿Dónde está Susan?

Le pegué con toda la fuerza que pude. Un puñetazo en la cara, otro en la boca del estómago. Era delgado pero estaba fibroso, encajó bien los golpes aunque la sangre le corría por el labio profusamente. Me di cuenta de que a mí también. Me limpié con la manga y volví a preguntar:

—¿Dime dónde está o te arrancaré los dientes uno por uno!

—La tiene el Ruso. La tiene el Ruso.

—¿Dónde?

—No tengo ni idea. De verdad. Suéltame, hombre...

Le di otro par de puñetazos. Estaba furioso. Mi compañero meneó la cabeza para los lados. William intentó abrir la puerta pero le retuvimos de nuevo.

—¿Te lo diría si lo supiese pero no lo sé! ¿Qué vais a hacer conmigo?

Eliot repitió el meneo de cabeza y dijo en voz alta

—No hay otro remedio. ¿Tú o yo?

Cogí su arma. Me parecía lo justo. William suplicó por su vida. Inútilmente. Disparé a la cabeza tres veces seguidas.

—¿Te sientes mejor?

Gruñí como toda respuesta.

—Suponía que preferías cargártelo tú —me dijo—. Creo que mereces una explicación.

—Ya lo creo que la merezco —dije, viniéndome arriba. Seguía a tope de adrenalina.

—¿No pensarías en serio que te iba a traicionar?

—Me dejaste aquí atado, a merced de estos cabrones.

—Formaba parte del plan. Necesitaba que realmente creyeses que te la había jugado.

—¿Y cómo sabías que llegarías a tiempo? Si tardas un minuto más en entrar, me encuentras fiambre.

—Soy un profesional. Además te di una pista.

—¿Las casas se construyen por los cimientos?

—Sí.

Dudé.

—¿Que me soltase primero los pies?

—Claro.

No sabía si matarlo o abrazarlo. No hice ni lo uno ni lo otro.

—¿Entonces todo lo que me dijiste de la sobrina del Ruso era cierto?

—Sí.

—¿Y lo de que John está implicado?

—Lo está, aunque no sé exactamente hasta qué punto.

—Y, evidentemente, *no* trabajas para él.

—Evidentemente. ¿De dónde sacaste el dinero?

—¿Cómo sabes que...?

—No lo sabía. Hasta ahora.

—¿Qué has hecho con la bolsa?

—La tengo abajo en el coche. Vamos, no hay tiempo que perder.

—¿Y Susan?

—La tiene el Ruso, ¿no?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Es lo que dijo William, y es lo que tú suponías desde el primer momento, ¿no?

Recordé que tenía el móvil en silencio desde que estuve en La Fábrica con John. Lo saqué. Tenía varias llamadas perdidas de Travis.

—Tengo que hacer una llamada.

—Hazla de camino.

Hice caso a mi compañero. Me acababa de salvar la vida. También anoté mentalmente que William era sólo otra pieza del puzzle, pero una pieza menor. Taché otro nombre de la lista, que pasó de cinco a cuatro. Uno menos.

XXXIII

Arenas movedizas

«El que sospecha invita a traicionarlo.»

Voltaire

—NO HE PODIDO LLAMARTE antes. ¿Qué tienes?

—¿Estás solo?

Travis se mostraba cauteloso. Eliot iba sentado a mi lado pero yo tenía que hablar de todos modos.

—Sí, sí. Venga, dime. ¿Sabes dónde la tienen?

—Tengo la dirección desde donde se grabó el vídeo.

—Genial.

—No sé si es genial... No te va a gustar.

Ya me habían dicho eso más veces. Le apremié a seguir:

—Da igual. Dímelo.

Me dijo la dirección. Era la de la casa de mi compañero. Le miré de reojo.

—Creo que eso es imposible. He estado allí hace poco —tapé el auricular y dije mirando a Eliot con la mayor naturalidad que pude—: Travis dice que tenían a Susan en La Fábrica.

—Imposible —me confirmó, sin pestañear, con la vista fija en la carretera.

Volví al teléfono:

—No puede estar *allí*.

—No he dicho que esté allí. Digo que se grabó desde allí.

Acababa de estar en casa de Eliot. Conocía el salón y tenía una idea general de la distribución de la vivienda, pero ¿había estado alguna vez en su habitación?

—Bueno, el caso es que ya no está allí, ¿no es eso?

—Sí, eso creo. Vamos, no lo creo. Sé dónde está.

—¿Dónde?

—En casa del Ruso.

—*Vamos* hacia allá ahora.

—Yo también. ¿Que estás con él?

—Sí, eso es.

—¿Y te fías?

—Eso es.

—Vamos, que no tienes ni idea de si te la va a jugar o no.

—Claro, es lo que me imaginaba.

—Genial...

Tenía que preguntarle algo antes de que colgase.

—Y a todas estas, ¿cómo sabes que está allí?

—Rastreeé su teléfono móvil.

—O sea que sólo sabes que su teléfono está allí.

—¿Tienes algo mejor?

Me quedé callado unos segundos. No, la verdad.

—Bien. ¿Dónde nos vemos?

—A la entrada. ¿En veinte minutos?

Miré el reloj.

—Sí, eso es, media hora.

—O sea, que me dé prisa para llegar antes que vosotros, ¿no?

—Vale, pues nos vemos allí en media hora.

Colgué. Eliot preguntó:

—¿Te fías de él?

—Más o menos —murmuré.

—Eso no es bueno en nuestra profesión.

—Tiene armas. Y está tratando de localizar a Susan. Dice que está, o ha estado, en casa del Ruso. Nos vemos con él allí en media hora.

—¿A la puerta?

—Sí, a la puerta.

Acababa de tener una conversación simétrica con mis dos mejores colaboradores. Me fiaba parcialmente de ambos. No me fiaba por completo de ninguno de los dos. Y ellos también parecían desconfiar el uno del otro. Qué maravilla.

XXXIV

La decisión correcta

«Tiempos difíciles se acercan, Harry...
Muy pronto todos tendremos que decidir
entre lo que es correcto y lo que es fácil.»
Harry Potter y el cáliz de fuego

SEGÚN NOS DIRIGÍAMOS a casa del Ruso fui reflexionando sobre mi jugada a cuatro bandas y lo que había sacado en claro. Antes de regresar, había contactado con cuatro personas, esperando que alguno me ayudase y alguno se destapase como el traidor.

A Eliot, que seguía conduciendo en absoluto silencio, le había pedido que encontrase información sobre el calvo de la cicatriz. Lo había hecho. ¿Era verdadera o falsa? Aún lo ignoraba, pero me la había dado.

Travis había estado trabajando para localizar desde dónde se había grabado el vídeo y había resultado ser la casa de Eliot. ¿Sería cierto o le estaría tendiendo una trampa? Y de ser cierto, ¿a cuántas bandas jugaba Eliot? Había fingido traicionarme y ahora de nuevo estaba de mi parte. ¿Iba a estar cambiando de bando constantemente?

A John le había contado de antemano que volvía a casa pero le había pedido que no se lo dijese a nadie. Y luego habíamos ido juntos a La Fábrica. Había disparado a aquella chica, que afortunadamente no era Susan, sin pensárselo dos veces. Y se había destapado como un maldito ladrón. ¿Pero era también un secuestrador y un psicópata?

Por último, a William le había dicho que regresaba y que hiciese correr la voz de que conseguiría el dinero para el Ruso. Después, cuando me tuvo atado a la silla en casa de Eliot, me dijo que obedecía órdenes y que sólo le interesaba el dinero. Que se lavaba las manos. Y que a Susan la tenía el Ruso. Ahora William estaba muerto y yo no sabía si lo que me había contado era cierto o no. Rompí el silencio para preguntárselo a mi compañero:

—¿William decía la verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre el calentamiento global.

No pareció gustarle mi sarcasmo. Respondió gruñendo:

—William era un traidor, ya lo has visto.

—No pregunto eso. Quiero saber para quién trabajaba. Y quiero saber si tú ya sabías que me iba a vender.

—En última instancia, entiendo que para el Ruso...

—¿Y en primera?

—Puede que para el jefe. *Nuestro* jefe.

—¿Puede?

—Es todo muy complicado.

Mi cabreo seguía *in crescendo*.

—¿Sospechas de alguien más? Me has dicho que están implicados el Ruso, los de La Fábrica y nuestro jefe. ¿Alguien más? —repetí bastante colérico.

—¡No lo sé!

Me calmé un poco. Él también. Estábamos llegando a casa del Ruso. Hablé en tono normal ahora:

—Pero si tuvieses que decir un nombre...

Dudó. Quedaban unos trescientos metros.

—Vamos...

Giró la cabeza justo antes de detener el coche.

—No te fíes de nadie.

Aparcó a unos cien metros de la mansión. Justo en frente de Travis, que había cumplido su parte llegando más rápido que nosotros. Genial. Así me aseguraba tenerlos a los dos a la vista en todo momento.

Bajamos del coche. En teoría no se conocían de vista, así que hice las presentaciones. Se dieron un apretón de manos muy inquietante.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Travis.

Me dejé llevar por la euforia. O el cabreo. O las ganas de que todo aquello se terminase de una maldita vez.

—Les damos el dinero. Si sueltan a Susan, genial. Si no, nos liamos a tiros hasta sacarla de allí.

—Si nos liamos a tiros desde el principio, ahorramos tiempo —propuso Travis.

—Y aumentamos considerablemente nuestras posibilidades de acabar en una caja de pino —replicó Eliot.

—Tengo el dinero, y su trabajo me ha costado conseguirlo —dije—. Así que el plan A es dárselo y que se lo meta por donde le quepa.

—A cambio de tu chica.

—Eso es.

—Con el Ruso las cosas nunca son tan fáciles —dijo Eliot.

—¿Cuánta gente puede tener en la casa? ¿Cuántos hombres? —preguntó Travis.

—Cuando me dieron la paliza, eran seis. Cinco —me autocorregí—. Cinco más el Ruso. Pero él no intervino.

—A ese tipo de gente no les suele gustar ensuciarse las manos.

—Cinco no son muchos... ¿Qué hora era?

Miré el reloj.

—Casi como ahora.

—Genial. No creo que hoy vaya a haber más.

—Salvo que nos estén esperando.

Eliot miró a Travis, y éste le devolvió la mirada. No eran de complicidad precisamente. Se supone que los tres mosqueteros se llevaban bien, los problemas los tenían con D'Artagnan. Allí no teníamos un solo D'Artagnan sino tres. Menudo panorama.

Nos plantamos ante la verja y toqué el timbre. Llegaron un par de dóbermans y un par de matones. La escena me resultaba familiar. Aparentemente no nos estaban esperando. Eso, o tenían órdenes de disimular porque pusieron una cara muy rara al vernos aparecer. Antes de que nadie preguntase nada dije:

—Venimos a ver al Ruso. Le traemos su dinero.

—Esperad aquí.

En menos de un minuto volvieron, sin los dóbermans pero acompañados de otros cuatro tipos con aspecto parecido a ellos: gesto fiero, ceño fruncido, labios apretados. Todos sin exclusión llevaban una pistola en la cintura, bien a la vista.

—Seis —susurró Travis.

A un par de ellos los conocía de vista, pero también había algunos nuevos. ¿Tendría un sistema rotatorio de matones?

Abrieron la puerta.

—Podéis pasar si soltáis las armas —dijo el portavoz, que era distinto al de mi anterior visita a la mansión, más gordo y más calvo.

—Traemos el dinero y ni de coña vamos a soltar las armas —dije. No

pensaba ceder ni un ápice.

Bola de Billar se encogió de hombros. Se apartaron y nos dejaron entrar. Se colocaron estratégicamente alrededor de nosotros mientras todos caminábamos en procesión como buenos feligreses. Toda la comitiva se detuvo al llegar a la piscina. Parecía el lugar habitual de reunión. El Ruso ya estaba allí esperándonos. Esta vez no iba de bata, sino de chándal, de ésos que se pone la gente rica, ya saben. Igual de hortera que los normales pero obviamente mucho más caro.

—Has tardado más de la cuenta.

—Estoy aquí.

—Mi dinero, por favor.

Me repateaba el hígado cuando los mafiosos fingían educación. De todos modos, hice un gesto y Eliot, que era el que lo llevaba, se lo entregó a uno de los matones. El Ruso cogió un fajo de billetes con la mano y lo volvió a dejar caer dentro de la bolsa de deporte.

—¿Está todo?

—Claro que sí. Cuéntalo si no te fías —dije. No tenía ni idea, la verdad. Y me importaba aún menos.

—Pues muy bien. Un placer hacer negocios contigo... con vosotros. Miró despectivamente a mis compañeros antes de añadir—: Ahora, si me disculpáis...

—¿De qué va todo esto? —dije, desenfundando mi arma con rapidez.

Mis compañeros me imitaron. Los matones también. Pronto se había formado la Asociación de Pistolas del Gran Gremio de la Piscina. Si hubiese un límite de armas por metro cuadrado, sin duda lo habríamos sobrepasado.

Yo apuntaba directamente al Ruso, el único hombre desarmado en un kilómetro a la redonda.

—Diles que bajen las armas o te vuelo la cabeza.

—No cuentes con ello.

—¡Hablo en serio! Si disparo, estás perdido.

—Si me matas, ellos te matan a ti. A todos vosotros, de hecho.

Los números mandan. Ellos eran seis, nosotros tres. Me interesaba seguir con vida para rescatar a Susan.

—Devuélveme a Susan y estaremos en paz.

—¿Quién coño es Susan?

Escudriñé su rostro. ¿Hablaban en serio? Intercambié miradas con mis compañeros. Tomé una decisión que, a la postre, resultaría la adecuada. Sólo

que aún no lo sabía.

—Un segundo... ¿No sabes de lo que hablo?

La situación era tensa. Como alguien, uno de nosotros tres, o uno solo de los seis matones descerebrados que nos rodeaban, diese un solo paso en falso, aquello se convertiría en la matanza del día de San Valentín.

—Esperad, esperad —dije en voz alta y clara para que todos me pudiesen oír. Luego hablé mirando al Ruso—: ¿No secuestraste a mi novia para incentivar me a conseguirte el dinero?

—Menuda estupidez...

—Déjame explicártelo.

—Tienes un minuto para explicarte.

—Perfecto. Me bastan con veintisiete segundos. Necesito sacar el teléfono móvil. —El Ruso hizo un gesto de asentimiento para que metiese mi mano libre en el bolsillo y lo sacase. Lo cogí en alto, a la vista de todo el mundo y le dije—: Es un vídeo. Sería mejor si todos bajásemos las armas.

Se negó a dar la orden, evidentemente. Yo sí que bajé la mía, en señal de buena voluntad y para poder manejar el teléfono con las dos manos.

Le enseñé el vídeo bajo la atenta mirada de doce ojos enemigos y cuatro ojos amigos, al menos sobre el papel.

—Creo que te han gastado una broma pesada.

—Me quedaría mucho más tranquilo si me permitieses echar un vistazo a la casa.

—¿Dudas de mi palabra?

También me repateaba que los mafiosos fingiesen honestidad.

—Dimit... Esto... —Joder, ¿cómo coño se llamaba?—. Mira, te he dado el dinero. He cumplido mi parte. Un dinero que yo *no* te había robado —remarqué.

—Me has devuelto *mi* dinero.

No quise discutir.

—Si no la tienes aquí, ¿qué más te da que echemos un vistazo?

Metí a mis compañeros en el ajo, pero nadie hablaba. Sólo el Ruso y yo.

—Largaos.

—No va a ser posible.

Evalué las posibilidades. Estuve tentado de saltar sobre el Ruso, apuntarle a la cabeza y tomarlo como rehén.

—Fuera de aquí. Antes de que decida que no merecéis seguir viviendo.

Sí, *bwana*. Qué magnánimo. Deseé con todas mis fuerzas que le explotase

el corazón. ¿Saben qué pasó? Nada. Reculé. Levanté los brazos en señal de rendición. Me di la vuelta y tomé el camino a lo largo del jardín hacia la verja, esperando que Eliot y Travis no se tomaran la justicia por su cuenta.

Una voz a nuestras espaldas dijo:

—Espera un minuto.

Me giré.

—Tengo algo para ti.

Me lo imaginé yendo a buscar una caja de cartón, con tamaño para contener un balón de fútbol. Recordé la película *Seven*, a Kevin Spacey y a Gwyneth Paltrow. Se me revolvió el estómago. Afortunadamente, lo que me dio fue una foto. Parecía que la había tenido en el bolsillo todo el rato. En ella se veía de forma bastante nítida a un hombre tirado en el suelo. En un callejón. Ensangrentado. Con todas las papeletas de haber muerto de forma violenta.

—¿No lo sabías? —preguntó arqueando una ceja.

Negué con la cabeza. No tenía ni idea.

Otro menos.

XXXV

Él dijo, ella dijo

«She may be the face I can't forget,
the trace of pleasure or regret,
maybe my treasure or
the prize I have to pay.»
She (Elvis Costello)

EL MUERTO NO ERA OTRO que Tyler; normal que no lo hubiésemos encontrado en La Fábrica. La nota que me había dejado al principio de toda esta historia podía ser real después de todo. Había huido, lo habían localizado y ahora ya no respiraba.

—Podría ser un montaje —sugirió Eliot.

—No lo creo. ¿Qué sentido tendría?

Nos miramos. Ninguno de los tres añadió nada más sobre ese asunto.

Luego estuvimos un rato intercambiando ideas sobre cuál sería la mejor manera de regresar a la casa y no morir en el intento.

Dos horas después estábamos otra vez delante de la mansión del Ruso. El plan era llamar al timbre y que uno se quedase de conejillo de indias en la puerta principal mientras los otros se colaban saltando la verja por un lateral. El factor sorpresa y esas cosas. No era el mejor plan del mundo, como ya habrán observado, pero no teníamos tiempo ni neuronas para discurrir algo mejor a aquellas horas.

Llegaron los dóbermans y los matones. ¿Les suena? Mientras discutían conmigo y me amenazaban con echarme a las fieras (los perros), Eliot y Travis hicieron su aparición triunfal escalando la verja. Después, lo esperado. Unos cuantos disparos y cuatro malas bestias menos en este mundo. Había sido

fácil. ¿Demasiado?

Las voces y, sobre todo, los disparos habían dado la voz de alarma al resto de habitantes de la casa. Nos pusimos a cubierto y fuimos avanzando yardas, al más puro estilo fútbol americano, disparando, esquivando balas, rodando por la hierba. De repente se hizo el silencio.

Sentimos unos pasos rápidos. Carreras. Parapetado tras una estatua del jardín, me asomé. Vi a un tío tratando de huir. Estaba herido en una pierna y cojeaba visiblemente. Vacié el cargador.

Miré a Eliot, que estaba a unos diez metros de mi posición, tras unos arbustos. Le hice un gesto. Buscamos con la mirada a Travis, un poco más allá. Todos bien, todos enteros. Nos pusimos de pie y sentimos más carreras.

Entré en la casa pistola en mano y vi a un par de chicas ligeras de ropa salir corriendo por el pasillo. Corrí tras ellas y alcancé a una. La sujeté por el brazo.

—¿Y el Ruso?

No sé si no entendía mi idioma o si estaba tan asustada que no sabía qué decir. Eliot meneó la cabeza para los lados. La solté y la dejé marchar.

Entre los tres registramos la casa de palmo a palmo. Ni rastro de Susan. El Ruso, durante el tiroteo, se las debió arreglar para salir por piernas porque tampoco dimos con él.

—¿Dónde narices está? —le pregunté hecho una furia a Travis.

—¿No debería estar en La Fábrica? —preguntó a su vez Eliot, algo desconcertado.

—Me aseguraste que estaba aquí —volví a la carga, ignorando a Eliot.

Travis subió mucho el tono, cosa rara en él:

—¿Era lo que indicaba el GPS de su móvil!

—¿O sea que no sabes si ella estaba aquí o no?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Bastante hago que te ayudo en esto. Rastree su puto móvil. No sé dónde está ella si no lleva el móvil encima.

Una idea cruzó mi mente.

—¡Vamos a buscarlo!

Estaba lo bastante mosqueado como para exigirles que me echasen una mano en eso también. Además, me habían ayudado a cargarme a los hombres del Ruso, ¿por qué no me iban a ayudar a poner patas arriba toda la casa buscando el dichoso móvil?

Marqué su número y dejé mi teléfono encima de la mesa. Agudizamos el oído. Nada. Registramos la casa entera. Nada. El móvil no estaba allí, si es

que alguna vez lo estuvo.

Di al botón de colgar. No sabía qué hacer, dónde más buscar. Había estado en La Fábrica, en casa de John, de Eliot y del Ruso. Sólo se me ocurría otro lugar.

Un nuevo mensaje. Uno que me descolocó por completo. Di al *play* mientras Eliot y Travis, que llevaban un rato discutiendo entre ellos, se agolpaban a mi alrededor para ver el vídeo.

—Seguimos esperando —dijo el tío del pasamontañas—. ¿Dónde estás? ¿Cuánto tardarás en llegar? Ella quiere saberlo. —Le quitó la mordaza de la boca y la conminó a contestar—: Ven pronto —dijo ella—. Por favor... —Su voz de súplica me conmovió y cabreó a partes iguales.

El tío del pasamontañas volvió a hablar:

—Tienes una hora. O la chica muere. Adivina dónde estamos y ven a por nosotros... o atente a las consecuencias. Tú solo. Desarmado.

XXXVI

Verdades desagradables

«But the truth is so unkind.
What do you know, how low the sky.»
Subterranean (Foo Fighters)

EL VÍDEO NOS DEJÓ a todos boquiabiertos. Si Eliot y Travis estaban allí conmigo, era evidente que no lo habían mandado ellos pero... ¿y si tenían algún cómplice? Por otra parte, el hecho de que me lo hubiesen mandado justo después de que yo intentase contactar con Susan inducía a pensar que tenían su teléfono y habían visto mi llamada. Parecía ilógico conservar el teléfono y no a la chica pero ¿quién me podía asegurar que no se la habían cargado ya y que sólo estaban jugando conmigo?

Estaba fuera de mí. No sabía qué hacer. Miré para mis compañeros esperando alguna propuesta. Alguna idea. Algo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Eliot.

—Déjame el móvil —me pidió Travis.

Caminamos hacia su coche. Sacó un ordenador portátil y ejecutó un par de programas. Luego contactó con su amigo *hacker* por chat y le pasó el vídeo.

—Le he dicho que se dé prisa. Espero que en unos minutos nos pueda decir algo.

No sé cómo lo hizo, pero en menos de diez minutos teníamos la dirección. Un bloque de viviendas en medio de la ciudad. No pertenecía a nadie que conociésemos ninguno de los tres. Tardamos menos de quince minutos en llegar. El plan era que no había plan. Entrar a saco. Les dije que no hacía falta que subiesen al piso conmigo, bastaba con se quedasen abajo por si acaso. Insistieron en quedarse en el rellano del piso en cuestión. Menos mal.

—Mucho cuidado. Ese tío es un psicópata —me advirtió Eliot antes de que tocara el timbre.

La puerta se abrió como un resorte. Entré, consciente de que posiblemente me dirigía al matadero. Eliot y Travis me esperaban con armas y entrarían si tardaba más de la cuenta o si les llamaba a voces o con el móvil. ¿De qué se sorprenden? Ya les he dicho que no había plan.

En cuanto traspasé la puerta los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente. De la nada aparecieron dos tíos tamaño armario empotrado. Me cachearon para ver si llevaba armas y luego me sujetaron por los brazos y me hicieron sentarme en una silla. Me sonaba mucho aquello. Esta vez nadie me ató. Se quedaron de pie, uno a cada lado. Apareció un tercer tío. El del pasamontañas. Iba vestido igual que en los vídeos.

—Has tardado mucho.

—Hay mucho tráfico por el centro.

—¿Que vas de gracioso por la vida, verdad?

Se acercó y me abofeteó. El golpe físico no fue muy grande, el moral bastante. Opté por no replicar.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Por el dinero del Ruso no, desde luego.

—Veo que has hecho bien los deberes. Tu trabajo te ha costado pero ya vas hilando más fino, ¿no?

Se quitó el pasamontañas. No había visto a ese tío en mi vida.

—¿Sabes quién soy?

—No, pero apuesto a que me lo vas a decir.

Nuevo golpe. Esta vez con el puño cerrado. Caí al suelo. Los gorilas se encargaron amablemente de volver a sentarme en la silla.

—¿No te parece que aquí falta algo?

—Pudiera ser...

—Tengo algo para ti —me tendió una hoja.

El juego llega a su fin. Si quieres volver a ver con vida a Susan, ven solo a tu casa. Sin armas, sin amigos, sin polis, sin trampas. No avises a nadie. No expliques nada a nadie. De esta forma, y si tienes suerte, todo saldrá bien.

Ah, se me olvidaba. Una última cosa: el viejo ya no pinta nada. ¿Has visto Sin City? Espero que sí. Así todo será... justo.

Mierda. ¿Ahora andábamos con acertijos? Por fortuna, sí que había visto *Sin City*. Recordaba perfectamente la frase de Bruce Willis: «El viejo muere,

la chica vive. Me parece justo...». ¿Sabes qué? A mí también me lo parecía.

—Ahora sal ahí y deshazte de tus amiguitos —dijo Pasamontañas.

Salí con cautela, escoltado por los dos gorilas. En el pasillo les conté una milonga bastante inverosímil a mis compañeros. No me creyeron. El caso que es logré deshacerme de ellos igualmente tras hacerle una curiosa promesa a Travis. Les aclaré que si les explicaba algo la matarían. No tenía ninguna garantía de que fuese así o de que no lo hubiesen hecho ya. Me quedé con ganas de mandarles liquidar a los tres del piso del secuestro. Quizás en otra ocasión.

Llegué a la casa, *mi* casa, en menos de quince minutos. Abrí la puerta. Ni un ruido, ni un sonido. Miré en la cocina. Nadie. Avancé por el pasillo hacia el salón.

—¿Ya estás aquí?

La voz salió de un tío vestido de negro igual que el que había dejado en la otra casa, con una bonita Glock en la mano izquierda. No se quitó el pasamontañas pero daba igual. Era mucho más alto y corpulento que el otro.

Me iba a abalanzar sobre él pero algo intangible me detuvo.

Dio tres palmadas. Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Susan. Contuve la respiración. Iba vestida diferente que en los vídeos. Mucho más provocativa, con un top de tirantes muy escotado y una minifalda a medio muslo. No estaba atada. Nadie la retenía. Nadie le apuntaba con un arma. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

—Siento que las cosas tengan que ser así —dijo mirándome con... ¿picardía? Después hizo algo que jamás me hubiese esperado: se dio un breve morreo con el secuestrador.

—¿Pero qué...?

—¿Te lo has cargado? —preguntó Pasamontañas 2—. Al Ruso —aclaró—. ¿Has acabado con él, o sólo con sus matones?

—¿Qué está pasando aquí?

—Pasa que ya no estabas a la altura —dijo Susan, mirándome de una forma desafiante, retadora. Con una mirada que no había puesto nunca antes—. Contesta: ¿te has cargado al Ruso? ¿O sólo a tu jefe, el imbécil ese que roba a escondidas y guarda el dinero en su propia casa?

No daba crédito a lo que veía y oía. No podía pensar con claridad.

—¿De qué va todo esto?

—Conseguiste el dinero para el Ruso, ¿verdad que sí?

—¿Para qué preguntas cosas que ya sabes?

—*Touché*. Aquí la nena y yo hemos decidido darte un escarmiento.

—¿Tú estabas en esto desde el principio? —pregunté mirándola y deseando que no fuese más que una pesadilla.

—Tú mismo te lo buscaste.

—¿Y todo lo que me dijeron Eliot y Travis? —pregunté. No sabía si ellos estaban metidos en aquello o no. No sabía nada. Ése había sido mi problema durante todo el tiempo.

—¿Sobre qué? —preguntó Pasamontañas 2 con aparente indiferencia.

—Sobre el Ruso. Su sobrina. El calvo de la cicatriz. Tyler. John.

—Todos están muertos... o poco les falta —replicó con hastío.

—¿Es una especie de golpe de estado? ¿Trabajas para la sobrina del Ruso y me han utilizado, me *habéis* utilizado todos porque sabíais que era el único que podría conseguir cargarme a todos los que se pusieran en mi camino? ¿Que haría cualquier cosa por ella?

La palabra «zorra» estaba a punto de aflorar en mi boca. Me contuve, esperando un gesto por su parte que no llegó.

—Hay que reconocerte algo. Susan tenía razón. Eres listo. Muy listo. Estás bastante cerca de la verdad. Es una lástima que no puedas seguir investigando y sacando conclusiones. Una verdadera lástima.

Le dio la pistola a Susan. No podía creérmelo.

—Todo tuyo —le dijo.

Susan me miró con sus preciosos ojos de color ámbar. Pensé que no lo haría. Estaba seguro de que no. Era imposible que lo hiciese. Me sentí confiado durante unos instantes. Después noté el impacto y caí al suelo. Lo había hecho. Me había disparado.

XXXVII

Nada es lo que parece

«El hombre puede creer en lo imposible,
pero no creerá nunca en lo improbable.»

Oscar Wilde

ABRÍ LOS OJOS CON dificultad. Me dolía todo. Me llevé la mano al pecho. No estaba manchada de sangre. Normal, por otra parte. Quizá sea un buen momento para aclarar la promesa que le había hecho a Travis: me había exigido que, antes de ir a dondequiera que fuese, me pusiera el chaleco antibalas que siempre guardaba en el maletero del coche. Le había hecho caso. De no haber sido así...

Me incorporé con dificultad. Al hacerlo, algo cayó al suelo. Un sobre. Lo abrí. Dentro había una nota manuscrita:

En nuestro sitio furtivo. Rápido. Ven solo. Confía en mí. Nada es lo que parece.

La nota no llevaba firma. No hacía falta. ¿En nuestro sitio furtivo? Sólo se me ocurría un sitio al que yo me pudiese referir de ese modo, y sólo una persona que me pudiese dejar semejante mensaje pero entonces... Las señales eran contradictorias. Por el momento.

Guardé la nota. No estaba en mi casa sino en la de Travis. ¿Quién coño me habría llevado allí? Salí a toda prisa. Aún no lo comprendía del todo pero esperaba hacerlo pronto.

Mientras conducía me torturaba a mí mismo con múltiples preguntas. Preguntas retóricas, claro, porque ni sabía las respuestas ni tenía a quién preguntárselas... aún.

Aparqué a la entrada del Jardín Botánico. En esta época del año no habrá demasiada gente, pensé.

La vi a lo lejos, sentada en un banco. Ya no iba vestida con el top de

tirantes ni la minifalda. Tenía una maleta a su lado. Instintivamente quise correr hacia ella. Después quise echar mano de mi pistola. Opté por una solución de compromiso: caminé rápido y con la pistola en el bolsillo, dispuesto a usarla a la primera de cambio.

—Me alegro de verte —dijo muy seria, mirándome a los ojos—. ¿Estás... bien?

Mi cara debía ser todo un poema. No respondí nada.

—No hay mucho tiempo. Pregúntame lo que quieras cuanto antes.

No entendía nada.

—¿Por qué me disparaste?

—Porque si no, no me dejarían marcharme...

—¿Y no van a comprobar que no estoy muerto?

—Lo sabrán dentro de poco. Si no lo saben ya.

—¿Sabías...?

—¿Que llevabas chaleco antibalas? Sí. O sea, Travis me aseguró que lo llevarías...

En mi cabeza los pensamientos fluían con rapidez. Si Susan estaba de mi parte, ¿por qué actuaba de aquella manera tan enigmática?

—La nota —gruñí. Era el amor de mi vida pero me había pegado un tiro. No estaba dispuesto a aflojar así como así. No sin tener las respuestas a todos los interrogantes—. ¿Por qué la escribiste? ¿Y por qué me he despertado en casa de Travis y no en la nuestra?

—Después de... —Suspiró antes de continuar—: ... de haberte disparado, disparé también al tío. —Supuse que se refería a Pasamontañas 2—. No tenía alternativa. Hubiese comprobado si estabas muerto o no para dar el aviso a sus jefes. Y entonces nos matarían a los dos. Luego llamé a Travis, que vino con Eliot. Eliot me ayudó a deshacerme del cadáver, mientras Travis te llevaba a su casa. La nuestra ya no es segura.

Susan hablaba con un aplomo impropio en ella. Me froté la nuca instintivamente.

—Travis te dio un golpe en la cabeza para poder transportarte sin que preguntases nada —me aclaró.

—Explícame eso de que llamaste a Travis.

—Se puso en contacto conmigo poco después de que te fueses. Yo ni siquiera sabía quién era.

—¡Me dijiste que te querían incriminar y ahora resulta que eras tú la que jugabas conmigo!

—Cuando te dije eso lo decía en serio. No sabía que luego las cosas iban a ser como al final fueron, te lo juro.

—¿Y todo lo del secuestro? ¿Era una trampa?

—Una estratagema. Travis me dijo que tenía que convencerles de que estaba de su parte, de que accedía a traicionarte para salvarme yo, y también por venganza.

Me senté a su lado. Seguía renuente a creerla.

—¿Quién mueve los hilos? ¿Para quién trabajas?

—Para nadie. Estoy de tu parte. Siempre lo he estado.

Tenía una amalgama de sentimientos que me carcomía. Amor, ira, incertidumbre, pasión, desconfianza.

—¿Y por qué ha hecho Travis todo eso que dices que ha hecho? ¿Y Eliot dónde encaja?

—Eliot es tu compañero y, hasta donde yo sé, es legal. Sabía cosas pero no todas, creo. Sólo había hablado con él una vez aparte de hoy. Travis trabaja para vosotros.

No se refería a La Fábrica sino a la policía, ¿verdad?

—¿Agente encubierto?

—Sí. De otro comando distinto al vuestro. Formaba parte del plan que no lo supieseis ni Eliot ni tú, según me contó él mismo.

Tenía sentido.

—¿El objetivo era el Ruso?

Eso explicaría por qué Travis nos había conducido allí.

—Y Tyler. Y creo que John también...

—De él no tienes que preocuparte —dije sin querer extenderme más.

Susan me sonrió con expresión triste. Parecía haber estado llorando.

—Yo quería habértelo contado pero no podía. Entonces descubrirían que estaba de tu parte. —Era la segunda vez que decía eso—. Y te matarían.

Una lágrima recorrió su mejilla. Traté de comprenderlo.

—¿Me estás diciendo que todo esto formaba parte de un plan para acabar conmigo y que tú has desbaratado sus planes, traicionándoles para protegerme?

El mundo del revés. Ella protegiéndome a mí. ¿O había sido siempre así?

—No querían simplemente matarte. Querían torturarte. Querían que sufieras... Por eso vinieron a por mí.

—¡He recorrido medio mundo para ponerte a salvo!

Me acarició la mejilla.

—Lo sé...

—¿Y resulta que lo que tenía que haber hecho era quedarme aquí y cargármelos a todos?

—No puedes cargártelos a todos...

—¿Quién está detrás de todo esto?

—No lo sé —dijo muy seria—. Es una guerra de bandas. Tiene que ver con el Ruso, con La Fábrica y con gente corrupta del Cuerpo de Policía. Y con un tío al que mataste hace poco, que era pariente de algún pez gordo. —El calvo de la cicatriz, sin duda—. Es todo lo que sé.

Visto lo visto, el Ruso parecía haber jugado sólo un papel tangencial en la conspiración. Había sido otra pieza del puzzle, igual que yo. Alguien le había robado el dinero, Tyler posiblemente, y eso había servido como detonante para meternos a él y a mí en el ojo del huracán. Pero había datos que seguían escapándoseme. Además, algunos de sus hombres sí debían estar implicados porque sabían lo del secuestro de Susan.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Me lo contó Travis. Él era mi... *enlace*.

—¡Pero él me estuvo engañando todo el rato! Primero me dijo que había recibido una llamada anónima y que desconfiase de ti. Y después, cuando empecé a recibir los vídeos del presunto secuestro, me hizo creer que era todo real.

—Lo de la llamada no lo sé, supongo que sea verdad... Al principio Travis no debía saber nada, así que no creo que te estuviese engañando. Luego sí que me advirtió de que vendrían a por mí, así que estaba sobre aviso. Me dijo que lo mejor era seguirles la corriente.

»Me enseñaron fotos horribles... de cadáveres, de muertos mutilados, troceados.... Personas a las que habías matado tú. Según ellos. Yo no quería creerles... pero me sirvió para fingir, como me había pedido Travis. Les hice creer que te odiaba y que les ayudaría a acabar contigo.

—¿Y se lo creyeron, así sin más?

Entornó los párpados.

—Siempre has dicho que tengo mucho *sex appeal*...

—¿Les sedujiste?

—Sólo al del pasamontañas. No sé ni cómo se llama. Y no pasó nada. Sólo tonteeé con él. Tenía mucho miedo de que te pasase algo, así que me esforcé en resultar creíble. Que pareciese que de verdad te odiaba y quería desquitarme por haberme engañado y ser un poli corrupto, un psicópata y todas esas cosas

espantosas que decían de ti.

—¡Me mentiste cuando hablamos por teléfono! ¡No me diste ninguna pista!

—¡No podía! Escuchaban las llamadas. Me vigilaban...

Un breve silencio.

—¿Y ahora qué? —pregunté al fin.

—Tienes que decidir: largarte conmigo y empezar de cero. En otro lugar, en otro país, con otra identidad.

—¿O...?

—O esperar a que vengan a por ti.

Dudé. Todo aquella lista que había confeccionado, todos aquellos tiroteos, peleas, huidas, persecuciones... Muchos muertos para llegar al mismo punto de partida. Para tener que huir una vez más. Para comenzar otra vez todo.

—Travis me ha dado unas cuantas cosas. Dinero, pasaportes y cosas así, creo. Están en la maleta. La verdad es que no la he abierto.

—¿Por qué no ha venido él a decirme todo esto? ¿O por qué no me lo ha dicho en ningún momento cuando hemos estado a solas?

—Creo que él y Eliot no se fían el uno del otro.

—Así que al menos eso era cierto... —murmuré en voz alta, casi sin darme cuenta.

Esta vez el silencio fue más largo. Estábamos sentados enfrente de uno de aquellos saucos que tanto le gustaban a Susan. Pero ninguno de los dos mirábamos hacia el árbol, sino mucho más allá. Al infinito.

—Nunca había matado a nadie... —Supuse que se refería a Pasamontañas 2—. Confía en mí —me suplicó, de nuevo con lágrimas en los ojos.

Decidí confiar en ella. Hasta el momento el resto de mis decisiones parecían haber sido, si no erróneas, en muchos casos desafortunadas. A ver si ahora cambiaba mi suerte.

Nos abrazamos durante un instante que pareció eterno. Después nos besamos apasionadamente.

Cogí la maleta con la mano derecha. No pesaba demasiado.

—¿Y a dónde quieres que vayamos?

—No lo sé. Elige tú. Para algo eres el experto en huidas.

Sonrió. Su sonrisa seguía siendo igual de bonita que siempre.

—Cuando Travis contactó contigo la primera vez para explicarte todo el plan...

—No fue él.

—Ah, fue Eliot entonces.

—No. El primero que me sugirió la idea de engañar a los *malos* no fue ninguno de ellos.

—¿Otro tío?

—Sí. Se supone que estaba con ellos también, con los del Ruso, pero en realidad era un agente doble. Vamos, supongo. Y, antes de lo que preguntes, no sé su nombre.

Un pensamiento surcó mi mente y alteró mi pulso.

—¿El tío era pelirrojo? ¿Llevaba barba?

—Sí —dijo asombrada—. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

No dije nada más.

Comenzamos a caminar en dirección al coche. No había vuelta atrás. Huíamos, pero esta vez juntos. Nos cogimos de la mano.

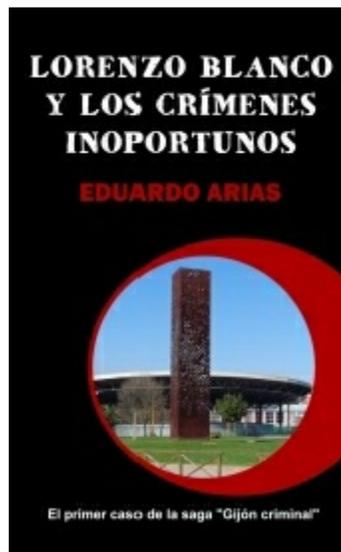
Me vino a la cabeza aquella canción de los Foo Fighters:

Pleased to meet you, take my hand. There is no way back from here. Pleased to meet you, say your prayers. There is no way back from here. But I don't care. No way back from... here. [\[3\]](#)

Si te ha gustado **No hay vuelta atrás (del infierno)**, no dudes en comentar y puntuar la obra en Amazon.



Otras obras del autor



Lorenzo Blanco y los crímenes inoportunos (Gijón criminal #1)

Gijón, verano de 2010. Un cadáver bajo un puente. Un asesinato en la Semana Negra. Un joven detective privado. Dos casos inconexos... ¿o tal vez no?

En su primer caso, Lorenzo Blanco tendrá que valerse de todo su ingenio para acercarse a una realidad que algunos pretenden por todos los medios que no salga a la luz.

Eduardo Arias

El gijonés Eduardo Arias es ingeniero informático, aunque entre sus numerosos *hobbies* se encuentran también los deportes, el cine, las series de televisión o la música, sin olvidarnos, obviamente, de la literatura.

Ávido devorador de todo tipo de géneros, sin duda las novelas negras y policíacas han sido siempre su perdición, de ahí que se decantase por este género también como escritor.

No hay vuelta atrás (del infierno) es su segunda novela y en ella vuelve a hacer gala de algunas de sus señas de identidad habituales como autor: un tono marcadamente sarcástico, múltiples referencias a todo tipo de elementos de la cultura popular y unas cuantas pinceladas de una mordaz crítica social.

Unas señas de identidad ya manifiestas en su ópera prima, **Lorenzo Blanco y los crímenes inoportunos** (2015), con la que daba comienzo la serie «Gijón criminal», una saga de novelas policíacas encuadradas en la ciudad de sus amores.

En la actualidad está trabajando en el segundo caso de la saga «Gijón criminal».

[I Psicópata desalmado... o gajes del oficio](#)
[II La opción número 2](#)
[III El Ruso](#)
[IV Yo](#)
[V La chica](#)
[VI Huida](#)
[VII *Auld Reekie*, la Atenas del Norte](#)
[VIII Mi jefe el malo](#)
[IX Tras los pasos de Conan Doyle](#)
[X Compañeros de delitos](#)
[XI El primer encargo](#)
[XII El amor duele](#)
[XIII *Mind the gap*](#)
[XIV El ojo de Londres](#)
[XV Interludio](#)
[XVI Blanco móvil](#)
[XVII Larga vida a Robin Hood](#)
[XVIII Un plan... ¿perfecto?](#)
[XIX Mi jefe el bueno](#)
[XX Veintisiete segundos](#)
[XXI Yo no quiero que me des tu amor, ni una seria relación](#)
[XXII Errores del pasado](#)
[XXIII De ratones y hombres](#)
[XXIV El hombre que vendió el mundo](#)
[XXV *Déjà vu*](#)
[XXVI Vuelta al plan inicial](#)
[XXVII Mi jefe actual](#)
[XXVIII En la guarida del lobo](#)
[XXIX La caza del tesoro](#)
[XXX La lista](#)
[XXXI El calvo de la cicatriz](#)
[XXXII Uno menos](#)
[XXXIII Arenas movedizas](#)
[XXXIV La decisión correcta](#)
[XXXV Él dijo, ella dijo](#)

XXXVI Verdades desagradables

XXXVII Nada es lo que parece

[1] Tenga cuidado con el hueco entre el vagón y el andén

[2] ¿A quién le importa? A mí no, nunca perdimos el control. Estás cara a cara con el hombre que vendió el mundo.

[3] Encantado de conocerte, coge mi mano. No hay vuelta atrás desde aquí. Encantado de conocerte, reza tus oraciones. No hay vuelta atrás desde aquí. Pero no me importa. No hay vuelta atrás desde... aquí.